



**EL RETORNO  
DEL JEQUE**

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Ella podría ser capaz de civilizarlo... ¿pero quería hacerlo?

Tomado como preso político cuando era adolescente, el jeque Riyaz al Hadid creció encerrado en un calabozo. Dieciséis años después, conocer a Brianna Whitman fue un visceral recordatorio de todo lo que se había perdido...

El trabajo de Brianna era educar a Riyaz para que ocupase el trono y prepararlo para su boda real, planeada desde hacía mucho tiempo.

Ella sabía que debía apaciguar su lado salvaje, igual que sabía que él ya estaba prometido con otra mujer. Pero la atracción prohibida que ardía entre ellos la hacía querer arrojar su inocencia a los vientos del desierto.

## *Capítulo 1*

**L**A primera vez que el jeque Riyaz al Hadid vio la luz del sol en dieciséis años, ella estaba allí.

Su cabello rojo parecía arder en medio de un charco dorado, su piel brillaba. Sus labios eran como cerezas, su cuerpo un sueño febril.

Habían pasado tantos años desde que vio a una mujer como desde que vio el sol por última vez. Y ahora, de repente, allí estaban los dos.

—Te presento a Brianna Whitman.

Riyaz se volvió hacia su hermano, Cairo, que había puesto una mano en el brazo de la mujer, como si hubiera gran familiaridad entre ellos. Eso lo hizo gruñir y, al parecer, no solo para sus adentros, ya que tanto Cairo como ella reaccionaron ante el sonido.

Pensamientos, palabras, sentimientos, sonidos. Todo era igual para él.

Había estado encerrado en una mazmorra durante dieciséis años. Una semana antes, Cairo y sus hombres asaltaron el palacio y lo liberaron, derrotando a los intrusos que le habían robado el trono a su padre tantos años atrás.

Riyaz había tardado una semana en subir a los pisos superiores del palacio. La libertad era para él un concepto extraño. Había sido libre en su mente durante todo ese tiempo, pero ahora su cuerpo también lo era y los espacios abiertos, la luz cegadora, los sonidos atronadores, todo eso era una tortura.

Cairo había ido a verlo todos los días, al igual que los médicos y los psiquiatras. Y ahora... aquella mujer.

Aquella mujer a la que Cairo no quería que viese en la mazmorra sino en el salón del trono.

Era extraño que le dijese lo que tenía que hacer. Sí, había sido prisionero durante muchos años, pero nadie le había dicho nunca lo que debía hacer. Le daban la comida y un guardia que se compadecía de él le llevaba libros. No hablaron nunca, pero tampoco había animosidad.

Había creado un gimnasio en la mazmorra y encontró formas de mantenerse en forma para que su cuerpo no se atrofiase. Aunque no sabía para qué. No había futuro que planear. No había nada.

El tiempo tenía un nuevo significado ahora. Había tareas, obligaciones. De niño, sus días habían sido estrictamente programados porque había muchas expectativas puestas en él. Y, durante su cautiverio, había aprendido varios idiomas, había leído sobre otras culturas. Leía en árabe, inglés, francés. Consumir información, historias de todo tipo, había evitado que perdiese la cabeza.

Al menos, no la había perdido del todo.

Y allí estaba ahora, mirando a la mujer más hermosa que había visto nunca.

Eso era algo que no se le había proporcionado.

Mujeres.

Uno podía aprender a suprimir sus apetitos. Él lo había hecho mientras vivía en la mazmorra. Había pasado de los platos ricos y elaborados del comedor de palacio a las comidas insípidas y aburridas de un prisionero. Lo mismo todos los días.

Había aprendido a que no le importase, pero había días en los que lo superaba el deseo de comer una hamburguesa con queso. No sabía por qué una hamburguesa con queso específicamente. No era algo tradicional en el palacio y, sin embargo, era un recuerdo que se había quedado con él, que lo perseguía.

Igual que el sexo.

Después de todo, era un adolescente cuando lo encerraron en el calabozo y sus hormonas estaban enloquecidas.

A los dieciséis años, todavía no se había acostado con una mujer, pero pensaba en ello a menudo.

Estaba prometido desde niño con una chica estadounidense, Ariel Hart, aunque había imaginado que tendría amantes antes de casarse.

Fue el padre de Ariel quien los traicionó, Dominic Hart, y lo primero que dijo cuando por fin fue liberado fue que quería verla. Cumpliría el acuerdo que su padre había roto. Restauraría lo que había sido destruido.

Pero él no deseaba a Ariel en particular. Su deseo tenía una forma genérica y exuberante, muy parecida a la mujer que tenía delante, aquella joven pelirroja.

Podía estar días sin pensar en una mujer. Pero había noches... noches en las que el deseo insatisfecho era un dolor físico insoportable.

Había vivido en una negación forzada durante años y, a veces, la furia que provocaba eso era imposible de controlar.

Lo que quería era echar a todos de la habitación y tomarla entre sus brazos, pero era consciente de su propia fuerza y sabía que carecía de delicadeza. No tenía más que furia y deseo.

Y su hermano estaba tocándola...

Su hermano, que había tenido libertad durante tantos años.

Riyaz era el jeque de Nazul. Había sido educado para dar órdenes, pero había pasado dieciséis años al mando de la oscuridad de una mazmorra.

Ahora había recuperado el poder y, sin embargo... Cairo era quien tenía el conocimiento y los medios para gobernar.

Era una realidad extraña. Claro que su realidad había sido extraña desde el principio.

—Brianna —dijo, saboreando ese nombre.

Era sol, limón y frambuesa.

—Es un placer conocerte, Riyaz —dijo ella—. Cairo me ha hablado sobre tu... tu experiencia.

Había vacilado por temor a lastimarlo, pensó Riyaz. Como si ella pudiese lastimarlo.

—No tengas cuidado conmigo —le dijo—. No soy frágil.

Ella lo miró con un brillo de compasión en los ojos y eso lo llenó de ira.

—¿Y qué haces aquí, Brianna? —le preguntó.

—Estoy aquí para ayudarte a encajar de nuevo en tu sitio. Te ayudaré a recordar los modales, la etiqueta, las normas sociales. No soy terapeuta,

pero tengo experiencia con gente que ha estado aislada. Los ayudo a hacerse un sitio, a relacionarse con los demás... incluso a ocupar un trono. Aunque es la primera vez que conozco a alguien que ha estado literalmente en una mazmorra.

—¿Qué clase de profesión es esa?

—No tiene un título en concreto, pero cuando la gente me necesita, me encuentra.

De repente, Riyaz quería saberlo todo sobre ella.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—¿Dónde vives?

—En Nueva York.

—¿En un ático?

—No, es una casita adosada.

—¿Cómo has podido comprar una casa en Nueva York siendo tan joven?

Nueva York era una ciudad muy cara, lo sabía por los libros.

—Cairo me compró la casa.

Riyaz miró a su hermano.

—¿Y qué es ella para ti?

—Es la mujer que va a ayudarte —respondió Cairo—. Eso es todo lo que necesitas saber.

—Quiero saberlo todo.

—Muy bien, pregúntale lo que quieras. Yo tengo que ocuparme de tus otros asuntos —dijo su hermano—. Brianna cuidará de ti mientras yo estoy fuera.

—Vas a buscar a Ariel Hart.

—Voy a hablar con ella, sí.

—Ariel pagará por lo que hizo su padre —anunció Riyaz entonces.

Cairo hizo una mueca.

—¿Crees que eso sería productivo?

—No me importa lo que sea productivo. Ni siquiera estoy seguro de saber lo que eso significa. ¿Qué importa cuando vives en un calabozo, solo, sin ver la luz del sol?

—Pero ya no estás en un calabozo, Riyaz. Ahora hay otras personas, horarios, tareas. Ahí es donde entra Brianna —dijo Cairo—. Y no tenemos mucho tiempo. Necesitamos que ocupes el trono, que la gente sepa que eres libre. Me encantaría darte más tiempo, pero el país te necesita.

Era una cosa tan extraña. Su hermano se movía a un ritmo completamente distinto al suyo. Sus movimientos eran rápidos y precisos.

A veces, Riyaz no se movía en absoluto. Miraba, observaba. Podía ser rápido si el momento lo exigía, pero no tenía sentido desperdiciar energía. Todo lo que hacía tenía un propósito. Por eso hacía ejercicio en la mazmorra, para desarrollar los músculos, para no ser débil.

Había tenido muy poco durante esos dieciséis años, de modo que había aprendido a economizar.

Claramente, Cairo no abordaba la vida con el mismo espíritu. Su hermano era el exceso personificado, con sus caros trajes y sus deportivos.

¿Era Brianna uno de sus excesos?

Riyaz gruñó de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó Cairo.

—He pensado algo que no me gusta nada.

—Tienes que dejar de gruñir.

—¿Por qué?

—La gente no espera que su jeque gruña.

Riyaz miró el opulento salón del trono, a Brianna, que debía ser una especie de guía, a su hermano.

—¿Por qué voy a hacer lo que los demás esperan?

—Porque eres el jeque y tienes obligaciones hacia tu gente —respondió Cairo—. También ellos han sido cautivos del dictador, no lo olvides. Debes mostrarte fuerte, seguro de ti mismo. No podemos tolerar más disturbios.

—Podría pelear si fuéramos atacados.

—Lo sé, pero yo preferiría no tener que pelear —dijo Cairo—. Por el momento, voy a localizar a Ariel para pedirle que venga a Nazul.

—Muy bien.

Su hermano hizo una pequeña reverencia antes de salir del salón, dejándolo solo con Brianna Whitman.

—¿Eres la amante de mi hermano? —le preguntó, sin preámbulos.

Ella se ruborizó.

—¿Perdón?

—Cairo te toca como lo haría un hombre acostumbrado a tocarte.

—No, no es así. Cairo no está acostumbrado a tocarme.

Pero, por el rubor de sus mejillas, la idea no le resultaba desagradable.

—¿Seguro?

—Somos amigos. No tenemos ese tipo de relación.

—¿Tienes algún amante?

Ella apretó los labios.

—Estoy aquí para ayudarte, no para hablar de mí. ¿Vamos a comer?

—No estoy acostumbrado a la comida del palacio. Cada día algo diferente, con texturas distintas... no, es demasiado.

—¿Quieres que pida algo especial a la cocina?

—Gachas de avena —respondió Riyaz—. Y una tostada.

El día que lo liberaron de la mazmorra comió una hamburguesa con queso. Después de eso, había vuelto a lo que conocía. Podía manejar una cosa diferente cada día, pero solo una.

—Entonces, pediremos gachas y una tostada.

—Estupendo. ¿Y luego qué?

—Y luego comenzará tu entrenamiento —respondió Brianna.



## *Capítulo 2*

**B**RIANNA trató de recuperar el aliento mientras esperaba que Riyaz se reuniese con ella en el comedor.

No estaba preparada para un hombre como él, pero había ido al palacio de Nazul porque Cairo se lo había pedido. Haría cualquier cosa que Cairo le pidiese. Y, curiosamente, Riyaz parecía haberse dado cuenta.

¿Era su amante?

No, pero llevaba años fantaseando con él. Mientras Cairo solo la veía como una amiga.

Su virginidad se debía directamente a esos sentimientos.

Él la había rescatado cuando tenía quince años. Era como Rapunzel, encerrada en una torre, porque su padre había decidido venderla a un rival del sindicato del crimen que dirigía. Tenía la intención de vender a su única hija y Cairo estaba de algún modo relacionado con todo eso porque era parte de su trabajo encubierto para obtener acceso al palacio de Nazul y liberar a su hermano.

Él la había rescatado una noche, después de oír a su padre hablando sobre sus planes de venderla a un hombre al que quería convertir en su aliado. Y aún recordaba la primera vez que lo vio.

No era mucho mayor que ella, alto y guapo, irresistible.

«Tu padre planea venderte».

«Lo sé».

Lo sabía y había tenido miedo porque ella sabía lo que eso significaba. Había hecho muchos planes para escapar, pero entonces era muy joven y no tenía medios ni contactos.

«Ven conmigo».

Brianna sabía que era un riesgo, que irse con aquel extraño podría ser peligroso, pero había crecido en un mundo en el que no se podía confiar en los adultos y, al final, decidió que era un riesgo que estaba dispuesta a correr.

El riesgo había valido la pena. Cairo la había ayudado a forjarse una nueva identidad, una nueva vida. La había enviado a un internado y...

Y, por supuesto, ella se había enamorado de él. Había sido inevitable.

Sin embargo, no era lo que ella quería. Cairo era un hombre que vivía al límite, que viajaba por todo el mundo y tenía muchas amantes. Ella quería una vida más simple, algo normal. Algo así como la casita adosada que él le había comprado en Nueva York, que siempre le había encantado porque le recordaba las comedias de televisión que tanto le gustaban de niña. Papel pintado de flores, un reloj en la cocina, popurrí en los armarios...

Cairo no era el tipo de hombre que quisiera popurrí en los armarios.

Lo amaba, aun sabiendo que no había ninguna posibilidad. No era un amor razonable, pero ocupaba su corazón, tanto si era razonable como si no.

Él era su amigo. Le había comprado una casa, la había ayudado en todo y le había pedido que ayudase a otros que estaban en la misma situación. Porque Cairo ayudaba a personas que habían huido de sus antiguas vidas y ella había hecho esa transición con tanto éxito que lo más correcto era ayudar a otros a hacer lo mismo.

Con lo que no había contado era con Riyaz.

Era un hombre aterrador. Alto, moreno, musculoso. El pelo negro azabache le llegaba hasta los hombros y tenía una mirada penetrante, la nariz recta, el rictus sombrío. Bajo la barba oscura, bien recortada, se adivinaba una mandíbula cuadrada.

Se parecía a su hermano, pero Cairo era un hombre sofisticado y elegante. Riyaz, en cambio, parecía un guerrero de otro tiempo. Un hombre alto y fuerte que podría sostener una espada con una mano y la cabeza de uno de sus enemigos con la otra.

Había algo salvaje en él. Claro que era lógico después de tantos años de cautiverio.

Y su trabajo era ayudarlo, no temblar al verlo ni sentirse avergonzada porque hubiera intuido que sus sentimientos por Cairo no eran correspondidos.

—Qué extraño comer en una mesa —dijo Riyaz, empujando ruidosamente la silla y dejándose caer pesadamente sobre ella con las piernas abiertas.

Había algo tan elemental en ese gesto que Brianna se puso nerviosa. Nunca había conocido a nadie que no estuviera sujeto a unas mínimas reglas de decoro.

—Es difícil sostener la comida, los cubiertos y el vaso sin apoyarlos en una mesa —comentó.

—Pero no es imposible.

—Sí, bueno. Nuestro objetivo es aprender a comer en la mesa.

Había decidido comer lo mismo que él, pero se arrepintió cuando pusieron frente a ella el plato de gachas. También llevaron una bandeja con frutos secos y pastelillos, pero Riyaz la apartó con gesto de desagrado.

Brianna arrugó la nariz y tomó unos dátiles de la bandeja.

—¿Por qué te ayudó mi hermano? Cuéntame qué te pasó.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Una de las normas sociales más importantes es no hacer preguntas personales a alguien a quien no conoces. Si esta fuera una cena de Estado no podrías preguntarle a tu compañero de mesa sobre sus traumas y nadie te preguntaría a ti sobre el tiempo que pasaste en la mazmorra.

—¿Por qué no? Es lo único que he hecho en los últimos dieciséis años y, por tanto, es lo único de lo que puedo hablar.

—Sí, pero en general nadie quiere hablar de cosas que le causan dolor.

—¿Sabes lo que me causa dolor? El recuerdo de la muerte de mis padres. Eso es particularmente doloroso. Y perder de vista a mi hermano, preguntarme si también lo habrían asesinado mientras diez hombres me arrastraban a la mazmorra. Diez hombres, eso es lo que hizo falta para reducirme, incluso cuando tenía dieciséis años —Riyaz hizo una pausa—. Me sentí furioso durante mucho tiempo, pero al final aprendes que no puedes estar siempre enojado y que debes esperar el momento oportuno. Tienes que esperar y eso es lo que he estado haciendo durante todos estos años. Me aseguré de que mi cuerpo no muriese, de que mi mente no

muriese. No puedo decir que sea el mismo hombre que entró en ese calabozo, pero al menos no me perdí del todo.

—Ya veo.

Riyaz hizo una mueca que, en otro hombre, habría sido una sonrisa.

—Ahora sientes curiosidad y quieres preguntar, pero acabas de regañarme por hacer preguntas.

Brianna sonrió.

—¿Cómo lograste no perder la cabeza?

—El ejercicio es muy bueno no solo para el cuerpo sino para la mente, así que hacía ejercicio a diario y leía a todas horas. He leído cientos de libros, miles. Me los llevaba uno de los guardias. ¿Sabes lo que me gusta de los personajes de ficción? Que puedes leer sus pensamientos. Todo es tan sencillo, todo está escrito —dijo Riyaz—. Cuando te miro a ti, no puedo leer tus pensamientos, así que debo preguntar. Me gustaría leerte como si fueras un libro. Me gustaría ver los párrafos sueltos que hay entre las palabras que dices porque creo que hay muchos.

—Eso es muy interesante —murmuró Brianna—. ¿Cuáles eran tus libros favoritos?

—Todos lo eran. Me encantaba leer para obtener información porque no podía salir de la mazmorra y ver las cosas por mí mismo. Leía libros de historia y ciencia, pero también leía novelas de acción y espionaje.

—¿Y novelas románticas?

Riyaz torció el gesto.

—A veces me resultaba difícil.

Brianna lo entendía. Libros sobre la conexión humana, sobre el roce de otra persona. A ella le gustaban las novelas románticas, pero a veces eran demasiado dolorosas.

Porque, según esas novelas, el hombre que la rescató cuando era niña debería empezar a verla como una mujer, pero no había sido así. Mentiras que le habían contado los libros.

Le dolía leer sobre el amor correspondido porque ella no lo había experimentado. Y estando solo y encerrado como él había estado imaginó que debía ser aún peor.

—Es bueno que te guste leer, así podrás hablar de muchas cosas. Tienes mucha información.

—Podría hablar del tiempo, ahora que puedo ver el sol.

Salvo que él no parecía el tipo de hombre que querría hablar del tiempo y, por un momento, Brianna casi lamentó lo que estaba tratando de hacer porque le gustaba su carácter, franco y diferente.

Parte del problema con su trabajo era que, en general, implicaba convertir a alguien diferente en alguien igual a los demás.

Eso era lo que querían las personas que la contrataban, lo que necesitaban por una variedad de razones. Y Cairo le había explicado la importancia de la situación, la gravedad del asunto.

Ella lo entendía e iba a hacer lo que le pedía, pero tenía ciertas dudas.

—Deberíamos empezar a hablar de los modales en la mesa.

—Los conozco —murmuró Riyaz—. Solía comer en esta mesa con mi familia.

—A veces, cuando el pasado ha sido doloroso, es difícil tener que recordar. Tal vez sería más fácil para ti empezar de cero.

Él la miró con expresión escéptica.

—Muy bien.

Brianna se levantó y señaló la silla.

—¿Por qué no te pones de pie y vuelves a sentarte?

—¿Por qué?

—Porque el modo en que te has sentado antes resulta un poco chocante.

Riyaz se puso de pie, haciéndola sentir consciente de lo pequeña que era a su lado. Le llegaba a la altura del hombro y él era tan alto e imponente que casi daba miedo.

Brianna dio un paso hacia él y Riyaz dio un paso atrás, como por instinto, en un gesto que le recordó a un caballo. Un gran semental al que había que acercarse con cuidado. Casi le daban ganas de extender la mano para que captase su olor. Tal vez ofrecerle un terrón de azúcar.

«No es un animal, es un hombre».

Y, sin embargo, en el caso de Riyaz podía ver claramente a ambos. En los pocos minutos que había pasado con él, había descubierto que era casi completamente elemental.

—Echa la silla hacia atrás despacio —le instruyó— e intenta no hacer ruido.

—No comprendo por qué la gente siempre está tratando de silenciarse.

—Tú estás acostumbrado a estar solo, pero aquí siempre hay mucha gente. Si todos hiciéramos ruido podría ser un problema, ¿no te parece?

—Pero yo soy el jeque y supongo que puedo hacer tanto ruido como quiera.

—¿Por qué no aprendes a hacerlo como los demás y luego...?

—Me recuerdas a mi maestra de la guardería, pero ya no estoy en la guardería —Riyaz dio un paso hacia ella—. No soy un niño. No tienes que hablarme como si estuvieras enseñándome el abecedario.

Estaba tan cerca que podía oler su aroma. Jabón y piel masculina. Y algo salvaje. Le temblaban las manos y su corazón latía con una fuerza inusitada.

—Eres muy guapa —dijo él entonces.

No era un halago sino una observación y eso le resultó halagador. Porque él no mentía. Sencillamente, decía lo que pensaba. Claro que ese era precisamente el problema.

—Gracias.

—¿Sabes cuántos años pasé sin ver nada bonito? Ni una flor, ni el sol, ni el desierto. Ni una mujer. Solo paredes de piedra gris, barrotes de hierro forjado y hombres de uniforme. La misma comida, el mismo espacio. Aquí, en cambio, todo es diferente.

—Venga, siéntate. Pero con más cuidado.

—No sé si poseo la habilidad de hacer algo con suavidad, pero lo intentaré.

Riyaz se sentó sobre la silla sin dejarse caer en ella y sin separar las piernas.

—Mucho mejor —dijo Brianna.

—¿Por qué has pedido la misma comida que yo? —le preguntó él, tomando otro bocado.

—Me pareció lo más apropiado.

—¿Por qué?

—Porque he pensado que, en realidad, no has elegido comer gachas sino que... en fin, no eres capaz de comer otra cosa. Y quería que te sintieras cómodo.

—Te preocupas demasiado por lo que piensen los demás. No me importa lo que tú comas.

—Muy bien, ahora lo sé para la próxima vez.

—¿Vamos a comer juntos todos los días?

—Durante un tiempo, sí.

—¿Y qué otras lecciones vas a darme?

—No hay un plan de lecciones, solo quiero facilitarte las cosas. Si hay algo que te parezca especialmente difícil, dímelo.

Riyaz soltó una carcajada.

—¿Quieres que te diga si me siento incómodo?

—¿Por qué te parece tan gracioso?

—Todo lo que me rodea me hace sentir incómodo. Estaba cómodo en la mazmorra, Brianna —Riyaz hizo una pausa entonces—. Me gusta pronunciar tu nombre. Brianna. Es un nombre interesante.

—¿Ah, sí? Nunca me lo habían dicho.

—Nunca había pronunciado ese nombre.

—Tampoco yo había pronunciado el tuyo antes de conocerte, así que ya tenemos algo en común.

Riyaz asintió.

—El objetivo de estas lecciones no es que yo me sienta cómodo sino restablecer el orden en el país.

—Tenías un plan para mantenerte cuerdo y en forma mientras estabas en la mazmorra, ¿no? Pues esto no es diferente. El objetivo es que ocupes el trono y seas el jeque de Nazul.

—Voy a casarme —dijo él entonces.

—Sí, lo sé.

—Estamos prometidos desde niños y ella honrará el acuerdo.

Brianna tuvo que luchar contra una extraña sensación de angustia. Cairo volvería a Nazul para ayudar a su hermano, de modo que no

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

seguirían viéndose como antes. No seguiría siendo parte de su vida. El destino de Cairo era el palacio de Nazul, como el de Riyaz.

Como el de la mujer con la que iba a casarse.

No había sitio para ella.

Debería estar acostumbrada a eso, pero tuvo que luchar contra una extraña sensación de soledad.

—Bueno, entonces también te prepararé para tu matrimonio.



## Capítulo 3

**E**L frío del suelo de piedra sobre el que dormía despertó a Riyaz por la mañana.

El dolor y el frío eran para él el equivalente a un amanecer. Era la forma en que saludaba al día. Así era como sabía que aún estaba vivo.

Pasó las yemas de los dedos por las marcas que había tallado en la pared, en parte para señalar los días, en parte para mantener el control. Cuando lo arrojaron a la mazmorra supo que tenía dos opciones: rendirse al cautiverio o convertir la mazmorra en su reino; un reino que él gobernaba.

Entre los muros de su prisión había sido el amo de todo, pero poder salir cuando quisiera seguía siendo una sorpresa.

Empezó a subir las escaleras, tenso, guiñando los ojos para evitar la luz.

Para lo que no estaba preparado era para ver a Brianna. De pie al final de la escalera, de espaldas a él, con un vestido de color crema que le llegaba por encima de la rodilla. Sus finos tobillos tenían una forma fascinante y sus pantorrillas eran torneadas y atractivas.

Y luego estaba la forma en la que el vestido se ajustaba a su trasero, algo que provocó un hambre que no podría saciar con alimentos.

Cuando se dio la vuelta fue como si hubiese amanecido de repente.

—Ah, hola. ¿Dónde estabas?

—Durmiendo —respondió Riyaz.

—Un empleado me dijo que no estabas en tu habitación.

—Estaba en mi habitación.

—Esa no es tu habitación —protestó ella—. Es un calabozo.

Riyaz se encogió de hombros.

—El calabozo en el que viví durante dieciséis años. Prefiero dormir en un sitio familiar y... no me mires así. No me compadezcas, no soy un animalillo al que tengas que rescatar. De hecho, ya he sido rescatado.

Durante años había fantaseado con salvarse a sí mismo, con reunir fuerzas suficientes para lanzarse contra los guardias, pero la cuestión seguía siendo qué encontraría más allá de los muros de su celda.

Siguió acumulando fuerzas, pero sin tener un plan a largo plazo. Esa era la lección que había aprendido, que debía encontrar una forma de vivir lo mejor posible en una existencia que él nunca hubiera elegido, y no dejar que su voluntad de sobrevivir dependiese de lo que pudiera suceder en el futuro. Había aprendido a ir paso a paso, día a día, y así era como se tomaba las cosas ahora. Aunque sabía que los demás empezaban a impacientarse.

—No te compadezco —dijo ella.

Pero Riyaz podía ver que estaba mintiendo.

—¿Ah, no?

—Es que no entiendo por qué te castigas a ti mismo.

—Imagínate tratando de vivir en el desierto, un sitio muy distinto a Nueva York, sin nada que te proteja de los elementos. Todo es diferente, más crudo, más difícil. He vivido aquí antes, pero no lo recuerdo. No estoy acostumbrado y lo que a ti te parece razonable y cómodo no es razonable y cómodo para mí. Así que tengo que refugiarme en un sitio que conozco.

—Muy bien, lo entiendo, pero nosotros estamos trabajando en las apariencias. Y en tu regreso a una vida normal.

—Exactamente. Por eso no debería importarte lo que hago cuando nadie puede verme.

—Pero no quiero que duermas sobre un suelo de piedra cuando tienes una estupenda habitación con una cama blanda y cómoda.

Una cama sonaba muy apetecible. Si Brianna estuviese en ella.

La oleada de deseo lo tomó por sorpresa y se preguntó qué aspecto tendría desnuda. ¿Sería igual de pálida por todas partes?

Conocía la desnudez femenina gracias a las obras de arte clásico y ella le recordaba un poco a las pinturas del Renacimiento, tan pelirroja y pálida. ¿Pero lo miraría con deseo o con compasión si la tocaba?

No podría soportar que lo mirase con compasión.

—¿Cuál es la lección de hoy? —le preguntó bruscamente.

—Había pensado que podríamos desayunar y luego pasar un rato en la biblioteca. Aquí hay una biblioteca estupenda.

¿El guardia le había llevado libros de la biblioteca del palacio durante todo ese tiempo? Riyaz había temido que la extensa colección de su padre hubiera sido destruida. Los libros eran tan queridos compañeros para él que esa posibilidad era casi tan dolorosa como la muerte.

Pero no había preguntado por ello. No había querido saber la verdad.

—Me gusta ese plan.

—Quizá más tarde podríamos ver una película.

No había visto una película desde que era un adolescente.

—Me encantaría —dijo Riyaz.

—Se han hecho tantas películas desde que te encerraron en el calabozo... —Brianna torció el gesto—. Disculpa, no debería haber dicho eso.

—No te preocupes. No has herido mis sentimientos.

—Ya, pero no quiero que pienses que me tomo tu situación a la ligera.

—Esos años en el calabozo me han convertido en lo que soy, para bien o para mal. Aprendí a existir en el momento, ni en el pasado ni en el futuro.

—Sí, entiendo —murmuró Brianna—. ¿Vamos a desayunar? Espero que no te importe, pero he pensado que hoy podríamos tomar algo diferente.

—Muy bien, como quieras.

—Espero que te guste.

—¿Qué es esto? —preguntó Riyaz al entrar en el comedor, señalando un cuenco sobre la mesa.

El contenido se parecía a las gachas a las que estaba acostumbrado, pero era diferente. Había fruta en él y azúcar. Y algo parecido al pan al lado, pero no era una tostada.

—Copos de avena —respondió Brianna—. Es parecido a las gachas, pero con una consistencia diferente porque lleva azúcar. Y eso es una galleta. ¿Nunca has comido galletas?

Riyaz frunció el ceño.

—¿No es un postre?

—No, es algo así como un panecillo. Más dulce.

—No sé si me gustará.

—Yo tampoco, pero si no te gusta puedes pedir tostadas porque no eres un prisionero y esto no es un calabozo. No tienes que comer lo que te sirvan.

Brianna lo miraba expectante, de modo que Riyaz tomó asiento como ella le había indicado el día anterior, sin hacer ruido y sin abrir las piernas.

El resultado que vio fue un brillo de aprobación en sus ojos y pensó que le gustaría verlo a menudo. No sabía por qué.

Probó los copos de avena y descubrió que no eran muy diferentes a las gachas, aunque la textura y el sabor eran más fuertes debido al azúcar.

—Terminemos el desayuno en la biblioteca —sugirió, por impulso.

Salieron del comedor y recorrieron un pasillo que no había recorrido en muchos años. Era tan extraño visitar esas habitaciones. Había estado en la sala del trono, en el dormitorio que le habían asignado, en el comedor. Pero todavía no había salido del palacio.

No había explorado el exterior.

Tenía una sensación extraña, como si estuviera caminando en dos líneas de tiempo diferentes. El momento presente y unos años antes, cuando era un niño. Entonces no apreciaba los libros, pero había aprendido a hacerlo en esos años. Habían sido su único escape, su única ventana al mundo exterior.

Le había dicho que no disfrutaba de las novelas románticas y era verdad, pero solo porque hacían que anhelase compañía femenina. Especialmente cuando se trataba de la descripción explícita del acto físico entre dos amantes...

Había leído con gran detalle cómo un hombre podía complacer a una mujer. Y cómo una mujer podía complacer a un hombre, pero a veces le resultaba demasiado fácil imaginar esas cosas y si había algo que lo hacía sufrir durante el cautiverio era anhelar el roce de una mujer.

Pero lo anhelaba y estar cerca de Brianna agudizaba ese anhelo.

Por primera vez tenía cerca a una mujer a la que quería tocar. A la que tal vez podría tocar.

Pero entonces ella abrió las puertas de la biblioteca y la grandeza de la habitación interrumpió esos pensamientos. Había libros del suelo al techo, miles de ellos, con escaleras corredizas en torno a los estantes.

Su padre había pasado horas allí, pero entonces Riyaz no entendía por qué.

—No puedo creer que no la hayan destruido.

—No sé mucho sobre las personas que ocuparon el palacio antes de que tu hermano recuperase el poder, pero tengo la impresión de que fue un tiempo muy oscuro para tu país.

—Ni siquiera yo sé mucho sobre ellos porque solo veía a los guardias. Nunca entendí por qué el dictador me retuvo. Quizá encerrarme era más gratificante que matarme. Quizá lo hacía sentirse seguro de su poder. No sé... —Riyaz sacudió la cabeza—. Creo que Cairo hizo que matasen a todos salvo al guardia que me llevaba libros. Pedí que le perdonase la vida.

Brianna se puso pálida.

—Ah, ya veo —murmuró, claramente incómoda.

—¿Creías que había sido un golpe sin sangre? Un golpe de Estado nunca lo es. Aunque en este caso fuese un golpe justo para recuperar lo que siempre ha sido de mi familia.

Riyaz tenía que luchar contra las imágenes de los últimos momentos que había pasado en el palacio antes de ser llevado a la mazmorra.

No quería pensar en ello. No quería imaginar la muerte de su madre. Tal vez por eso no había explorado el palacio antes.

No había vivido en el pasado durante esos años sino en el presente porque eso era soportable.

Los pasillos del palacio estaban llenos de fantasmas y él no estaba preparado para lidiar con ellos.

—Mujercitas —murmuró, sacando un libro de los estantes—. Lo he leído.

—¿Ah, sí? Es uno de mis libros favoritos.

—Es muy bueno —Riyaz pasó los dedos por las letras de la cubierta. Era uno de los primeros que le había llevado el guardia—. Orgullo y prejuicio —leyó, tomando otro libro—. Me gustó mucho.

—A mí también.

Riyaz tomó un tercer libro del estante y torció el gesto.

—No creo que mi padre hubiera comprado este.

Era un libro extremadamente explícito sobre una mujer joven y un multimillonario que se embarcaban en una relación sexual. Lo había encontrado instructivo y tortuoso, pero se sorprendió al verlo en la biblioteca del palacio.

—Creo que lo ha leído todo el mundo —dijo Brianna después de mirar el título.

—¿Tú lo has leído?

Ella rio, sacudiendo la cabeza.

—No, yo no tenía ningún interés. Pero en serio, ¿un guardia te llevó ese libro?

—Así es —respondió Riyaz—. Me pareció informativo, nada más.

Brianna rio de nuevo y él tuvo la sensación de que reía porque no lo había leído, de modo que no sabía de qué estaba hablando.

—Aquí hay uno que no he leído —dijo Riyaz entonces, sacando un libro en cuya cubierta había un hombre con una pistola.

Una novela de espionaje, imaginó. Parecía una colección y sacó varios del estante porque leía muy rápido y ahora podía elegir lo que quisiera.

Podía hacer lo que quisiera, cambiar de opinión por capricho. Y, por primera vez, ese exceso le parecía algo bueno.

Junto a él, Brianna comenzó a subir por la escalera hacia los estantes de arriba y Riyaz no podía negar que miró sus piernas.

Pero entonces las puertas de la biblioteca se abrieron de golpe y, sobresaltada, Brianna perdió pie. Riyaz la tomó en sus brazos cuando iba a caer al suelo y ella lo miró con gesto de pánico...

Y, de repente, lo que veía no era la cara de Brianna sino la cara de su madre.

Riyaz la dejó en el suelo, a su espalda, y se giró hacia la puerta, hacia la amenaza, avanzando hacia el intruso con extrema violencia.

—Jeque Riyaz —dijo el hombre, levantando las manos.

—¿Cómo te atreves?

—Mi jeque, yo solo...

Riyaz estaba cegado. Había gente muriendo. Era un pandemonio, el final de todo. Habían asaltado el palacio...

Furioso, agarró una silla y la lanzó contra el intruso. Buscaría un arma, cualquier cosa. No se dejaría atrapar. Derrumbó una mesa, otras sillas, buscando algo con lo que defenderse.

—Riyaz...

Oyó la voz de una mujer y se volvió hacia ella, tomándola entre sus brazos para protegerla.

—Riyaz, soy yo. Soy Brianna y estoy bien. No pasa nada. Estamos en la biblioteca del palacio y estás a salvo.

—Tú...

—Estoy bien, no pasa nada.

Ella puso las manos sobre su pecho y fue como si hubiera usado un desfibrilador. Como si hubiera sido electrocutado.

Era Brianna, mirándolo con un brillo de pánico en los ojos. ¿Qué había pasado?

—Pensé que...

—Lo sé y lo lamento. Me sobresalté y resbalé. Debería haberme agarrado a la escalera.

Riyaz tocó su cara y descubrió que su piel era tan suave como había imaginado.

—¿Estás bien?

—Sí.

Se alejó de ella, consciente del creciente deseo en su interior, y sabiendo que había perdido la cabeza por un momento.

Solo le ocurría por la noche. Sufría terrores nocturnos y tenían que asegurarse de que no hubiera nada suelto en su celda porque tiraba cosas. Porque era peligroso para sí mismo y para cualquiera que estuviese en la

puerta de la mazmorra. Perdido entre el sueño y la vigilia, no tenía una comprensión firme de la realidad.

Y le había ocurrido de día, estando con otra persona.

Nadie estaría a salvo a su lado, pensó. Necesitaba la ayuda de Brianna o no sería seguro para los empleados del palacio. Ni para ella.

—¿Dónde está ese hombre?

—Se ha ido —respondió Brianna—. No te preocupes por eso.

—Podría haberte hecho daño.

—Pero no me has hecho daño.

Aún no, pero solo era uno de los muchos monstruos que ella había ayudado a reformar. Quizá todos perdieron la cabeza como él en un momento de locura. Tal vez otro hombre la había sostenido entre sus brazos...

Riyaz gruñó.

—¿Ahora qué?

—Debería volver a la mazmorra durante un tiempo.

—No tienes que hacer eso...

Pero la decisión había sido tomada, de modo que se dio la vuelta y la dejó allí sin decir una palabra más.



## *Capítulo 4*

**B**UENO, aquello había sido un desastre y Brianna todavía estaba temblando. La furia de Riyaz había sido impresionante, terrible. Fingir que no estaba aterrorizada era una de las cosas más difíciles que había hecho en toda su vida, pero había visto su expresión de pánico y no había querido empeorar la situación.

Se llevó una mano al pecho, sintiendo los furiosos latidos de su corazón, mientras miraba la desmantelada biblioteca.

Y luego pensó en lo que había sentido al tocar a Riyaz.

Era tan musculoso, tan fuerte, que podría haber desmembrado a ese pobre hombre con sus propias manos. Ciertamente, parecía tener intención de hacerlo.

Pensó en cómo la había abrazado, cómo la había apretado contra su ancho torso.

No había tenido la intención de lastimarla. Al contrario, quería protegerla. Pero no sabía lo que él creía que estaba pasando o quién pensaba que era ella.

«Está traumatizado».

Y lo entendía. Entendía el trauma. Ella había crecido en una casa llena de criminales sin miramientos. De niña había estado protegida, pero cuando llegó a la pubertad todo cambió. Su padre tenía intención de venderla a un traficante y ese hombre le dijo lo que pretendía hacerle en términos explícitos y aterradores.

Siempre había sabido que la suya no era una familia normal. Pero, como Riyaz, tenía los libros. Y en los libros había otro tipo de familias. Lo que su padre sentía por ella no era cariño paternal, pero ese cariño existía. En otros sitios, en otras familias.

Y entonces, como en un cuento de hadas, Cairo la había rescatado.

Todo lo que había querido desde entonces era una vida normal, pero llevaba una década enamorada de un hombre que nunca la había mirado como a una mujer.

Y ella siempre intentó disimular. Cairo era su amigo y eran demasiado diferentes...

El móvil vibró en su bolsillo en ese momento.

Y tenía la sensación de que era ese mismo hombre.

—¿Sí?

—¿Algún progreso? —le preguntó Cairo a modo de saludo.

—Riyaz duerme en el calabozo y acaba de destrozar la biblioteca.

—Pues eso no es aceptable.

—Lo siento, pero Riyaz no va a ponerse bien de la noche a la mañana. Está profundamente traumatizado.

—El psiquiatra dijo que no le pasaba nada.

—¿Cómo puede decir eso? Considerando todo lo que ha tenido que soportar, tu hermano está mejor que bien, pero decir que el cautiverio no le ha afectado es absurdo, ridículo. Por supuesto que ha dejado secuelas —protestó Brianna—. Hay un límite en cuanto a lo lejos que puede llegar en su recuperación y hoy he visto ese límite. Algo desencadenó un episodio de estrés postraumático... creo que era un recuerdo del pasado. Pensó que yo estaba en peligro y...

—¿Y qué?

—Bueno, no me habría sorprendido que me levantase en brazos como si fuera King Kong. Ha estado a punto de matar a un hombre porque pensó que era una amenaza para mí.

—¿Corriste algún peligro? —le preguntó Cairo con tono serio.

—No, en realidad no —respondió ella—. No necesito que me rescates otra vez, Cairo. Riyaz estaba tratando de hacer precisamente eso, pero no creo que sea peligroso. Solo necesita tiempo.

—No tenemos mucho tiempo.

—Esa mujer que pretendes traer al palacio... yo no lo haría, Cairo. Aún no.

—Estoy a punto de entrar en su apartamento.

—No la traigas aquí de inmediato. Espera al menos hasta que tu hermano pueda comer algo más que gachas.

—Muy bien, como quieras.

Brianna pensó en lo que había sentido cuando Cairo la llamó para pedirle que fuese a Nazul, lo que su voz la había hecho sentir, cuánto deseaba verlo.

Por alguna razón, ahora no sentía eso.

Probablemente porque aún estaba intentando superar el susto.

—Tengo que ir a buscarlo. Tengo que distraerlo.

—No lo presiones más por hoy —sugirió Cairo.

Pero ella no quería presionarlo sino hablar con él.

—Confía en mí. Me contrataste por una razón.

—Porque necesitaba a alguien que pudiera guardar un secreto.

—Sí, pero también porque sabes que puedo ayudar, ¿no?

—Eso también, claro.

—Entonces, hazme caso.

Tenía que sacar a Riyaz de la mazmorra. ¿Por qué seguía durmiendo allí? ¿Cuál era la verdadera razón? Sabía que la transición de una larga vida como prisionero a una vida normal debía ser muy difícil y que ella debía ayudarlo, de modo que fue a la cocina para buscar algo que sirviese de distracción.

Magdalenas, por ejemplo.

Había algunas con glaseado de crema de queso y otras de chocolate. Una distracción perfecta, pensó.

Brianna tomó la bandeja y fue directamente a la mazmorra, pero Riyaz no estaba allí, de modo que lo buscó por todo el palacio.

Lo encontró en el salón del trono, de pie en medio de la habitación.

—Hola, Riyaz.

—¿Qué haces aquí?

—Yo iba a preguntarte lo mismo. Acabo de hablar con tu hermano y pensé que debería contártelo.

—¿Por qué?

—Es mi trabajo hablar contigo, Riyaz. Además, no conozco a nadie más en el palacio.

—¿Qué es eso? —preguntó él, señalando la bandeja.

—Magdalenas. Te vendría bien probar algo nuevo y, además, podrías disfrutarlo.

—No me apetece.

—¿Por qué te da miedo disfrutar de las cosas?

—Yo no le tengo miedo a nada.

—Por supuesto que no. Eres un guerrero, un jeque poderoso.

—No tenía miedo en la biblioteca. Pensé que debía pelear y estaba listo. Siempre estoy listo para pelear.

—Te creo.

No tenía miedo, pero tal vez temía vivir sin los parámetros de la mazmorra. Tal vez aún era reacio a creer que era libre de verdad.

—¿Ahí es donde se sienta el jeque? —le preguntó, señalando el trono—. ¿Qué hacía tu padre aquí?

—Aquí es donde recibía a los dignatarios, escuchaba los problemas de nuestra gente y redactaba nuevas leyes —respondió Riyaz—. Pero le gustaba pasar más tiempo en la biblioteca. Mi padre era diferente a los jeques que lo precedieron, más moderno. A veces me pregunto si por eso lo mataron.

—¿Moderno en qué sentido?

—Creía en los derechos de la mujer, por ejemplo. Él nos enseñó a Cairo y mí que las mujeres eran iguales que los hombres. Cambió muchas leyes y Nazul iba por delante de muchos países en su defensa de los derechos humanos, pero hubo algunas protestas en contra de esas nuevas leyes porque a algunos no les gusta que las cosas cambien. El progreso asusta a las masas.

—Era un hombre moderno y, sin embargo, eligió una esposa para ti.

—Entonces todavía había matrimonios políticos —asintió Riyaz—. El matrimonio de mis padres fue un matrimonio de conveniencia, pero llegaron a quererse mucho el uno al otro. Mi padre no trataba a una mujer como si fuera un objeto.

—Me alegro —dijo Brianna.

—Era un buen hombre.

—Mi padre no lo era —dijo ella entonces—. Mi prisión era muy diferente a la tuya. De hecho, tardé mucho en darme cuenta de que vivía en una prisión.

—Dijiste que mi hermano te rescató.

—Así es. Me rescató y me envió a un internado, una experiencia nueva para mí porque había tenido tutores en casa, pero nunca fui al colegio.

—¿Te resultó difícil acostumbrarte al cambio?

—Sí y no. Al principio no sabía cómo interactuar con niños de mi edad, pero aprendí a hacerlo y me hice muy popular.

—¿Por qué eras tan popular?

—¿Porque soy un encanto? —bromeó Brianna.

Riyaz se apartó de la pared y se acercó a ella. Despacio, como una pantera enjaulada.

—No, en serio. ¿Por qué crees que eras tan popular? A todo el mundo le gustaría ser popular, aceptado por los demás. Se pasan toda la vida observando a otros seres humanos y, sin embargo, no son capaces de encajar. Pero tú sí encajas. Yo diría que encajas en cualquier sitio.

—Supongo que porque cuando vives con un canalla como mi padre, analizar las situaciones puede ser una cuestión de supervivencia. Tienes que descifrar los cambios de humor para protegerte.

Su expresión se volvió feroz.

—¿Tu padre te hizo daño?

—Me gritaba a menudo y recibí alguna bofetada, así que aprendí a protegerme. Y supongo que transferí la necesidad de analizar las situaciones a mi experiencia escolar. Y, a partir de ahí, aprendí a ayudar a otras personas. Gente como tú y como yo.

—¿Cuántas personas como tú y como yo hay en el mundo?

—Más de las que podrías imaginar. Personas que han vivido en hogares abusivos o en sectas. Personas que han soportado un matrimonio fracasado durante años. No estás solo, Riyaz.

—No me importaría si lo estuviera.

—Por supuesto que no —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. ¿Por qué ibas a querer una conexión con otro ser humano? ¿O una magdalena? Toma una magdalena.

Él la miró, escéptico, y Brianna esbozó una sonrisa.

—¿Te da miedo probarla?

—¿No te lo daría a ti en mi situación?

—Tal vez —respondió ella, con el corazón encogido.

Riyaz dio un paso hacia ella. Era tan atractivo. Tenía los pómulos altos, las mejillas afiladas, una barba oscura que le daba un aspecto imponente.

Y era extraordinariamente musculoso. El ejercicio que había hecho en la mazmorra había dado sus frutos.

—Háblame de tu cuerpo.

Él enarcó una oscura ceja y Brianna se puso colorada.

—Quiero decir, qué haces para mantenerte en forma.

Riyaz soltó una carcajada.

—¿Te gusta mi cuerpo?

—Tendría que estar ciega para no ver esos músculos —respondió ella, apartando la mirada.

—Había un banco de piedra en la mazmorra y yo me tumbaba de espaldas y lo levantaba con los pies. Hacía abdominales, zancadas. También levantaba el banco para reforzar los bíceps. Me lo habían robado todo, pero mi cuerpo no iba a ser suyo. No iba a ser débil.

—Muy pocas personas tendrían tal presencia de ánimo.

Riyaz enarcó una ceja.

—¿Pasteles y halagos?

—Espero que aceptes al menos uno de ellos.

—Lo tendré en cuenta.

—Hay magdalenas de chocolate.

Brianna vio un destello de interés en los ojos oscuros.

—Hace dieciséis años que no lo pruebo.

—¿A qué esperas entonces? —Brianna tomó una magdalena y se la ofreció.

Riyaz la tomó y, después de darle un mordisco, dejó escapar un gruñido de satisfacción.

—No debes hacer eso, ¿recuerdas?

—Pero a ti no te molesta, ¿verdad?

—No, en realidad me hace gracia, pero no se lo digas a nadie. Se supone que debo civilizarte y que tú no debes gruñir delante de la gente. Y tal vez deberías empezar a dormir en tu cama.

La sugerencia fue recibida con otro gruñido.

—No creo que pueda.

—¿Por qué no?

—¿Cómo sabría cuándo despertarme?

—No te entiendo.

—Despierto cuando tengo frío, cuando me duele el cuerpo. Así es como sé que empieza un nuevo día.

—Hay despertadores, Riyaz. Y eso es lo bueno de la libertad. Si decides que no quieres dormir en tu habitación, siempre puedes volver a la mazmorra porque ya no eres un prisionero.

—Me lo pensaré.

—Muy bien.

Riyaz se quedó pensativo un momento.

—Estoy preparado para sentarme ahí —dijo luego, señalando el trono—. No tengo miedo.

—¿Crees que alguien se opondrá?

—Siempre es una posibilidad. ¿Pero qué podrían hacerme que no me hayan hecho ya? Supongo que podrían matarme, pero no me asusta. Tuve que hacer las paces con la muerte hace muchos años.

—Háblame de tu infancia —dijo Brianna entonces.

Aquella hermosa mujer estaba acosándolo con pasteles y preguntas. Y no sabía si realmente quería saber algo sobre su infancia o si solo era otro ejercicio, pero descubrió que quería contárselo porque no había hablado con nadie sobre eso, ni siquiera con Cairo.

En el calabozo hacía todo lo posible para no recordar. Era como si no tuviera pasado ni futuro. Nada más que el presente, porque era la única forma de superar la situación. Si recordaba lo feliz que había sido una vez habría perdido la cabeza. Si pensaba en cómo sería la vida fuera de la mazmorra se habría vuelto loco.

Pero ahora, un hombre con un futuro que no incluía las paredes de una mazmorra, podía recordar el pasado.

—Tuve una infancia feliz, aunque nuestro padre era estricto porque no quería que fuésemos príncipes mimados. Decía que muchos reyes caen porque se quieren más a sí mismos que a su pueblo, que muchos se corrompen tratando de proteger sus propios intereses. Así que nos enseñó a entregarnos al servicio de los demás, a fomentar la filantropía. Era un buen padre.

—¿Y tu madre?

Riyaz intentó recordar a su madre. Intentó recordarla cuando no estaba pidiendo ayuda a gritos, mirándolo con ojos suplicantes mientras...

—La quería mucho —murmuró.

No se atrevió a decir más y ella pareció entender.

—¿Qué clase de hermano era Cairo? Yo solo lo conozco como amigo.

—Un amigo del que estás enamorada.

Brianna lo miró, perpleja.

—No hay nada entre nosotros y no lo habrá nunca.

—¿No tienes ninguna esperanza?

—No, ninguna. En realidad, decidí que esto sería lo último que haría por él. Porque no puedo amarlo cuando... cuando en realidad quiero otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—No se trata de mí, Riyaz. Estoy aquí para ayudarte.

—Y por Cairo. Admite que sientes algo por él.

—Sí, es cierto. Pero después de esto no nos veremos mucho. Tengo entendido que va a asumir el cargo de jefe del ejército, ¿no? Le importa mucho tu felicidad, tu salud. Y el bien de Nazul.



—Se llevaba mucho mejor con mi prometida que yo —dijo Riyaz entonces—. Solíamos pelearnos por eso. Fue mi mejor amigo hasta ese verano, cuando Ariel vino al palacio. Ella me tenía miedo, no sé por qué. Tiene dos años menos que yo, la misma edad que Cairo, y se llevaban muy bien, así que desaparecían y me dejaban solo. Mis padres pensaron que serían buenos cuñados, pero yo siempre me pregunté...

Siempre se había preguntado si Cairo la amaba, pero entonces eran niños y Riyaz nunca había cuestionado una orden de su padre. Si el jeque decía que debía casarse con Ariel, sencillamente debía casarse con ella.

Su padre no podía estar equivocado.

Riyaz apretó los dientes.

Qué duro había sido descubrir que sí podía estar equivocado, que había confiado en el peor de los hombres.

Qué duro darse cuenta de eso en los momentos finales de su vida. No dejó de ser un héroe a ojos de Riyaz, pero demostró que su padre era humano, que cometía errores.

Y por eso había muerto.

—Cairo siempre tuvo mucha personalidad —siguió, tratando de borrar esas imágenes de su cabeza—. Siempre brillante y divertido, siempre metiéndose en líos.

—¿Y tú no?

—No, yo era el heredero y el heredero no podía meterse en líos. Además, yo quería ser como mi padre.

Riyaz miró la bandeja de magdalenas. Quería otra de chocolate, pero...

Lo que realmente quería, lo que deseaba con todo su ser, era a ella. No había probado el chocolate en dieciséis años, pero tampoco la había probado a ella y se preguntó si sabría igual que su nombre. A limón, frambuesa y sol.

Así que tomó otra magdalena porque ella se la ofrecía y eso era lo más importante.

Ella.

—Tú también deberías tomar una —sugirió.

—Tengo las manos ocupadas.

Riyaz le quitó la bandeja de las manos y la dejó sobre el trono.

—Imagino que eso va en contra de alguna tradición.

—Si es así lo he olvidado, así que no importa. Al fin y al cabo, soy el jeque. Toma una magdalena.

Ella no se movió, de modo que Riyaz tomó una magdalena de la bandeja y se la ofreció.

Brianna dio un paso adelante y lo sorprendió inclinando la cabeza para darle un mordisco en lugar de tomarla con la mano.

La proximidad de sus labios provocó una sensación electrizante que recorrió su columna vertebral, irradiando hacia la ingle.

El deseo casi lo abrumó. Quería tomarla en sus brazos y tumbarla en el suelo. Quería...

Vio una chispa de algo en sus ojos y recordó lo que había dicho sobre adivinar los cambios de humor, cómo había necesitado eso para sobrevivir.

Y se preguntó si se habría dado cuenta de que la deseaba, de que estaba excitado.

O tal vez...

Tal vez ella también lo estaba.

—Está muy rica —susurró Brianna, lamiendo el glaseado.

—Sí, es verdad.

—Gracias.

—Cómetela toda.

—No voy a comerla de tu mano.

—Hazlo —le ordenó él.

Y que ella le obedeciese aumentó el deseo. Estaba embelesado por el movimiento de su rosada lengua. Era tan guapa.

Le resultaba fácil olvidarse de Ariel, a pesar de estar hablando del pasado. A pesar de que los recuerdos de Cairo estaban enredados con los recuerdos de ella.

Él nunca la había querido y era una suerte porque si lo hubiera hecho... Ariel no sabría qué hacer con el hombre que era ahora. Porque ya no era un hombre que pudiera ofrecer esos sentimientos.

Una vez lo había sido. Incluso podría haber llegado a amar a Ariel, pero esa parte de él había sido extirpada cuando se apagó la luz en los ojos de su madre.

Ese momento le había robado muchas cosas. Y los años de cautiverio aún más. La capacidad de amar a otra persona, de sentir intensamente... todo eso había muerto.

Y en muchos sentidos estaba agradecido porque gracias a eso había sobrevivido. ¿Cómo habría podido sobrevivir a dieciséis años de cautiverio si hubiese llorado como un niño?

—El padre de Ariel traicionó al mío —dijo entonces—. Supuestamente, buscaba una alianza con Nazul a través del matrimonio, pero aceptó dinero de los hombres que querían apoderarse del país, los hombres que asesinaron a mi familia. Nos cambió por dinero —Riyaz hizo una pausa—. Algunos podrían pensar que Ariel debería ser castigada por los pecados de su padre.

—¿Y qué piensas tú?

—No lo sé. Aún no he decidido qué haré cuando llegue aquí.

Ariel solo tenía catorce años cuando asaltaron el palacio. Tal vez era absurdo e injusto culparla por lo que había pasado y, sin embargo, le resultaba difícil no hacerlo.

—Creo... creo que deberías pensarlo bien —empezó a decir Brianna—. Me has dicho que tu padre fue un líder moderno e imagino que él no creería en las deudas de sangre.

—¿Deudas de sangre?

—Suena como algo medieval y aterrador, ¿verdad?

—Definitivamente.

—Debes pensar en ti mismo, Riyaz, debes encontrarte a ti mismo. Mi trabajo consiste en ayudarte a ser el líder que habrías sido si todo eso no hubiera ocurrido.

—Ya, claro.

—Duerme en la cama esta noche, Riyaz.

Él asintió con la cabeza. Quizá había llegado el momento.

Un rugido la despertó de un profundo sueño.

No sonaba como el rugido de un hombre sino como el de un animal y cuando oyó un estruendo saltó de la cama sin pensar.

Riyaz.

Sabía que era él. Sabía que estaba sufriendo otro de esos episodios. Recuerdos del pasado, traumas. Lo que fuera.

Y sabía que debía ayudarlo, de modo que salió de la habitación y corrió por el pasillo. Nadie más iría a ayudarlo porque todos le temían. Los había oído susurrar sobre «el jeque loco» después del episodio en la biblioteca.

Abrió la puerta de la habitación y vio unas cortinas en el suelo, un espejo roto. La habitación estaba destrozada y Riyaz de pie en el centro, un guerrero de ojos hundidos que parecía remoto, inalcanzable.

No era el hombre que leía libros sino el que levantaba bancos de piedra. Era el hombre en su forma más elemental.

Era aquello en lo que no quería convertirse, pero esa noche la bestia había ganado.

—Riyaz —lo llamó en voz baja.

Él exhaló con fuerza, como un semental asustado. Tenía los ojos desorbitados y Brianna sabía que aún no la veía con claridad, que aún estaba perdido en el pasado.

—Brianna.

Sabía que era ella y eso la sorprendió. Pero luego se acercó de una zancada y la tomó entre sus brazos con gesto fiero.

—No te tocarán, no te pasará nada.

—Aquí no hay nadie.

—Había alguien.

—Ya no. Estás a salvo, Riyaz.

Él la arrastró al interior de la habitación y la empujó contra una pared, colocándose de espaldas a ella para protegerla de un peligro invisible.

—Riyaz, cálmate. No pasa nada. No hay ningún peligro —Brianna deslizó la mano por su pecho y su estómago, intentando calmarlo, hasta

que, poco a poco, el ritmo de su corazón volvió a ser normal—. No pasa nada, todo está bien.

Él se giró de repente y puso las manos en la pared, a cada lado de su cara, dejándola sin respiración. Su rostro estaba tan cerca que podía tocarlo y eso hizo.

—Riyaz...

Fue como si la niebla se disipara de repente.

Riyaz volvió al presente, pero había una tensión nueva entre ellos. Sin decir nada, empezó a acariciarla de arriba abajo como había hecho ella antes. Estaba de vuelta, pero era más salvaje, más él mismo, pensó Brianna.

Cerró los ojos cuando él inclinó la cabeza, pero volvió a abrirlos enseguida. No sabía qué estaba pasando, pero quería verlo. Fuese lo que fuese.

«Eres tonta. Él es un jeque y va a casarse con otra mujer. Y se supone que tú estás enamorada de su hermano».

Todas buenas razones para apartarse.

«Esto no es lo que quieres. Tú quieres una vida normal y esto nunca podría ser normal».

Pero no se apartó. Se quedó allí, esperando. Quizá ninguno de los dos controlaba la situación. Quizá una fuerza irresistible los empujaba y no eran capaces de reaccionar.

No sabía lo que esperaba. Tal vez que él reclamase su boca. En cambio, deslizó el pulgar sobre sus labios y luego dejó caer la mano y dio un paso atrás.

—Esto no va a parar —murmuró.

—Yo...

Por un momento, se sintió confundida. Por un momento, no entendió lo que quería decir. Pero, por supuesto, se refería al episodio de estrés postraumático. Había pensado que quizá estaba admitiendo que había algo entre ellos. Una tontería.

—Poco a poco irás olvidando. Te recuperarás.

Riyaz gruñó y Brianna se aplastó contra la pared. No porque le tuviese miedo sino porque temía lo que ella podría hacer.

—Hay algo roto en mí —dijo él entonces—. Si Cairo necesita que ocupe el trono, lo haré. Pero en cuanto a que pueda gobernar el país...

—No dejes que te lo arrebaten —lo interrumpió Brianna.

Ella misma se quedó sorprendida por tal afirmación, por la intensidad de sus sentimientos. Pero no era justo. Riyaz era un hombre fuerte, un hombre orgulloso que haría todo lo posible para proteger a su gente.

—Sufres un trastorno de estrés postraumático, Riyaz. Los soldados lo sufren cuando van a la guerra. Muchas personas lo sufren después de haber sufrido algún tipo de abuso.

—Estoy familiarizado, pero lo llames como lo llames, es inaceptable para un hombre en mi posición. Debo ser lo que mi gente necesita que sea.

—Tu gente necesitaba que sobrevivieras y lo hiciste. Eso es lo que hiciste por tu país. No tienes que ser perfecto, nadie espera eso.

—Pero soy un peligro para los demás.

—No es verdad. A mí no me has hecho daño.

—¿Sabes lo que quiero hacerte? Quiero desnudarte y tenerte en esa cama.

Brianna tragó saliva. Porque podía verlo. Podía ver su cuerpo desnudo sobre el de ella...

—Es la descarga de adrenalina. Tienes que dormir, Riyaz.

—No será aquí.

—No tienes que castigarte a ti mismo...

—Tú no sabes lo que necesito. Si lo supieras, esto no habría pasado.

Riyaz salió furioso de la habitación, dejándola allí, rodeada de muebles destrozados. Iba a tener que hablar con Cairo, pensó.

Aunque no le contaría que Riyaz aceleraba su pulso, que su oscura y sensual promesa no la asustaba sino que encendía en ella un deseo que apenas podía explicar.

La mazmorra estaba oscura y era un sitio familiar. Después de todo, aquel era su sitio.

Su pulso aún estaba acelerado y su mente se llenó de imágenes de lo que había visto mientras sufría ese episodio.

Su madre.

Siempre su madre.

Miedo, sangre y muerte.

Gruñendo, Riyaz levantó el banco de piedra y lo lanzó contra el suelo. Se partió en pedazos y el ruido fue ensordecedor. Daba igual. Quería destruirlo todo. Y eso era lo peor. Volver al presente no había calmado su furia, su violencia.

Había querido arrancarle la ropa y enterrarse en ella. Como si la única forma de librarse de la bestia que gruñía en su interior fuese tomarla, saciar su lujuria en ella.

Se tumbó en una esquina de la mazmorra y agradeció el duro roce de la piedra.

Merecía ser castigado por esos pensamientos.

Y sabía que no importaba lo que ella dijese.

La puerta de la mazmorra estaba abierta, pero una parte de él siempre estaría encerrada allí.

## Capítulo 5

**N**O ha habido más progresos. Ojalá pudiera decir que sí, pero no sería verdad. Y aún no estoy segura de lo que va a hacer con Ariel. Ni él mismo parece saberlo.

—Entonces, será mejor no llevarla a Nazul hasta que lo sepas con seguridad —dijo Cairo.

—Sois buenos amigos, ¿verdad?

—Así es.

—Riyaz me ha hablado un poco de vuestra niñez, de tu relación con ella. Creo que estaba celoso.

—¿En serio?

—De ella, no de ti. Me contó que tú eras su mejor amigo hasta que ella vino a visitaros.

—No es así como yo lo recuerdo. Recuerdo a mi hermano muy ocupado con asuntos de Estado.

—Bueno, tal vez eso es algo de lo que deberías hablar con él. Le gusta hablar y es lógico. Ha estado muchos años sin hablar con nadie.

—Tampoco yo he tenido mucha gente con la que pudiese hablar.

«Me tenías a mí».

Pero no lo dijo en voz alta.

—No lo he visto hoy. Creo que ha vuelto a la mazmorra, pero la regresión es algo esperado. Dos pasos adelante, uno atrás.

Era de esperar, pero no le gustaba y estaba tratando de encontrar la forma de solucionarlo. Aunque todavía le daba vueltas a lo que había sucedido, a lo que Riyaz le había hecho sentir. No le tenía miedo, pero tenía miedo de sí misma.



Después de cortar la comunicación respiró hondo. Si Riyaz estaba en el calabozo iría a buscarlo allí. No iba a dejar que el miedo la detuviese, de modo que bajó a la mazmorra con una cesta, una manta y su Tablet.

Una vez abajo oyó gruñidos masculinos. Entró en la celda, pero no lo vio inmediatamente. Tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba colgado, suspendido de una barra en medio de la mazmorra. Levantándose a pulso y luego descendiendo lentamente, exhibiendo un control formidable.

Se había quitado la camisa y solo llevaba un pantalón corto de color negro.

Brianna se quedó inmóvil al ver todos esos músculos en movimiento.

Era una obra de arte, pensó. Mucho más fuerte que cualquier hombre normal. El vello oscuro de su torso llamó su atención, al igual que el movimiento de los poderosos músculos.

Y sintió que algo vergonzosamente femenino comenzaba a surgir dentro de ella.

Deseo.

¿Qué le pasaba? Se suponía que debía ayudarlo. Y también se suponía que ella estaba enamorada de Cairo. ¿Estaba transfiriendo su afecto a Riyaz porque se sentía sola?

Riyaz no se parecía en nada a Cairo.

De repente, él levantó la mirada y sus ojos se encontraron.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, soltando la barra y dejándose caer al suelo.

Su torso brillaba, cubierto de gotas de sudor que rodaban por sus pectorales y sus abdominales.

Cuando la miró de arriba abajo, Brianna sintió un latido entre las piernas.

¿Qué le pasaba? Llevaba una década enamorada de Cairo, pero nunca había sentido nada parecido.

—Te traigo comida, una manta y una película. Y tus libros.

—No deberías venir aquí.

—No me dijiste que no lo hiciera.

—¿Y si lo hubiera hecho, Brianna?

—Habría venido de todos modos porque alguien tenía que comprobar si estabas bien.

—He pasado dieciséis años solo, sin nadie que se ocupase de mí. No soy un niño y tampoco un perro.

—Lo sé —dijo ella—. Lo siento, yo...

—¿Qué película has traído?

—Es una adaptación de Mujercitas. Pensé que te gustaría.

—Tal vez.

Brianna extendió la manta sobre el suelo de piedra antes de sacar la Tablet de la cesta.

—Siéntate —le dijo.

Riyaz se limitó a gruñir.

—Gruñes demasiado —lo regañó Brianna.

—Tú me haces gruñir demasiado —protestó él, sentándose a su lado.

Estaba sudoroso, pero desprendía un olor tan masculino, tan erótico. Debía estar perdiendo la cabeza porque quería enterrar la cara en su pecho y respirar ese aroma.

Feromonas.

Eso era. O tal vez había alargado el asunto de la virginidad durante demasiado tiempo.

Eso era culpa de Cairo.

Estaba tan obsesionada con él que se había olvidado de buscar otras relaciones. Y, de repente, un hombre musculoso y sudoroso ponía a prueba su buen juicio.

No iba a pasar nada. Estaba ayudando a Riyaz. Nada más que eso.

Encendió su Tablet y pulsó Play para ver la película mientras sacaba la comida de la cesta, pensando que debería haberse cambiado de ropa. Sentada en la manta con ese vestido que se le había subido hasta la mitad del muslo mientras él estaba medio desnudo...

—Queso y fruta —anunció.

—¿Y la hamburguesa con queso?

—No, lo siento. Pero pediré que te hagan una para la cena.

—Te portas como si fueras mi niñera.

—Te aseguro que no me siento como tu niñera.

Desearía no haber dicho eso, o al menos no en ese tono, pero tal vez solo deseaba que él no la hiciera sentir... aquello.

Por suerte, él parecía tener hambre y comió con gusto, acomodándose a su lado. Y ella disfrutaba estando a su lado.

—Vi a mi madre —dijo Riyaz entonces.

—¿Qué?

—En la biblioteca. Tú parecías aterrorizada... y eso me hizo pensar en ella. En ese último momento, cuando asaltaron el palacio.

—Lo siento —dijo Brianna.

—No tienes que disculparte. No es culpa tuya.

—Siento que hayas visto cosas tan horribles.

—El mundo puede ser horrible —Riyaz señaló la pantalla—. Esta es una buena película sobre una buena familia, pero Beth sigue muriendo.

Era un comentario tan pragmático que casi la hizo reír. Porque tenía razón. Ni siquiera una familia normal te protegía de la tragedia. Aunque ninguno de los dos había tenido una familia normal, de modo que no sabían mucho al respecto.

—Es una perspectiva muy sombría.

—Es posible que mi perspectiva sobre el mundo no sea del todo normal.

—Ya, claro.

Había olvidado que había besos en esa película. Las escenas no eran carnales y, sin embargo, ver a dos personas que se unían, se tocaban, era particularmente incómodo en ese momento.

Riyaz estaba semidesnudo y ella...

Ella no tenía ninguna experiencia con los hombres y él había estado en un calabozo durante dieciséis años. Se preguntó si habría tenido alguna amante antes de eso.

¿Era posible que también fuese virgen?

Ese pensamiento la excitó.

Con su falta de experiencia, tenía sentido que se enamorase de un hombre como Cairo porque él sabría cómo tocar a una mujer.

Y, sin embargo, tan pronto como pensó eso recordó lo que había sentido al estar entre los fuertes brazos de Riyaz.

Nunca se había sentido tan protegida. La forma en que la había rodeado con sus fuertes brazos...

Riyaz quería protegerla. Cualquiera que fuese la amenaza que veía en su mente, su intención había sido mantenerla a salvo.

La película estaba terminando y había otro beso apasionado en la pantalla.

Y, a pesar de sí misma, miró a Riyaz. Sus dedos casi se rozaban sobre la manta y cuando levantó la mirada sus ojos se encontraron.

Riyaz iba a casarse y tendría que aprender a estar cerca de una mujer, a ser más grato, más delicado. Pero no sabía cómo iba a enseñarle eso.

—Espero que te haya gustado la película.

—Sí, me ha gustado.

—Bueno, entonces me marcho.

—No quiero que te vayas —dijo Riyaz—. Quiero nadar un rato en la piscina. Ven conmigo.

—¿Por qué? —le preguntó Brianna, con el corazón acelerado.

—Porque yo te lo pido.

Estar con él era parte de su trabajo, pero necesitaba un descanso. Necesitaba alejarse un poco. Porque quería estar más cerca de él y eso no podía ser.

Cairo había ido a buscar a la mujer con la que Riyaz iba a casarse y su trabajo era prepararlo para ese matrimonio.

—Muy bien, pero tendré que ponerme el traje de baño.

—Sí, claro —asintió él.

Había algo oscuro en su tono, algo que la hacía sentir casi como si la hubiera tocado.

Brianna se puso en pie, dejando escapar un suspiro entrecortado.

—Voy a limpiar todo esto...

—No hace falta —la interrumpió él—. Ve a ponerte el bañador, yo subiré enseguida. Nos vemos en el pasillo.

Se había dado cuenta de que ella lo deseaba. Su forma de mirarlo lo dejaba bien claro y podía sentir esa cosa entre ellos, como el fuego. Algo eléctrico. Podía sentirlo en la tensión de su cuerpo, en el brillo de sus ojos.

Él la deseaba y no veía por qué no podía tenerla.

No amaba a Ariel. No estaba reservándose para ella.

Había estado dieciséis años sin ver el sol y en el momento que volvió a verlo, Brianna estaba allí. Parecía una señal de que era suya. Que era su destino.

Deseaba tocarla, besarla.

Unos minutos después, Brianna apareció con una bata rosa y Riyaz se dio cuenta de que hacía un esfuerzo para no mirar su torso desnudo.

Sí, estaba en lo cierto.

La mazmorra había sido su reino durante muchos años. Allí lo controlaba todo. Cuánto se movía, cuánto no. Cuánto dormía, lo que leía... al menos con los libros que tenía en un momento dado. Se sentía seguro.

Fuera de la mazmorra no estaba seguro de muchas cosas, pero sí lo estaba de aquello. No hacía falta experiencia para saber lo que los dos querían.

¿Por qué no podían darse placer el uno al otro? Eso era todo lo que quería. Ni siquiera se trataba de su propio deseo, aunque era feroz.

Sino del evidente deseo de Brianna.

Cuánto anhelaba verla sonrojarse, verla con la mirada perdida.

—Por aquí —le dijo.

Todavía recordaba el camino, por supuesto que sí. No había pensado en su vida anterior una vez que entró en la mazmorra, pero ahora lo recordaba.

Durante años, había vivido en mundos ficticios, con gente ficticia. Leía sobre el amor, el deseo, el sexo, la ira, la venganza, pero siempre manteniendo las distancias. Porque todo eso estaba contenido en los libros, como los lugares en los que no había estado y los alimentos que no podía comer.

No había querido que todo su mundo se redujera a unos muros de piedra.

No había querido que eso fuera lo único que podía ver frente a él y la lectura había creado imágenes nítidas en su mente.

No había querido pensar en lo que había más allá de la mazmorra. En el palacio, su casa. Una casa en la que todavía vivía, pero que no podía visitar. Así que había tratado de borrarla de su mente.

Sin embargo, ahora lo recordaba todo.

Recordó la piscina subterránea, con columnas y paredes de mosaico. Había pasado muchos momentos felices allí con su familia porque era un sitio en el que podían relajarse y ser ellos mismos.

Estaba seguro de que recordaría cómo nadar. Era un instinto de supervivencia después de todo.

Bajaron por una escalera de caracol y entraron en el magnífico recinto, tan hermoso como lo recordaba. Había jugado allí tantas veces.

Los recuerdos eran nítidos, pero a diferencia de ese momento en la biblioteca, no se mezclaban con la realidad, con el presente.

—Es increíble —dijo Brianna.

—Sí, es verdad.

Riyaz se metió en el agua y empezó a nadar tentativamente. Ningún problema, recordaba bien cómo bracear.

—Vamos —la animó.

Ella lo miró, un poco cortada. Pero después se quitó la bata rosa, revelando un bikini amarillo.

Y Riyaz se puso duro como el acero.

El cuerpo de Brianna superaba sus sueños más salvajes.

Sus pechos eran generosos, desbordándose de las copas amarillas, su estómago plano, la cintura estrecha. Sus caderas eran exuberantes y se imaginó a sí mismo apretándolas con fuerza antes de...

—Es un sitio precioso —dijo ella, con tono forzado, rígido.

—Es mucho más bonito de lo que yo recordaba. A veces, recordar las cosas buenas era como un regalo. Otras veces era una maldición.

Ella asintió mientras se metía en el agua.

—Eres preciosa —dijo Riyaz entonces.

—No deberías...

—¿Debería fingir que no puedo dejar de mirarte? ¿Que no estoy haciendo inventario de cada una de tus curvas? De tus senos, firmes y

gloriosos. De tus exuberantes caderas y de las ganas que tengo de agarrarlas...

—Riyaz...

Parecía sorprendida, pero su tono no era de advertencia, de modo que nadó hacia ella.

—Ven —dijo, ofreciéndole su mano.

Ella dudó un momento, pero luego tomó su mano y Riyaz la aplastó contra su torso.

—Eres una tentación para mí.

—Esto no es... tú y yo no somos...

Él rozó sus labios con el pulgar.

—¿Qué?

—No puedo ayudarte con eso, Riyaz. Esa no es la razón por la que estoy aquí. Esto no es lo que Cairo quería que hiciese.

—¿Amas a mi hermano?

—Sí —respondió ella apartando la mirada, claramente avergonzada por tal admisión.

Eso era algo que Riyaz no podía entender. La vergüenza que la gente sentía por sus sentimientos.

Era fácil para él decirle que era guapa, que era una tentación. Admitir que la deseaba. Sería absurdo negar algo tan obvio porque estaba excitado y no podía ocultarlo.

¿Y por qué debería avergonzarse? Ella era una mujer muy hermosa y él un hombre al que se le había negado el contacto femenino durante años. ¿Por qué no iba a disfrutar de ese momento?

Le daba igual que amase a Cairo y no veía por qué debía avergonzarse de ello.

—¿Por qué? —le preguntó, levantando su barbilla con un dedo.

—Él me salvó —respondió Brianna—. Me ha cuidado desde entonces y estoy enamorada de él. Solo somos amigos, pero...

—¿Estás enamorada de él o te sientes en deuda con él por lo que hizo?

—Estoy enamorada —respondió ella.

—Y, sin embargo, te sientes atraída por mí.

Brianna apartó la mirada.

—He dicho que amo a tu hermano, no que haya nada entre nosotros.

—Estás diciendo que anhelas las caricias del hombre al que amas, pero como él no ha puesto sus manos sobre ti...

Riyaz acarició su espalda, deteniéndose justo encima de la braga del bikini. Cuánto desearía apretar su lujurioso trasero. Y, sin embargo, debía esperar hasta tener pruebas más explícitas de su deseo.

—Es posible apreciar el aspecto físico de una persona aunque se ame a otra, ¿no? Si no fuera así, la gente no tendría aventuras.

—Pero esto no sería una aventura.

—¿Cómo que no? Tú vas a casarte con otra mujer.

—Una mujer a la que no amo. Una mujer a la que no le debo nada.

Brianna se apartó y él dejó escapar un gruñido.

—No me gruñas.

—Quiero tocarte.

—No estamos tocándonos, estamos hablando. Yo estoy aquí para ayudarte y no es justo que me aproveche de ti.

Riyaz soltó una carcajada que resonó en las paredes de la piscina.

—¿Aprovecharse de mí? Eres diminuta. Si fuera un canalla podría obligarte a hacer lo que quisiera. Tú no podrías obligarme a nada.

—Tal vez no, pero tú has estado cautivo durante años. ¿A cuántas mujeres has estado expuesto? Tal vez solo me deseas porque estoy cerca y, en ese caso, yo estaría aprovechándome de ti.

—Eso suena como una excusa.

—Estás comprometido, Riyaz.

—A menos que la encarcele por lo que hizo su padre.

—Ella no es culpable de nada —protestó Brianna, frunciendo el ceño.

Riyaz no quería que frunciere el ceño.

—Lo sé. Pero así como yo soy un símbolo de esperanza para mi gente, esté en mis cabales o no, Ariel servirá como recompensa. Aunque no en prisión, sino como mi esposa. Fuese culpa suya o no lo fuera, no



podemos evitar lo que simbolizamos. Yo soy el jeque por quién era mi padre y ella será mi esposa por lo que hizo el suyo.

Brianna se hundió en el agua y se alejó unos metros de él.

—Yo sé muy bien lo que es sufrir por culpa de un padre, ser usada como un peón. Y no es justo.

Riyaz nadó hacia ella y la tomó por la cintura. Dejó escapar un gruñido al notar el roce de sus pechos y ella apartó la mirada, pero el pulso latía con fuerza en la base de su garganta, de modo que bajó la cabeza y la besó allí.

La presión de su boca contra esa piel tan suave lo electrizó.

Por impulso, lamió su cuello, deslizando la lengua lentamente hacia arriba para capturar las gotas de agua que rodaban por su rostro.

—¡Riyaz! Esto no es... no podemos.

—Pero te gusta.

—Hablo en serio —dijo ella, empujándolo para apartarse.

—No entiendo por qué no puedo tenerte entre mis brazos mientras hablamos.

—¡Porque me has lamido!

—Y sabes de maravilla.

—Eso no es justo.

—Nunca he dicho que fuera justo.

—Eres demasiado franco —dijo ella—. Vas a tener que trabajar en eso. La gente no dice lo que piensa.

—¿Por qué no? Es la duplicidad de la gente lo que crea problemas, no la honestidad o la franqueza. ¿Por qué no puedes amar a Cairo y desearme a mí? ¿Por qué deberías avergonzarte? ¿Por qué debería yo ocultar que te encuentro irresistible? Nada de eso tiene sentido para mí. Es la duplicidad lo que mató a mi familia, pero la honestidad no daña a nadie. Que tú ames a Cairo no le hace daño a nadie. ¿Quién no desea ser amado?

—Es doloroso amar a alguien que no te corresponde. Te sientes como un tonto.

—El tonto es él por no quererte.

—Cairo no discrimina cuando se trata de parejas sexuales. Es un pasatiempo para él. Algunas personas corren todas las mañanas cuando se despiertan, pero tu hermano busca una nueva amante. No es muy exigente.

Riyaz rio.

—Me alegro por él. Y cuando te digo que eres hermosa, quiero decir que ninguna mujer me ha hecho sentir lo que tú me haces sentir cuando te miro.

—Tampoco has visto a muchas mujeres.

—No, es verdad —asintió él—. Y a ti no te gustan los halagos porque tienes miedo de lo que pasaría si me creyeras.

—Ser bella no ha aportado nada a mi vida, al contrario. Y nada de esto es sobre mí. No se trata de mi vida. Se supone que debemos hablar de ti. Eres tú de quien debo preocuparme.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien se preocupó por ti? Cairo te rescató cuando eras niña ¿pero qué más hizo por ti? ¿Te enseñó el mundo, comía contigo, veía películas contigo?

Brianna apartó la mirada.

—No, nada de eso. Yo tenía quince años y él diecinueve. Me envió a un internado donde cuidaron de mí. Entonces Cairo estaba levantando su negocio, haciendo su fortuna. No necesitaba tener que cuidar personalmente de una cría.

—Tal vez deberías contarme lo que pasó. Tal vez eso te ayudaría.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Mi padre quería venderme a un rival y yo era lo bastante atractiva como para ser deseable. Ese hombre quería comprarme y luego venderme continuamente a otros hombres, como una mercancía. Por lo que fuera que los hombres quisieran pagar por una velada. O unos minutos. Eso es lo que significaba para mí ser guapa y deseable. Tal vez me enamoré de Cairo porque él me trataba con respeto. Desde luego, jamás se aprovechó de mí.

Riyaz lo veía todo rojo. Que el canalla de su padre la hubiera tratado de ese modo...

Su padre había luchado hasta la muerte para salvar a su esposa y a sus hijos. Él jamás los hubiera traicionado.

—¿Tu padre aún vive? —le preguntó.

—Sí que yo sepa —respondió ella.

—No lo haré por mucho tiempo. Lo encontraré y haré que lo maten.

—No puedes hacer eso —protestó Brianna.

—Claro que puedo. Tengo un ejército a mis órdenes. Puedo enviar a un pequeño grupo de asesinos para que se encarguen de esa basura humana.

Ella hizo una mueca. Le asustaban esas palabras y, sin embargo, se alegraba de que quisiera protegerla.

—Siempre te protegeré —dijo Riyaz entonces—. Nunca debes temer por tu seguridad.

—Es muy considerado por tu parte, pero yo no soy tu responsabilidad. Tú eres la mía. Tu hermano me lo ha pedido y... nos conocemos desde hace dos días.

¿Dos días nada más? El tiempo tenía poco significado para él. No había conocido a nadie en los últimos años y el tiempo que pasaba con ella era algo profundo, importante.

Como era importante mirarla, tocarla. Aunque no volvería a hacerlo después de lo que le había contado sobre el criminal de su padre.

Tendría que ser ella quien diera el primer paso, quien se apretase contra su cuerpo. Y entonces él la abrazaría, la tocaría.

Deseaba tocarla por todas partes, besarla por todas partes. Pero debía estar seguro de que era lo que Brianna quería.

—Te protegeré siempre —repitió—. Me comprometo a ello.

—¿Cómo vas a hacer eso?

—La vida ha sido sencilla para mí durante estos dieciséis años. Es curioso porque, aunque envidie que Cairo haya sido libre para hacer lo que quisiera, también ha tenido que hacer todo el trabajo. Aparentemente, eso ha incluido una cadena interminable de amantes y no niego que me dé envidia, pero yo solo tenía que sobrevivir cada día. Tenía que cuidar de mi cuerpo y de mi mente. Desde que despertaba hasta que me dormía todo era increíblemente simple. Había muy poco que hacer y yo llevaba el control. El objetivo era no perder la cabeza, no doblegarme, y lo conseguí. Sé lo que soy capaz de hacer, Brianna.

Ella asintió, pensativa.

—Creo que te entiendo.

—Acabamos de conocernos, pero esta es la relación más profunda que he tenido en dieciséis años. Más profunda que mi relación con Cairo. He compartido contigo confidencias que no he compartido con nadie más, y ahora tú las has compartido conmigo. Es lo más sencillo del mundo prometerle lealtad.

Brianna tomó aire mientras lo miraba a los ojos.

—Esto es un trabajo para mí, nada más. Y cuando termine volveré a mi vida. O, más bien, tengo que hacerme una vida. Estoy demasiado apegada a Cairo y eso debe terminar. Quiero encontrar un hombre normal, tener una familia normal, vivir en un barrio de clase media donde los niños puedan montar en bicicleta. Quiero tener hijos, Riyaz. Eso es lo que quiero más que nada, una vida normal.

—Ya veo —murmuró él—. Pero eso no te protegerá. Yo lo haré.

—Gracias. Lo tendré en cuenta —dijo Brianna, dirigiéndose a la escalerilla.

—¿Tu padre te había vendido antes?

—¿Estás preguntando si han abusado de mí?

Riyaz asintió con la cabeza.

—Nadie abusó de mí, pero agradezco que lo preguntes —respondió ella—. Yo... yo quería que me abrazases, pero sé que es un error.

—De cualquier modo, te debo una disculpa. Te abracé porque no podía evitarlo, porque eres tan hermosa que quería tocarte y pensé que tú querías lo mismo, pero debería haberte pedido permiso. Y ahora que me has contado esas cosas...

—Nadie me hizo daño, pero es un error que nos abracemos, que nos besemos.

—No entiendo por qué. A mí me negaron un montón de cosas mientras estaba encerrado. No entiendo por qué te negarías tú nada. Eres libre, puedes hacer lo que quieras.

—¿Eso dice el hombre que opta por comer la misma papilla todos los días? —replicó ella—. Te niegas placeres a ti mismo porque crees que es demasiado para ti, Riyaz. Para protegerte a ti mismo. Y yo también tengo que protegerme.

—Entonces será mejor que te vayas. Deseo protegerte de mí, pero si te quedas... me resultará difícil no tocarte. Sobre todo, sabiendo que te gusta que te toque.

Brianna salió del agua y se puso la bata antes de salir del recinto. No sabía qué acababa de pasar, pero sabía que debía alejarse de Riyaz.

Su cuerpo seguía electrizado al día siguiente, durante el desayuno.

Riyaz no fue al comedor a desayunar y ella no fue a buscarlo. Probablemente estaría de vuelta en la mazmorra, de modo que se sentó frente a un plato de gofres, pensando en lo que había sentido cuando la abrazó. Por qué había compartido confidencias sobre su pasado con él y por qué... por qué había admitido que le gustaba que la tocara.

Tal vez porque no quería que se sintiera culpable.

Era tan directo y extraño. Hacía preguntas que no haría nadie más. Pero también era noble y sensible, una persona honorable. Por eso no podía mentirle. Por supuesto que había disfrutado cuando la tocó. El recuerdo de sus labios la había mantenido despierta durante horas.

¿Y por qué le había dicho que amaba a Cairo? ¿Por qué le había confesado su sueño de vivir una vida normal?

Se suponía que estaba ayudándolo y, sin embargo, había terminado hablando con él como si fuera su terapeuta.

Nunca se había encariñado con alguien con quien estuviese trabajando y apenas se conocían, pero había algo especial en Riyaz.

Él entró en el comedor unos minutos después.

—Mi hermano ha hablado con Ariel. No está de acuerdo con el matrimonio, lo cual es desafortunado. Cairo dice que no puede traerla aquí por el momento.

—Ya veo —murmuró Brianna.

En realidad, ella podría tener algo que ver con eso, pero no iba a decírselo.

Necesitaba que él se concentrara en su recuperación, sin distracciones, y no iba a decirle que temía por la seguridad de Ariel. Además, ya no estaba segura de que Riyaz fuera peligroso.

—¿Qué es esto? —preguntó él, señalando su plato.

—Gofres. Pensé que te gustarían.

—¿Vas a sermonearme otra vez sobre lo que creo merecer y lo que no?

—Bueno, tú me diste un sermón sobre lo mismo.

Riyaz torció el gesto.

—Muy bien. Probaré los gofres.

—¿Por qué no te arriesgas a comer y cenar lo que coma y cene yo?

—¿Me dejarás abrazarte de nuevo?

—¿Con qué fin?

—¿No disfrutaste del abrazo?

—Sí, pero en general cuando un hombre abraza a una mujer tiene un objetivo en mente.

—Te refieres al sexo.

—Sí, claro —respondió ella, tragando saliva—. Me refiero al sexo.

—Yo no me opondría al sexo.

—Riyaz, no sigas.

—Tendrás que venir a mí cuando decidas cambiar de opinión.

Brianna apretó los labios. Sentía como si su cuerpo estuviese hirviendo de deseo y anticipación.

—¿Por qué crees que cambiaré de opinión?

—Puede que no tenga experiencia práctica, pero he leído mucho sobre el amor, sobre la atracción, el deseo, el desamor. He leído lo suficiente como para saber que hay cierta inevitabilidad en el deseo. Cuando te gusta alguien, inventas cualquier excusa para ceder a ese deseo. Nos resistimos porque...

—¿Por qué nos resistimos? —preguntó ella.

Su corazón latía con tal fuerza que casi temía que Riyaz pudiese oírlo.

—Creo que la gente se resiste por miedo. Miedo a lo que piensen los demás, por ejemplo. Aunque a mí eso no me importa. Miedo a sus propias reacciones, y eso puedo entenderlo. Algunas personas han tenido experiencias que les han dejado cicatrices y por eso temen encariñarse con nadie.

—¿Y en qué categoría entro yo? —le preguntó Brianna, burlona.

Sabía que estaba siendo provocativa, pero no podía decirle que sus opiniones no eran válidas porque había estado apartado del mundo durante demasiado tiempo. Eso sería muy cruel.

Riyaz esbozó una sonrisa lenta y seductora.

—Temes enamorarte de mí.

Brianna soltó una carcajada.

—Veo que tienes un ego más que sano. Y me alegro.

—Pero eso es lo que te detiene. Porque de lo contrario, ¿qué te importa? Cairo no tiene por qué saberlo. Nadie tiene que saberlo.

—No podría ocultarle algo así a un hombre al que considero uno de mis mejores amigos.

—¿Estás obligada a revelarle detalles íntimos de tu vida? Eso me parece muy extraño. ¿Te informa él cada vez que tiene una nueva amante?

—Por supuesto que no —respondió Brianna—. Pero no quiero seguir hablando de eso. Estoy aquí para ayudarte.

—Siento que tengo una conexión especial contigo, habibti —dijo Riyaz—. Eres lo más parecido a una amiga y no deberías portarte como si solo estuvieras aquí para hacer un trabajo.

Brianna parecía enfadada. Porque le gustaba. Porque no era solo un trabajo, aunque no quisiera reconocerlo.

—Pero es que esto es un trabajo para mí, Riyaz. Un trabajo que debo hacer antes de volver a mi vida.

—¿Y por qué no dejarte llevar por el deseo antes de volver a tu vida? Esas palabras eran tan seductoras...

—Porque yo no soy así. No tengo aventuras con hombres. He tenido muchas oportunidades, pero para mí el deseo no puede separarse de los sentimientos.

—Y temes enamorarte de mí.

—No, eso no es verdad.

La asustaba sentirse atraída hacia él cuando, supuestamente, Cairo era el dueño de su corazón.

Tenía que olvidarse de Cairo, pensó. Había hablado con él la noche anterior, pero solo le dijo que no era el momento de llevar a Ariel a Nazul.

¿Sería muy guapa?, se preguntó.

¿Por qué le importaba si era guapa o no? Cairo tenía multitud de amantes y ninguna de ellas ocupaba un sitio importante en su vida. Había aceptado que él no estaba a su alcance, que siempre estaría suspirando por él, sin ninguna posibilidad de ser más que una amiga.

Pero sus sentimientos por él seguían allí. Aunque tal vez solo eran un escudo que la alejaba de otros hombres, de otras relaciones.

Su atracción por Riyaz seguía creciendo y que él quisiera hablar de ello, que lo reconociese abiertamente...

—Estoy enamorada de tu hermano desde hace años, pero nunca hemos hablado de esos sentimientos. O de mi atracción por él.

—¿Por qué no?

—Porque eso no se hace, sencillamente. Porque es bochornoso, lo entiendas tú o no. Porque son cosas íntimas y por respeto a los sentimientos de la otra persona...

—¿Y de qué sirve no hablar de ello? ¿De qué sirve anhelar el cariño de un hombre si él no te corresponde? Prefieres vivir en un espacio mágico, convencida de que tal vez algún día podría ser real, ¿no? Porque si le confesaras tus sentimientos, él podría decir que no y entonces tu esperanza moriría. Y no te quedarían más historias que contarte.

Era un comentario poco halagador, aunque probablemente acertado.

—Sí, tienes razón.

—Yo no tuve más remedio que vivir una vida que no era la mía. No tuve más remedio que contarme historias para sobrevivir —dijo Riyaz entonces—. Leía sobre lo incendiario que puede ser el contacto entre dos amantes y si hubiera podido habría hecho que ese contacto fuese real. Leer es algo mágico, pero no es vivir. Tú has tenido todas esas oportunidades, pero no las has aprovechado. Puedo entender que desees protegerte de la verdad, pero eso no sirve de nada. Tienes que ser honesta contigo misma.

—¿Estás a punto de ocupar el trono para gobernar este país y te preocupa si yo soy honesta conmigo misma?

—Que gobernaré Nazul es un hecho debido a ciertas circunstancias, no un logro. Y sí, debo trabajar para merecer ese trono, pero eso no me inspira pasión, no me intriga. Ahora que soy libre hay tantas posibilidades...

—Cómete los gofres. Considéralos una infinita posibilidad sensual.

—No estoy seguro de que los gofres sean sensuales.



—Porque están un poco secos. Créeme, recién hechos son mejores que el sexo.

No debería haber dicho eso y se dio cuenta al sentir la mirada aguda y penetrante de los ojos oscuros.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿Qué estás preguntando exactamente?

—¿Sabes con certeza que los gofres son mejores que el sexo?

—Tengo una imaginación muy vívida —respondió Brianna.

—Entonces, eres virgen.

—Yo no me veo así. No me define si un hombre me ha tocado o no.

—No he sugerido que así fuera.

Brianna tuvo que morderse la lengua. Le gustaría preguntarle si él era virgen, pero no se atrevía.

—Los gofres están bien —murmuró Riyaz, levantándose para tomar su mano y tirar de ella—. ¿Pero sabes lo que necesito ahora?

Por un momento, Brianna pensó que iba a hacer algo obsceno como poner su mano en su entrepierna para que viese lo excitado que estaba. O que iba a besarla.

—Enséñame a bailar.

## Capítulo 6

**L**A conversación durante el desayuno lo tenía agotado. Quería una excusa para volver a tocarla, para abrazarla.

Era una mujer tan extraña. O tal vez no lo era. Él no tenía experiencia con las mujeres. Tal vez todas eran así, tal vez todo el mundo era así. Se negaban a sí mismos lo que querían para poder vivir en un mundo de fantasía.

No tenía sentido para él. Eran todos prisioneros de cárceles inventadas.

«Tú aún duermes en la mazmorra».

Sí, era cierto. No había un manual sobre cómo escapar de una mazmorra. Si lo hubiera, lo habría leído. Claro que sus captores no le habrían llevado ese libro. En cualquier caso, creía estar manejando la situación más o menos bien. ¿Pero qué importaba? ¿Qué importaba nada de eso?

No iban a darle ningún diploma.

Y, sin embargo, ella era tan delicada con él.

Brianna.

Sol y frambuesas y Brianna.

—¿Quieres que te enseñe a bailar?

—Podríamos hacerlo en la biblioteca. Imagino que la habrán limpiado.

—Sí, claro. Se encargaron de hacerlo rápidamente. Pensaron que podría ser molesto para ti ver las consecuencias de... en fin, de tu ataque.

—No me molesta.

—No pareces particularmente preocupado o culpable por nada. No pareces albergar malos sentimientos. Claro que lo que pasó en la biblioteca demuestra que hay un problema más profundo.

—Mientras estaba cautivo no podía permitirme ese tipo de preocupaciones porque eran cosas abstractas. Lo que más me frustraba era lo que no podía hacer por los demás, por mi país. Tuve que aceptar que mi existencia consistía solo en sobrevivir. Eso es diferente a disfrutar de la vida, pero cuando no tienes a nadie de quien preocuparte, cuando las únicas personas que ves son tus enemigos, tus captores, ¿qué opiniones van a importarte? No siento culpa ni vergüenza porque eso está conectado con las expectativas de los demás.

—Eres una persona singular. En general, a la gente le preocupa mucho lo que piensen los demás.

—¿De la opinión de por quién te preocupas tú?

—De la de mucha gente.

Riyaz le ofreció su mano para llevarla a la biblioteca y el contacto fue como una chispa. Era muy posible que ese fuera el único contacto que tuviese con ella: sus manos rozándose, su cuerpo apretado contra el suyo en la piscina. El latido de su pulso en los labios.

Quizá no habría nada más, pero era mucho más de lo que había tenido nunca.

Y, sin embargo, no podía soportar la idea de no hacerla suya, de no reclamarla por completo. La bestia dentro de él gruñó, pero para sus adentros. Porque ella le había dicho que no debía gruñir.

—Puedo reproducir música en mi teléfono —dijo Brianna, mientras él cerraba la puerta de la biblioteca—. Tal vez música tradicional.

—Habrá un baile de boda, así que tendré que practicar.

Ella no parecía complacida por tal afirmación y eso encendió una chispa de placer en sus entrañas.

—Tendré que abrazarte.

—Muy bien —dijo Brianna en voz baja.

Riyaz le pasó un brazo por la cintura y la atrajo hacia sí mientras se movían al ritmo de la música. Y fue algo extraño, como si estuviera en otro lugar, en otro tiempo.

Como si el peso del pasado no fuera una carga sobre sus hombros. Como si tal vez él fuese un hombre diferente y Brianna otra mujer.

—Brianna Whitman, con un padre que era un canalla —murmuró—. ¿Toda tu infancia fue horrible?

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo fue porque yo no sabía que no éramos normales. No sabía que mi padre no era como otros padres, así que pensé que era feliz. Pensé que tal vez solo éramos un poco diferentes a otras familias. Teníamos una casa muy grande con un muro muy alto. Mi padre viajaba mucho y mi madre... mi madre nos abandonó cuando yo tenía once años, aunque nunca sabré lo que sucedió en realidad porque fue entonces cuando me quedó claro que mi padre no era una buena persona. No sé si le hizo daño a mi madre. No sé si ella escapó y tuvo que esconderse, y puede que nunca lo sepa. Cairo ha intentado localizarla, pero no lo ha conseguido.

—Ya veo.

—Pase lo que pase, no estoy enfadada con ella. Sé que mi padre no habría mostrado compasión. Si nos hubiese llevado con ella la habría perseguido durante el resto de su vida. Porque no éramos más que una garantía para él, una propiedad.

—¿Tienes hermanos?

—Una hermana mayor a la que mi padre casó con uno de sus hombres. Pero no era el matrimonio lo que quería para mí sino apaciguar a un rival vendiéndome como si fuera un objeto. Y fue entonces cuando supe que no me quería.

—¿Qué hacías para encontrar felicidad en esos tiempos? Porque todos encontramos felicidad de algún modo. Yo crecí siendo un príncipe mimado, el heredero del trono. No se me negaba nada entonces —dijo Riyaz—. Lo único que no podía elegir era a la mujer con la que algún día me casaría. Mi padre había elegido a una chica estadounidense para mí, pero si no deseaba acostarme con ella todas las noches no tendría por qué hacerlo. Podría tener amantes, otras esposas. Nada estaba prohibido para mí. A los dieciséis años, el mundo era mío. Jamás imaginé cómo sería perderlo todo en un momento.

—Imagino que debió ser terrible.

—Pero no fui del todo infeliz durante esos dieciséis años. Si hubiera sido así, habría perdido la cabeza. Los seres humanos encontramos formas

de sobrevivir, de hacer la vida soportable en cualquier circunstancia. ¿Qué hiciste tú para que tu vida fuera soportable?

Quería saberlo. Necesitaba saberlo. Brianna era la criatura más fascinante que había conocido nunca. Tal vez la lista de personas a las que había conocido era corta, pero eso no importaba.

—Al igual que tú, disfrutaba leyendo. También me encantaban las películas sobre familias que se sentaban alrededor de la mesa todas las noches para cenar. Y las comedias de situación donde no había ningún peligro, donde los padres y los hijos se querían. Me daba esperanzas que esas familias existieran.

—Y esa es la vida normal que tú deseas.

—Sí, eso es lo que quiero porque no lo he tenido nunca. Y tal vez en parte es culpa mía. La situación con Cairo no es normal y la culpable soy yo por seguir pensando en él.

Bajó la cabeza y un sedoso mechón de pelo rojo cayó sobre su rostro. Riyaz alargó una mano y lo colocó detrás de su oreja.

—Tal vez tú no seas normal y eso no es algo malo. Yo creo que eres una persona singular, Brianna. ¿Por qué quieres encajar a toda costa en esa imagen ideal?

Ella dejó escapar un suspiro.

—Quiero ser feliz. Me gustaría mucho ser feliz.

—Pero no como nos hemos hecho felices en el pasado.

—No, no de esa manera. No solo aprovechando un momento de felicidad y soñando que se repita algún día.

—¿Qué sientes ahora mismo?

Brianna se puso colorada.

—¿A qué te refieres?

—No tienes que fingir conmigo. Dime lo que sientes, sin cuentos.

—Eres sorprendente, distinto a los demás —dijo ella—. Y, curiosamente, un buen bailarín.

—También a mí me sorprende. Pero como nadar, supongo que es algo que no se olvida —murmuró Riyaz—. Pero no me has dicho lo que sientes.

—Haces que mi corazón lata más rápido —le confesó Brianna entonces—. Haces que mi cuerpo sea demasiado sensible.

—¿Demasiado sensible para qué? —preguntó él, apretándola contra su torso—. ¿Es algo en lo que yo podría ayudar?

Entonces ella hizo algo inesperado: levantó una mano y tocó su cara con las yemas de los dedos, deslizándolos por sus mejillas.

—Sigo pensando en esos momentos de felicidad. Esos momentos que debes aprovechar, aunque sabes que no durarán para siempre. Tal vez no sea tan malo.

Riyaz giró la cabeza y besó la palma de su mano.

Estaba duro como nunca. Su deseo era una bestia furiosa y sabía que si la llevaba a la cama tendría que encontrar la forma de tomárselo con calma. Tendría que anteponer el placer de Brianna a su propio placer.

Y daría las gracias por todos los libros que lo habían dejado excitado e insatisfecho porque habían sido lecciones. Porque le habían enseñado muchas cosas sobre el placer femenino y la forma en que había que tratarlo. Porque había aprendido que una mujer podía alcanzar el orgasmo una y otra vez, aunque fuese casi imposible para un hombre. Había aprendido cómo hacer que una mujer se excitase, cómo hacer que estuviese desesperada.

Eso era lo que quería si iba a tomar a Brianna como amante.

No se trataba solo de su propio deseo porque su deseo estaba unido al de ella.

Quería que ella lo deseara.

Necesitaba que ella lo deseara.

—¿Me deseas?

Brianna cerró los ojos y un gemido escapó de sus labios.

—¿Qué sabríamos nosotros sobre eso?

Él rio. Por fin estaba diciendo lo que pensaba en lugar de contenerse.

—Sé que deseo besarte hasta que me pidas más. Pero también sé que debo tomármelo con calma, jugar con tus pezones por encima de la ropa, poner mi mano entre tus muslos y acariciarte hasta que te arquees hacia mí, hasta que me pidas más. Solo entonces te lo daré. O tal vez no —dijo Riyaz—. Tal vez debería seguir torturándote hasta que estés dispuesta a rogar. Entonces, y solo entonces, empezaré a besar tu cuello, a revelar tu

cuerpo lentamente ante mi mirada, a desnudar tus pechos para poder saborearlos. Anhele tu piel, anhele meter tus pezones en mi boca y chuparlos. Y luego besaría todo tu cuerpo, cada centímetro. Tienes un cuerpo precioso. Verte con ese bikini casi me hizo perder la cabeza — Riyaz contuvo el aliento—. Besaría tu estómago mientras separo tus piernas. Ya sabes que yo no siento vergüenza, así que miraría hasta hartarme, hasta que te ruborizases de la cabeza a los pies. Hasta que me suplicas que terminase lo que estaba haciendo. Y entonces... no lo haría, porque cuando te haga mía, Brianna, me entregarás tu control. Confiarás en que lea las señales de tu cuerpo y te dé el placer que deseas, el placer que necesitas. Has tenido muchos años para encontrar las claves de tu propio deseo, pero cuando te tenga así, dispuesta, debajo de mí, te entregarás a mí. Besaré el interior de tus muslos, sin rozar el capullo de nervios que clama por mi atención. Te haré temblar. Te besaré entre las piernas hasta que me supliques que termine y solo entonces nos complaceré a ambos enterrando la lengua en tu dulce cueva...

—Riyaz —dijo ella con voz temblorosa.

—¿No quieres escuchar más?

—Te estás adelantando, ¿no te parece? —susurró Brianna—. Es como leer el final de un libro sin haberlo terminado.

Pero se sentía seducida, estaba seguro. Y no había dicho que no.

Estaba eligiendo aquello, a él. Estaba eligiendo el breve momento de felicidad que podrían encontrar en los brazos del otro.

—¿No quieres saber el final?

Ella negó con la cabeza.

—Eres asombroso.

—Gracias, pero ni siquiera te he tocado aún.

—Riyaz... Bésame, por favor.

Y no hizo falta que se lo pidiera dos veces.

Bajó la cabeza y Brianna tomó su cara entre las manos, sintiendo el roce de su barba en las yemas de los dedos.

Sentía ganas de llorar.

Y luego él se apoderó de su boca y era... era todo lo que ella podría haber soñado y más.

No sabía qué pasaría después de aquello. Riyaz iba a casarse con otra mujer. Pero, aunque no fuera así, él era el heredero al trono de aquel reino del desierto y eso no tenía nada que ver con la vida familiar que ella quería.

No podría haber nada entre ellos, nada serio. Su referencia para todo eran los libros, las comedias familiares para ella. Eran personas fingidas haciendo el papel de seres reales.

Pero estando juntos habían encontrado la honestidad, la verdadera honestidad, sus auténticas personalidades. Y tal vez ese era el regalo. Aquel momento. Y lo que sucediera después en realidad no importaba.

Tal vez el regalo eran esos pocos días de honestidad.

Sentía que Riyaz era la única persona que podía entenderla. Se había puesto una máscara desde el momento que salió de la casa de su padre y desde entonces se había movido por el mundo con esa máscara. Y había enseñado a otras personas a hacer lo mismo. Estaba enseñando a Riyaz a hacerlo y, por primera vez, tuvo dudas.

Tal vez el problema con las comedias de situación era que tenían lugar en un decorado, que no eran reales.

Y ella tampoco lo era.

Aunque lo que estaba pasando en ese momento era real.

Brianna abrió los labios y él deslizó la lengua en su boca. Le sorprendía la precisión de esa caricia, el deseo que provocaba.

Riyaz era un buen estudiante. Al parecer, capaz de obtener toda la información necesaria en los libros.

Él sujetó su cabeza con una mano, apretando su cintura con la otra mientras la besaba apasionadamente, y ella le echó los brazos al cuello, sus senos aplastados contra el duro torso masculino. Su corazón latía desbocado, su cuerpo estaba ardiendo. Hasta ese momento todo había sido una pálida promesa de la pasión que estaba por llegar.

Para ella, el deseo estaba enraizado en algo imposible, en el deseo frustrado que sentía por Cairo. Pero todo eso era confuso y Riyaz tenía razón. Era solo un cuento, imágenes que pintabas en tu mente. O el decorado de una serie de televisión.

No era sustancial. No era real.

Aquello sí era real. Era ardiente, descarnado. Eran los salvajes latidos de su corazón, el calor de su boca, la húmeda fricción de su lengua, la banda de acero de sus brazos, que la tenían prisionera.



Era deseo y fuego. Tentación.

Y cuando él la tomó en brazos, sosteniéndola como un guerrero sujetaba una conquista, supo que no le importaba quién los viese.

Aquel era su momento, su placer. Su libertad.

Riyaz abrió las puertas de la biblioteca y salió al pasillo sin preocuparse de que hubiera otras personas deambulando por el palacio. No se detuvo ante las miradas inquisitivas ni ofreció ninguna explicación.

Tal vez se arrepentiría de haber hecho aquello, pero solo sería un error, algo normal cuando uno decidía probar algo nuevo. Cuando decidía aprovechar el momento y dejarse llevar por el deseo.

¿Por qué no iba a hacerlo? Había estado congelada durante años, amando a un hombre al que no podía tener.

Deseaba a Riyaz ¿y qué importaba lo que sucediera en el futuro? Era su elección, su decisión. Y se sentía poderosa.

Riyaz la llevó a su dormitorio, donde ella no había estado nunca, y después de cerrar la puerta giró la llave en la cerradura.

Su corazón latía de modo frenético cuando él la dejó en el suelo y se quitó la camisa.

Lo había visto medio desnudo antes, pero ahora era diferente porque él la miraba con clara intención y ella sabía que no iba a ser simplemente una mirada. Sabía que habría más. Las manos de Riyaz sobre su cuerpo, sus labios...

Y quería aquello. Quería entregarse a él como Riyaz estaba entregándose a sí mismo. ¿Quién más iba a entenderlo? ¿Quién más lo sabría?

Riyaz tiró de la cremallera de su vestido antes de quitárselo sin contemplaciones, dejándolo caer al suelo.

Brianna no había pensado en la ropa interior que llevaba aquel día y ahora desearía haberlo hecho porque estaba de pie frente a él con un sencillo conjunto de algodón blanco.

Pero a él no parecía importarle. Había un brillo hambriento en sus ojos mientras recorría sus curvas y ella nunca se había sentido más hermosa que en ese momento.

—Tengo una promesa que cumplir —susurró, abrazándola.

Y luego la besó y la besó hasta dejarla mareada de deseo, desesperada por él. Hasta que estuvo temblando, dispuesta a suplicar como él le había prometido.

Sus caricias eran arrebatadoras y cuando sus ojos se encontraron, los de Riyaz dos oscuros pozos de deseo, supo que quería aquello, que lo deseaba más que nada en el mundo.

Y se sintió poderosa. Aquella era su elección, buena o mala. Aquello era lo que quería, como lo querría cualquier chica normal.

¿Pero cuántas chicas normales experimentarían el sexo por primera vez con un hombre como Riyaz?

Era un hombre increíble. Había algo crudo y primitivo en él, algo salvaje.

Gruñó, como era su costumbre, y ese gruñido le recordó que, si bien poseía la capacidad de ser racional, que si bien podía hablar de libros y filosofar sobre por qué la gente se comportaba como lo hacía, había algo elemental en él.

Y Riyaz era elemental, primitivo, en ese momento de pasión.

Tenía a la bestia y se sentía segura.

Él acarició su mejilla y luego, de repente, le arrancó el sostén de modo abrupto e inesperado.

Y ella jadeó. No porque fuera desagradable, al contrario. Era lo que quería. Y allí estaba, desnuda ante él, experimentando un deseo crudo y desenfrenado.

—Dámelo todo —susurró, sin pensar.

—¿Todo qué?

—Tu furia, tus sentimientos. Todo lo que siempre te has guardado porque tenías que hacerlo para sobrevivir. Quiero sentir todo lo que no me he permitido sentir hasta ahora. Y no quiero que te contengas, no quiero que me trates como si me fuera a romper.

—Puede que te arrepientas de haber dicho eso.

—Pero lo he dicho. Es mi elección, es lo que quiero.

—Muy bien.

Riyaz la levantó por la cintura e inclinó la cabeza para lamer un seno, luego el otro. Ella se estremeció cuando la dejó sobre la cama, recorriendo sus curvas con ojos ávidos.

—Ahora entiendo el propósito de una cama.

Clavando una rodilla en el colchón, se inclinó para acariciar su pecho, mirándola con gran atención mientras deslizaba el pulgar sobre uno de sus pezones.

Brianna sintió que levitaba y una flecha de placer golpeó certeramente entre sus piernas.

—Riyaz...

—¿Te gusta?

—Sí, me gusta. Más, por favor.

—No te atreves a decirle a mi hermano que le quieres, pero suplicas mis caricias abiertamente. Y eso me gusta. Siempre seré honesto contigo, Brianna. No hay lugar para la vergüenza o para los falsos pudores entre nosotros.

Ella negó con la cabeza y se mordió los labios cuando Riyaz pellizcó el pezón, cuando movió la mano para hacer lo mismo con el otro, el roce de los dedos fuertes y callosos haciéndola temblar.

Riyaz tiró de sus bragas y ella no sintió vergüenza. Como si sus palabras hubieran sido un encantamiento, un hechizo mágico.

Él era mágico. O tal vez eran mágicos cuando estaban juntos.

—Pensé en esto durante todos esos años. Dieciséis años pensando en el cuerpo de una mujer —murmuró Riyaz—. Reuniendo imágenes que había visto en los libros, como diapositivas eróticas. Pero eso no era nada comparado contigo, comparado con la realidad de tu belleza. Eres todas las promesas cumplidas, Brianna, todo lo que deseo. Y cuánto te deseo.

Riyaz se inclinó hacia adelante para meterse un pezón en la boca.

El gruñido que escapó de su garganta la complació. Se estaba volviendo aficionada a ese gruñido.

Arqueó la espalda y él la chupó profundamente hasta que gritó su nombre. Después, Riyaz fue besándola desde el cuello hasta el estómago... y más abajo. Hizo exactamente lo que había prometido: puso los labios en el interior de sus muslos y fue besando lentamente hasta donde ella estaba húmeda de deseo.

Fue entonces cuando dejó de contenerse. Sujetó su trasero y la levantó de la cama, empujándola hacia su boca para darse un festín, como

si fuese un hombre hambriento, como si ella fuese todo lo que le habían negado.

La lamió, concentrándose en el capullo de nervios entre sus pliegues hasta que Brianna agarró su cabeza, intentando sujetarlo allí. Pero él movió la cabeza para penetrarla con la lengua antes de volver al sitio donde estaba ansiosa de él. Estaba desesperada por él, por todo lo que pudiesen descubrir juntos.

Brianna era una experta tratando de encontrar felicidad en cualquier momento y aquel era sencillamente perfecto. No quería que terminase nunca. No quería ver nada más que aquella habitación, a ellos dos. La gloriosa piel bronceada de Riyaz, el movimiento de sus músculos, la intensidad de su deseo por ella mientras le daba placer.

El deseo era como un cable tenso en su vientre y cuando la penetró con dos dedos, Brianna gritó su nombre y una obscenidad al mismo tiempo.

Riyaz gruñó de modo salvaje mientras la penetraba con los dedos y la acariciaba con la lengua hasta que, por fin, ella se hizo pedazos en una tormenta de éxtasis.

Después se apartó, sin dejar de mirarla mientras bajaba las manos hasta la cremallera de sus pantalones y se despojaba de ellos solemnemente, quedando desnudo ante ella.

Su miembro era grueso y largo, tan orgulloso y viril como él. Una obra de arte.

Brianna se puso de rodillas sobre la cama para acariciar su torso, deslizando las manos por los definidos músculos.

—Eres tan hermoso. ¿Cómo se atrevieron? ¿Cómo se atrevieron a esconderte?

Él tomó su mano y se la llevó a los labios. Luego besó su muñeca, su antebrazo, dejando una estela de fuego por todo su cuerpo.

—Riyaz...

—Brianna. Me gusta pronunciar tu nombre.

—Y a mí me encanta que lo pronuncies.

Brianna alargó una mano para tocar su erección, con la confianza de una mujer que había hecho eso antes, cuando en realidad no era así.

Pero le gustaba tocarlo y le gustó aún más cuando empezó acariciarlo y él echó la cabeza hacia atrás en un gesto de puro gozo masculino.

Y entonces, como si hubiese recibido una sacudida, una descarga eléctrica, Riyaz abrió los ojos para observar cómo lo acariciaba.

—No quiero perdérmelo —susurró—. Eres tan hermosa cuando me tocas.

Se le ocurrió que había una forma en la que él podría verla aún más hermosa. Y, de nuevo, se dejó llevar por la intuición más que por la experiencia. Rozó el glande con la punta de la lengua y luego lo metió en su boca.

El gruñido de Riyaz era un alarido mientras echaba las caderas hacia adelante, empujando hacia su boca. Ella intentó recibirlo, pero era tan grande que tuvo que usar la mano para ayudarse, moviendo la cabeza arriba y abajo, disfrutando de su sabor, de cómo lo hacía temblar.

Era un hombre que había sobrevivido a algo inimaginable. Y ella lo hacía temblar.

Había algo maravilloso en eso.

¿Quién necesitaba normalidad cuando tenía aquello? ¿Quién necesitaba normalidad cuando tenía tal poder?

Le dio placer con la boca hasta que sintió que empezaba a perder el control.

—Basta, así no —dijo Riyaz entonces—. Necesito estar dentro de ti. Te necesito.

La besó en los labios mientras se colocaba sobre ella, separando sus piernas con la rodilla antes de buscar su entrada.

Ella gritó cuando la llenó, despacio, cuidando de su inocencia. Se quedó inmóvil después, los tendones de su cuello marcados, los dientes apretados en un gesto de contención.

Y ella miró a aquel hombre que estaba tratando de contenerse con todas sus fuerzas para no hacerle daño. Ese hombre que era suyo y solo suyo.

Ese pensamiento estalló en su interior como una explosión de fuegos artificiales.

Riyaz era suyo. Ninguna otra mujer lo había tenido así. Y estaba dentro de ella. El primer hombre en toda su vida.

Pensó entonces en la mujer con la que iba a casarse. Ariel no tendría esa primera vez. Eso sería suyo para siempre.

Se estremeció cuando él dejó de contenerse y empujó por fin, enterrándose en ella, cuando el placer reemplazó al leve dolor de la invasión.

Riyaz la embestía con fuerza, pero se detuvo cuando ambos estuvieron cerca del clímax. Hizo eso una y otra vez hasta que ella estaba temblando, suplicándole.

—Quiero terminar —le rogó.

—Yo no quiero que esto se acabe nunca.

—Por favor...

Brianna levantó la cabeza de la almohada y lo besó en la boca.

Él lanzó un gruñido mientras empujaba hacia adelante una y otra vez, como un hombre poseído.

—¡Riyaz! —gritó cuando por fin llegó al orgasmo.

El recibió el suyo con otro gruñido salvaje que resonó en las paredes de la habitación.

Y entonces Brianna lo abrazó hasta que Riyaz tiró de ella para colocarla sobre su pecho.

—Mía —dijo, acariciando su pelo.

Brianna se acurrucó contra su pecho, experimentando una sensación de paz que nunca antes había experimentado.

—Mío —susurró.

Aunque sabía que cuando amaneciese, esas declaraciones no serían más que apasionadas mentiras.

## Capítulo 7

**C**UANDO Riyaz despertó, todo era suave y blando. Había un colchón blando debajo de él y una mujer suave recostada contra su cuerpo. No le dolía nada, no tenía frío.

Era diferente a lo que había experimentado en los últimos dieciséis años y, por un momento, se resistió a abrir los ojos. No quería despertar en absoluto porque nunca había soñado con algo tan agradable.

Pero la luz del sol le obligó a abrir los ojos y cuando lo hizo vio el rostro de Brianna.

—Buenos días. Ha sido una noche fantástica, un sexo fantástico.

Ella lo miró con los ojos como platos.

—Menudo saludo de buena mañana.

—No tiene sentido negar la realidad.

—Ya, pero tal vez deberías trabajar un poco en las formas.

—Puedo hacer eso —dijo él, recordando los libros que había leído, los romances, la poesía. La forma en la que los hombres hablaban con las mujeres después de hacer el amor—. Tu cuerpo me calentó como nada más podría hacerlo. Pero eso no debería sorprenderme. Eres el sol, después de todo.

—¿Soy qué?

—La primera vez que vi el sol en dieciséis años, tú estabas iluminada por él. Ese día, en el salón del trono, el día que te conocí. Todavía no había subido de la mazmorra y no había visto el sol. Lo vi contigo por primera vez.

—No lo sabía —murmuró Brianna, pensativa—. Riyaz, quiero preguntarte una cosa.

—Pregunta —dijo él, moviendo una mano sobre su pecho desnudo.

—No puedo concentrarme si haces eso.

—La pregunta es importante para ti, pero tal vez no sea importante para mí.

—¿Quieres ser rey de Nazul? ¿Quieres gobernar este país?

—No te entiendo.

—¿Alguien te ha preguntado qué querías?

—¿A qué te refieres?

—¿Quieres casarte con Ariel Hart o es solo algo que debes hacer? Ahora que eres libre...

—Cuando formas parte de una familia real, lo que tú quieras en ese asunto es irrelevante. Todo se decide por ti antes de tu nacimiento. En cierto sentido, eso hizo que ser prisionero fuera un poco más fácil. Mi trabajo era aguantar y eso hice.

—¿Y qué hay de tu felicidad?

—Nunca he pensado en mi felicidad. En mis apetitos, sin duda, pero no en mi felicidad. Mi trabajo era sobrevivir para ocupar el trono, nada más.

—Eso es muy sombrío.

—Quizá lo sea. Y, sin embargo, hay cosas mucho peores en el mundo que nacer con un propósito determinado. Nunca he tenido que cuestionar nada. Lo único que importaba era el trono. Se trata del simbolismo, no de quién sea yo.

—Eso está profundamente arraigado en tu personalidad, ¿no?

—Exactamente. Podría estar en una mazmorra, habiéndolo, pero yo no era el impostor. La sangre de mi familia está en las piedras de este palacio y yo siempre fui el rey. Así que preguntarme si quiero ser el jeque de Nazul... —Riyaz esbozó una sonrisa—. No podría ser de otra manera porque yo soy el trono.

—Pero la felicidad importa, ¿no?

—Me llevaré este momento de felicidad conmigo —dijo él, tocando su cara—. Lo recordaré siempre.



Brianna lo abrazó con fuerza y Riyaz no podía negar que estaba disfrutando. No había sentimiento más poderoso que el de haber dado placer a una mujer.

También había disfrutado de su propio placer, por supuesto, pero el suyo era fácil de conseguir. El placer que ella le daba al desearlo, el placer que él podía darle a ella, ése era el tipo de alquimia que creaba oro puro e iba mucho más allá de la gratificación sexual.

No daba nada de eso por sentado. Otra cosa que Brianna le había enseñado.

La miró y trató de imaginar a otra mujer en su lugar. No importaba lo que él quisiera. Ariel sería el símbolo apropiado porque habían estado prometidos desde niños mientras Brianna era una extraña en Nazul.

Excepto que ella era el sol.

—Ha sido una buena lección. Debería darte las gracias.

Brianna se puso rígida y Riyaz se dio cuenta de que, en aquel caso, la honestidad había sido un error.

—¿Una lección?

—He aprendido cosas que necesitaré cuando...

—He entendido lo que querías decir y me parece ofensivo —lo interrumpió ella—. Y no entiendo cómo puedes decir eso después de lo que compartimos anoche.

Él la deseaba. No podía imaginarse deseando a nadie más, pero ella no encajaba en su vida.

Tal vez podría quedársela. Una concubina, una segunda esposa.

Se imaginó cubriéndola con gemas, envolviéndola en hermosas sedas, instalándola en la mejor habitación del palacio. Aunque estaba seguro de que Brianna no aceptaría eso.

No importaba lo que hubiese habido entre ellos... eso no cambiaba quién era él. Y Riyaz sabía que podría hacerle daño.

Ella había tenido una infancia llena de dolor, con un padre al que temía. No podía someterla a eso de nuevo.

—Sé que vas a casarte con otra mujer, pero no sabía que solo quisieras experimentar conmigo.

—No era solo eso. Solo digo que ha sido una experiencia valiosa...

—Déjalo, no lo empeores —volvió a interrumpirlo Brianna—. Me siento como una idiota por haberte confiado mi cuerpo. Pensé que significaba algo para ti. No sabía que solo estuvieras practicando.

—Anoche te mostrabas feliz.

—Sí, pero ahora no me siento feliz.

Brianna se levantó de la cama y se vistió a toda prisa. Riyaz sabía que debería decir algo, pero estaba demasiado cautivado por la belleza de su cuerpo como para articular palabra.

—Espera —la llamó cuando iba a salir de la habitación.

—No, hemos terminado. Si solo quieres practicar conmigo, búscate a otra. Nunca había estado con un hombre y pensé que significaba algo. Pensé que...

¿Cómo podría significar algo más? Él se habría quedado en esa cama, con ella, para siempre. Pero no podía ser. Eso estaba claro para él y debería estarlo también para ella. No sabía lo que esperaba y eso lo enfurecía. Estaba cansado de no entender, de modo que la siguió, sin molestarse en cubrir su desnudez.

—¿A qué juegas? —le espetó—. Te metiste en mi cama sabiendo que iba a casarme con otra mujer. Tú sabes que soy el jeque de Nazul. Solo quería hacerte un cumplido.

—Pues es un cumplido horrible —le espetó ella—. Tú no sabes hacer cumplidos, Riyaz.

—¿Puedo decir que eso me ha dolido?

—Estás desnudo.

—No importa, soy el jeque. Todo el mundo debería sentirse honrado al verme desnudo.

—Por favor...

—Y si no te gusta puedes apartar la mirada. No tengo la obligación de hacer que nadie se sienta cómodo.

Brianna lo miraba, perpleja.

—¿De repente te has vuelto altivo? ¿Solo importas tú?

—Yo era la única persona que importaba en la mazmorra. Era más libre allí que aquí. No tenía que pensar en nada ni en nadie, pero lamento haberte hecho daño, no era mi intención —se disculpó Riyaz—. He leído

mucho sobre sentimientos, pero no sé lo que pasa por tu cabeza ahora mismo y eso me molesta.

—No sabes lo que pasa por mi cabeza porque los personajes de los libros no son reales.

—No sé mucho sobre los sentimientos de las personas reales, esa es la verdad.

—Bueno, pues deja que te dé un consejo. No le digas a tu esposa que aprendiste a complacerla con otra mujer. A las mujeres no les gusta oír hablar de otras rivales en el dormitorio.

—No entiendo por qué.

—¿Te gustaría a ti que te hablase de otros hombres? La próxima vez que me acueste con un hombre, él se beneficiará de lo que aprendí de ti. Tal vez incluso podría ser tu hermano.

—No me gustaría tener que descuartizar a mi hermano, Brianna, no me tientes.

—No es peor que lo que has dicho tú —replicó ella.

Y luego salió de la habitación, dejándolo encendido de ira.

Y otro sentimiento que, de no haber sido él, podría llamar arrepentimiento. Pero él era el jeque de Nazul, hubiese estado encerrado en una mazmorra o no. Estuviese Brianna enfadada con él o no.

Nada podía cambiar quién era.

## Capítulo 8

**B**RIANNA estaba furiosa consigo misma. Había sido una tonta.

Pensó en llamar a Cairo para ponerlo al día ¿pero qué iba a decirle? ¿Que había hecho algo increíblemente estúpido y luego se había enfadado con Riyaz por mostrarse tal y como era, sin disimulos?

Había pensado que era un hombre torturado por los años que pasó en la mazmorra, pero empezaba a preguntarse si, sencillamente, él era así. Tal vez no era capaz de conectar con otras personas. Tal vez no era capaz de sentir nada.

Por eso había sobrevivido.

Pero ella había visto su pasión en la biblioteca y recordaba cómo la había abrazado la noche anterior. Cómo le había hecho el amor con una pasión desatada.

Riyaz tenía sentimientos, por supuesto, pero no sabía si era capaz de volcarlos en otra persona. ¿Podría haberse acostado con Ariel? ¿Hubiera dado igual a quien tuviese en la cama?

Tal vez le diría a cualquiera las cosas que le decía a ella. Tal vez podría hacer el amor con cualquier mujer.

Siempre había sabido que Cairo era así. Se trataba solo de dar y recibir placer. Tal vez los dos eran iguales. Tal vez eso estaba en su sangre, como el derecho al trono de Nazul.

Brianna se duchó y se frotó la piel con un guante de crin, llorando mientras lo hacía porque en realidad no quería deshacerse de su olor. Lo había disfrutado demasiado. Él le importaba demasiado.

Estaba enfadada, pero empezaba a cuestionar ese enfado. Tal vez Riyaz no había querido herirla al decir eso. Sabía que no había querido herirla. Él no entendía por qué le había molestado tanto.

O no le importaba.

Riyaz no era para ella, esa era la cuestión. Se había quedado atrapada en la fantasía. Se había dicho a sí misma que no iba a ser para siempre, que no quería nada más de él.

Pero tal vez no era verdad.

Se mantuvo alejada de él ese día. Y el siguiente. Cuando por fin salió de su habitación la tercera mañana, un empleado le dijo que Riyaz no había acudido al comedor en los últimos días.

—¿Dónde está?

—Ha vuelto a la mazmorra.

—Por el amor de Dios —murmuró ella.

Estaba teniendo una rabieta, eso era lo que pasaba. Estaba enojado porque le había quitado su juguete, nada más.

Suspirando, se dirigió a la mazmorra. ¿Por qué no podía alejarse de él? ¿Por qué ya no estaba enfadada? Era ridículo, pero se sentía atraída hacia él como si fuera un imán.

Riyaz estaba sentado en el banco de piedra, mirando la pared.

—¿Por qué te alejaste de mí? —le preguntó.

¿De verdad no lo entendía?

—Porque estaba enfadada contigo —respondió ella—. Te gusta ser honesto, ¿no? Pues a mí también. No debiste decir lo que dijiste, me dolió.

Él la miró de arriba abajo, como buscando heridas invisibles.

—Lo siento —se disculpó.

—¿Te arrepientes porque sabes que me dolió o solo lo dices porque ya no puedes tocarme?

—Claro que lamento no poder volver a tocarte. Te deseo, Brianna. Y sí, estaba furioso porque me privaste de tu compañía.

—Me han dicho que no has vuelto al comedor.

—¿De qué sirve ir al comedor si tú no estás conmigo? No, estoy mejor en la mazmorra.

Nada podría haberla sorprendido más que esa declaración de sentimientos.

—No es bueno que el jeque tenga berrinches en el calabozo cuando se le niega lo que quiere.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer?

—No lo sé, pero no vuelvas aquí. Esta no es tu habitación sino la habitación de tus enemigos. Este no es tu sitio.

—Sé que no debo hacerlo, pero no me importa. Me importan pocas cosas.

—Te importan mis sentimientos.

—Sí, es verdad. También me importa que no te acuestes conmigo porque estás enfadada, pero de verdad me importan tus sentimientos.

—Riyaz... —Brianna dejó escapar un suspiro—. En parte es culpa mía porque quería que fueras algo que no puedes ser. Sé que tú no puedes darme lo que quiero.

—Una familia normal.

Eso era solo la punta del iceberg, pero no iba a decírselo.

—Esta no es la vida que quiero. Nunca podría ser la vida que quiero, deseando que me des algo más... algo romántico, supongo. Sé que no es justo, pero no quería imaginarte con ella.

«Celos».

—¿Por qué?

—¿Recuerdas lo que dije sobre usar mis recién adquiridas habilidades con otro hombre?

Riyaz gruñó de nuevo.

—Exactamente. Me dan ganas de gruñir a mí también —dijo Brianna—. Tal vez ambos sepamos lo que nos espera, pero no es algo que quiera escuchar cuando estamos en la cama.

Riyaz inclinó la cabeza y, sin ningún tipo de advertencia, la besó. Un beso profundo y apasionado. Su lengua se hundió en los recovecos de su boca y ella fue incapaz de hacer nada más que devolverle el beso.

Porque lo deseaba, porque no importaba que estuviese enfadada con él.

Porque no quería a nadie ni nada más.

—Tómame aquí —dijo él—. Me tuviste en una cama, en tu mundo. Tenme aquí, en el mío. Porque aquí es donde soy yo de verdad.

Era una súplica ronca y ella no pudo resistirse. No quería resistirse.

Le quitó la camisa y él hizo lo propio con la de ella. Por suerte, llevaba una falda ese día y mientras él desabrochaba su pantalón, Brianna apartó a un lado las bragas y se sentó sobre su regazo, jadeando cuando la penetró.

No necesitaba caricias ni juegos previos. Ya estaba húmeda. De su beso, del deseo que Riyaz provocaba en todo momento.

Empezó a montarlo y cada acometida de sus caderas era una declaración. Era suyo y lo reclamó una y otra vez. Y cuando él levantó una mano para agarrar su pelo, besándola apasionadamente, se sintió reclamada por él. Se sintió suya.

¿Cómo podría haber otro hombre?

Aunque tenía que haberlo porque vivían en mundos diferentes. Ella no quería el mundo de Riyaz y él iba a casarse con otra mujer.

Riyaz rugió al llegar al clímax y ella se estremeció de arriba abajo. Se abrazaron después, en la oscuridad, en la mazmorra.

—Me alegro de haberte tenido en este sitio —dijo él, apoyando la cara en su cuello—. Ha curado algo en mí.

—¿Y si salimos al jardín? —susurró Brianna—. ¿Has salido al exterior?

Riyaz besó su cuello.

—Aún no.

Ella asintió, comprensiva. Algunas cosas iban a llevar tiempo.

Por supuesto, lo que no esperaba era que ese tiempo se acortase dramáticamente cuando un emisario del desierto apareció en el palacio.

—No tengo ningún deseo de causar daño o angustia a nadie, pero estoy obligado a ser honesto, mi jeque. Tu hermano, Cairo, se ha casado con tu prometida.

Podía ver que la ira se apoderaba de Riyaz y su corazón se partió en dos.

Ariel se había casado con otra persona. Otra elección que le había sido arrebatada.

Solo después se dio cuenta de que la situación también la concernía a ella.

Cairo estaba casado. Cairo, de quien se había imaginado enamorada durante tantos años. Ya no estaba enamorada de él. Lo que le dolía era que Riyaz ya no podría elegirla a ella por encima de Ariel porque le habían arrebatado esa decisión.

«Serás tonta. Tú no quieres que te elija a ti. No quieres quedarte aquí. ¿Qué clase de vida sería esa, con un hombre como él?».

—Brianna, debemos ir al desierto.

—Pero si ni siquiera has salido del palacio todavía.

—Eso no tiene importancia. Debo ir y el desierto se doblegará a mi voluntad.

Y así fue como se encontró en un helicóptero, aferrada al asiento con todas sus fuerzas. Estaba asustada por la situación y porque Riyaz tenía un aspecto... salvaje, incontrolable.

Sufría un ataque de celos porque su hermano se había casado con una mujer a la que ni siquiera había visto en dieciséis años y era obvio lo poco que le importaba lo que había sucedido entre ellos.

Y temía que Riyaz tuviese la intención de asesinar a Cairo. Se suponía que Cairo era de quien estaba enamorada. Se suponía que Cairo era el que importaba.

Él era quien la había salvado y de quien se había creído enamorada, pero ya no sabía lo que significaba eso porque en su cuerpo aún estaban las huellas del cuerpo de Riyaz.

Él, por su parte, estaba inmóvil. Sin mostrar emoción alguna mientras sobrevolaban el desierto, experimentando la libertad por primera vez en tantos años.

Era como si se hubiera olvidado de todo eso. Como si nada importase.

Tal vez que hubiera controlado sus sentimientos con brutal eficacia era la razón por la que había sobrevivido, pero ella lo encontraba discordante, doloroso.

Unos minutos después vio una tienda beduina en medio de la arena dorada del desierto.

—Aquí —le indicó Riyaz al piloto.

El helicóptero descendió de repente y, a pesar de sí misma, Brianna se aferró al brazo de Riyaz. Su ansiedad no tenía orgullo.



Cuando el aparato aterrizó, Riyaz bajó de un salto, pisando la arena del desierto por primera vez en dieciséis años. Y su corazón se aceleró. Porque allí estaba él, en el desierto como era su destino.

Riyaz se dirigió hacia la tienda, con Brianna corriendo tras él.

—Riyaz, por favor, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

Cairo estaba de pie en medio de la tienda, listo para pelear, y Brianna esperó sentir algo, pero lo único que sentía era terror.

—Aquí estás, traidor. Con mi mujer —dijo Riyaz.

—Mis disculpas, pero ya no es tu mujer —replicó Cairo—. Me he casado con ella y hemos consumado el matrimonio.

—Ya veo.

Estaba furioso y Brianna recordó cómo se había derrumbado en la biblioteca. Temblando, tocó su brazo y notó que estaba rígido.

—Tú no quieres matar a tu hermano.

—Claro que no, habibti. No es mi intención —replicó él, antes de volverse hacia Cairo—. Encerrarlo en la mazmorra podría ser más apropiado.

—¿Eso es lo que vas a hacer, encerrarlo? —exclamó ella, horrorizada.

—¿Y arrojarás a Ariel a la mazmorra también? —le preguntó Cairo.

—Soy el jeque. Podría anular tu matrimonio y casarme con ella si quisiera. O podría encerrarla contigo. O tomar dos esposas.

—¿Dos esposas?

—Sí, dos esposas. Porque ya he decidido con quién voy a casarme.

—Dijiste que querías casarte con ella —le recordó Cairo, señalando a Ariel.

—Dije que la traieras, pero no dije por qué. Nuestro padre decidió que debía casarme con ella, pero él ha muerto y yo tengo otras ideas. Voy a casarme con Brianna.

—Riyaz... —empezó a decir ella, atónita.

—No habrá discusión —la interrumpió él—. Eres mía. ¿No te he hecho mía estos últimos días?

Brianna se ruborizó.

La pasión que había entre ellos era incendiaria ¿pero matrimonio? Riyaz nunca había actuado como si quisiera algo más que sexo con ella.

—Ya veo que la situación es complicada —dijo Cairo—. ¿Cómo te atreves a irrumpir en mi tienda nupcial si ya habías decidido lo que pensabas hacer?

—Yo no he dicho que sí —se apresuró a decir Brianna—. No soy tuya, Riyaz. Yo no vivo aquí. No soy ciudadana de este país...

—Ahora eres mía —la interrumpió él—. Nuestros cuerpos no mienten. Te has acostado conmigo y serás mi esposa.

—¿Quieres dejar de decir esas cosas? —protestó ella, airada—. No tienes que airear asuntos privados.

—Que una mujer se acueste contigo no significa que desee casarse contigo —intervino Ariel.

—Exactamente —dijo Brianna.

Riyaz la miró de arriba abajo.

—Serás mi esposa. De hecho, tal vez aquí podríamos encontrar a alguien que nos case hoy mismo.

—No puedes casarte en el desierto —protestó Cairo—. Tu boda debe ser simbólica.

—¡Tú no puedes darme órdenes!

—Me alegro de que estés vivo, Riyaz —intervino de nuevo Ariel—. Pero eso no te da derecho a actuar como un monstruo.

—Monstruo o no, iréis conmigo de vuelta al palacio. Este juego ha durado más que suficiente y es hora de que comience a gobernar.

Y así fue como terminaron todos en el helicóptero. Brianna avergonzada al lado de Cairo, con Riyaz frente a ella, y la delicada y hermosa Ariel a su lado.

Casarse con Riyaz.

Lo perdería todo, pensó. Sus sueños de una vida normal, de un hogar normal.

Había amado a Cairo durante años y nunca se lo demostró porque sabía que él no podía darle lo que quería.

Su hogar en un barrio lleno de niños. Su dulce vida familiar.

¿Y ahora Riyaz pensaba que iba a casarse con él, que iba a vivir en un palacio y ser la esposa del jeque? Era completamente absurdo.

¿Por qué estaba haciendo aquello? ¿Para salvar la cara porque Cairo le había quitado a su prometida?

¿Qué era peor, ser obligada a contraer matrimonio y tener que olvidar su idílica fantasía de una vida sencilla o ser obligada a casarse con un hombre que solo la quería para vengarse de su hermano?

No tardaron en llegar a Nazul y Riyaz le ordenó a su hermano que entrase en el palacio.

—Espérame en la biblioteca.

El helicóptero se alejó y Brianna se quedó a su lado, observando cómo el sol acariciaba su rostro.

—No puedes exigir que me case contigo.

—Claro que puedo. Soy el jeque de este país.

—Y yo soy una ciudadana extranjera.

—Eso da igual.

—¿Me harías lo mismo que te hicieron tus enemigos, encerrarme contra mi voluntad?

—El palacio no es una mazmorra —respondió Riyaz.

Y luego se dio la vuelta para entrar en el palacio, dejándola sola.

—¿Cómo te atreves a acusarme de nada cuando has decidido casarte con mi amiga sin pedirle opinión? —le espetó Cairo cuando entró en la biblioteca.

Riyaz agitó una mano, interrumpiendo a su hermano.

—No me hables de ese modo. Pareces pensar que sabes más que yo, que puedes darme órdenes, pero no es así. Tú has movido los hilos durante años, pero yo no soy tu títere. No vas a manejarme a tu antojo.

—¡Eso es mentira! Todo lo que he hecho ha sido por ti. Excepto en el caso de Ariel. La quiero. La quería desde el principio. Sabía que era una traición, una locura, pero no podía controlar mis sentimientos. Fui a hablar con ella para decirle que tenías intención de seguir adelante con ese matrimonio pactado, pero me di cuenta de que no podía entregártela, que solo podía ser mía.

Y Riyaz no quería a Ariel. En realidad, no quería dos esposas. Quería a Brianna y no había sitio para nadie más.

Era solo ella. Solo Brianna.

«¿Me harías lo mismo que te hicieron tus enemigos, encerrarme contra mi voluntad?».

No era lo mismo. No, en absoluto. La tendría, se casaría con ella. Le daría más de lo que nadie le había dado. Tal vez el matrimonio de Cairo había sido una gran decepción para ella, pero él haría que lo olvidase.

—¿Me vas a matar? —le preguntó su hermano.

—No. Ya se ha derramado suficiente sangre en estos pasillos —respondió Riyaz—. No voy a matarte por una mujer a la que no quiero. Quiero a Brianna.

—¿Y ella a ti?

—Parece quererme lo suficiente cuando estamos desnudos en la cama.

A Cairo pareció disgustarle esa declaración.

—Pero no parece particularmente dispuesta a casarse contigo.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Te sientes posesivo porque era tu amiga?

—No voy a dejar que le hagas daño.

—¿La quieres?

—No —respondió Cairo, frunciendo el ceño—. No de ese modo.

—Ella sí te quiere.

La propia Brianna lo había dicho. ¿Por qué no iba a saberlo Cairo?

—En realidad no está enamorada de mí. Me quiere porque la rescaté. No es lo mismo.

—Ella te hubiera elegido a ti. Aunque... no es capaz de resistirse cuando la toco. El deseo es algo inconveniente, salvaje. No tenía experiencia hasta ahora, pero es embriagador.

—Cásate con ella entonces —dijo Cairo—. Pero debe ser una ceremonia que le dé esperanza al país, con una mujer a la que no haya que arrastrar por el pasillo.

—Yo me encargaré. Y no habrá consecuencias para ti o para Ariel. Se case contigo o conmigo, el resultado será el mismo. Corregirá algo que estaba mal. No le permitirá a su padre tener la última palabra.

Cairo lo miró, pensativo.

—No estás tan perdido como yo pensaba.

—Lo he estado, pero Brianna es notable, me ha ayudado mucho —dijo Riyaz—. Anunciaremos tu matrimonio y mis próximas nupcias ante el país. Me presentaré ante ellos por primera vez desde el balcón del palacio. Será una aparición impactante.

—Deberías cortarte el pelo —sugirió Cairo.

—No —dijo Riyaz—. Hay ciertas cosas de mi experiencia que no puedo borrar. Y otras cosas que he decidido conservar. Nunca seré el rey que fue nuestro padre. Después de lo que he pasado es imposible, pero me esforzaré para recuperar los años que perdí. Todos los años que hemos perdido. Seré el gobernante que este país necesita.

—Me alegro mucho.

—Hay habitaciones reservadas para ti y para tu esposa. Habitaciones aptas para el nuevo jefe de las fuerzas armadas. Todos tenemos nuestras responsabilidades.

Cairo lo miró fijamente.

—¿De verdad amas a Brianna?

Riyaz rechazaba la idea del amor. Tenía que controlar sus emociones porque sabía que sería un peligro si les daba rienda suelta.

Tenía que protegerla y para eso debía controlarse a sí mismo.

—Yo no amo a nadie, pero la deseo y la tendré. Y tú no me detendrás.

—Tienes razón, no lo haré porque ya tengo a la mujer que quiero. Y tú debes tener a la mujer que quieres.

—Qué barata vendes a tu amiga, la mujer que te ama.

—No permitiré que le hagas daño, Riyaz.

—No voy a hacerle daño, no podría hacerlo.

La idea de lastimarla era anatema para él.

—Muy bien. Mi conciencia está tranquila entonces —dijo Cairo—. Siempre y cuando la cuides.

—Te doy mi palabra. Me esforzaré para hacerla feliz. Ahora, ve a tu habitación e intenta recordar cuál es tu sitio.

—Probablemente a ti te convendría recordar cuál es el tuyo —replicó Cairo—. Eres un testaferro y uno imperfecto por el momento, pero debes estar listo para enfrentarte al país.

—Estoy listo —afirmó Riyaz.

—¿Seguro?

—Brianna se asegurará de que esté listo cuando llegue el momento.

—Confías mucho en ella.

Riyaz asintió. No podía negarlo porque era verdad.

## Capítulo 9

**E**L día siguiente fue un remolino de actividad, con gente entrando y saliendo del palacio mientras hacían planes para anunciar el compromiso de Brianna con Riyaz y el matrimonio de Cairo con Ariel.

Pero ella no estaba convencida. En realidad, no sabía bien lo que quería. No podía separarse de Riyaz, pero al mismo tiempo... ella siempre había querido una vida normal y casarse con el jeque de Nazul sería totalmente anormal.

—Al parecer, hoy van a anunciar mi matrimonio con Cairo —le dijo Ariel una mañana.

—Has estado preparada para casarte con uno de ellos durante toda tu vida, ¿no?

Ariel negó con la cabeza.

—No, en realidad no es así. Me enamoré de Cairo desde el principio, pero pasé mucho tiempo pensando que había muerto. No sabía que hubiera sobrevivido al ataque, pero sabía que no quería a Riyaz. Nunca le quise. Sencillamente, nunca hubo conexión entre nosotros.

—Y aún amas a Cairo.

—Sí, desde luego. ¿Y tú, le quieres?

—Sí, pero como amigo —respondió Brianna sinceramente—. Durante mucho tiempo me creí enamorada de él porque era el hombre más amable y maravilloso que había conocido nunca. Porque se preocupaba por mí sin querer nada a cambio. Quería que me amase porque pensé que tal vez podríamos curarnos el uno al otro, tener una vida normal —Brianna se encogió de hombros—. Pero no es así y por fin me he dado cuenta. Cairo es mi amigo, no el amor de mi vida.

—¿El amor de tu vida es Riyaz?

Esa pregunta la aterrorizó. No quería responder. Porque si él era el amor de su vida, tal vez debería dudar de su propia cordura.

¿Cómo podía querer aquello? Una vida en un palacio, con un hombre que estaba fundamentalmente roto.

Pero mientras pensaba eso, su intención era reunir los pedazos de una vida rota, ayudarlo a sanar, a recuperarse.

¿Alguien la conocía tan bien como Riyaz? ¿Alguien había llegado a conocerla de una forma tan profunda?

Ella sabía que no.

—Es complicado —respondió por fin—. Es como si... como si estuviera impreso en mí. En fin, no sé cómo explicarlo. Fui la primera mujer que vio cuando salió del calabozo después de dieciséis años. En realidad, no sé si sabe lo que quiere.

—Si es como Cairo, entonces sabe bien lo que quiere. Y ha decidido casarse contigo.

—Tiene la necesidad de poseer, pero no sé si se trata de verdaderos sentimientos o si solo es el síndrome de Estocolmo.

—¿Crees que eso es lo que me pasa a mí con Cairo? La verdad es que también yo me lo he preguntado. Pero si es así, sufro el síndrome desde que tenía catorce años. ¿Es el síndrome de Estocolmo o son sentimientos poderosos, inevitables?

Había algo extrañamente reconfortante en las palabras de Ariel. Claro que ella no estaba en una situación más convencional que la suya. Tal vez quería pensar eso para hacer las paces con su propio matrimonio.

«¿Por qué no dejas que eso te consuele?». «Tal vez deberías aceptar la situación porque, en realidad, es lo que deseas. Independientemente de lo que hayas anhelado siempre, la verdad es que quieres esto».

Brianna apretó los labios. Tal vez estaba demasiado roto como para querer algo normal. Tenía un sueño, pero quizá no podía aspirar a conseguirlo porque, sencillamente, no era para ella.

Su relación con Cairo no la había curado. De hecho, la había llevado hasta Riyaz. Y tal vez ese era el verdadero problema.

—Hay cosas peores que tener un hombre guapo y poderoso obsesionado contigo —dijo Ariel entonces.



—Sí, pero ese hombre guapo y poderoso es tan intenso que a veces pienso que podría quemarme viva. Y dice cosas que... dice cosas que a veces duelen.

—Eso no está bien. Y que haya decidido por su cuenta que vais a casaros tampoco está bien.

«Él sabe lo que quiero».

Era verdad, por incómoda que fuese. Riyaz sabía lo que ella quería. Y en el fondo, ella también. Lo deseaba y quería que aquello fuese algo más de lo que había sido hasta ese momento.

De modo que se casaría con Riyaz y viviría con las consecuencias. Pero, quisiera o no, su matrimonio se anunciaría aquel día, sin que ella estuviera presente durante el anuncio.

Y tenía que ser firme. Tenía que hablar con él y dejarle claro que no iba a ser un títere, que debía respetar su voluntad. De otro modo, ella no se respetaría a sí misma.

Unas horas después, Riyaz salía al balcón del palacio, frente al que se habían congregado miles de personas. En un discurso sereno, prometió unificar al país y anunció el matrimonio de Cairo con Ariel Hart, un matrimonio que sanaría pasadas traiciones.

Había sido un acto de relaciones públicas, algo que él no había hecho nunca y algo en lo que, en realidad, no creía.

¿No le había dicho a Brianna que no entendía por qué la gente era tan deshonesto? Sobre lo que querían y sobre quiénes eran. Y, sin embargo, allí estaba, representando un papel en su primer acto oficial como gobernante del país.

Elegir a Brianna como esposa no tenía nada que ver con su cara pública como gobernante sino con lo que él deseaba. Pero, por supuesto, ahora debía interpretar un papel y tenía que aprender a hacerlo.

Aunque a él le pareciese absurdo.

Había pasado las últimas veinticuatro horas preparándose para el anuncio y no había tenido ocasión de hablar con Brianna. En parte porque, después de cómo había reaccionado ante su proposición, no estaba seguro de que quisiera hablar con él.

Claro que tal vez había sido menos una proposición que una demanda. La deseaba, pero su relación con ella le parecía algo tan distinto

a esa nueva fase de su vida como gobernante. Porque ahora todos sabían que había vuelto.

Sabían que no estaba muerto.

Y, por alguna razón, Riyaz sintió que la libertad se le escapaba de las manos. Porque ahora era propiedad de una nación cuando antes solo había tenido que responder ante sí mismo.

Había ido al desierto para buscar a su hermano y había salido al balcón para hacer el anuncio, pero no se había aventurado solo al exterior.

Y debía hacerlo.

Así fue como, a última hora de la tarde, se encontró saliendo al hermoso jardín del palacio, tan fragante como lo recordaba de su infancia. Jazmín, azahar y gardenia.

El aire estaba cargado de aromas.

Y sentada en el pretil de una fuente, en el centro, estaba Brianna. Con un vestido blanco, su pelo rojo como una cortina de cobre que caía sobre sus hombros.

—Brianna —la llamó.

Ella lo miró y su corazón se detuvo. En lo único que podía pensar era en cuánto la deseaba, que incluso rodeada de tanta belleza ella seguía siendo la más hermosa, la más impresionante.

—¿Qué haces aquí?

—Quería visitar el jardín, pero que tú también estés aquí parece... cosa del destino. Vamos a casarnos en ocho días.

—¿Ah, sí? En general hay que comprobar la disponibilidad de la novia antes de organizar una boda.

—Tú sabes lo que hay entre nosotros.

—¿Qué es lo que sé? ¿Que necesitas una esposa y yo estaba a mano?

—Tú sabes que lo que sentimos el uno por el otro es innegable.

—Estás hablando de sexo, de atracción física.

—Sí, es verdad. Pero que no hayamos cedido a esa atracción con nadie más es significativo, ¿no?

—Un poco más significativo para la persona que no ha pasado los últimos dieciséis años en un calabozo —replicó ella.

Riyaz la miró, tratando de averiguar por qué era tan recalcitrante. ¿Era por esa familia de fantasía con la que había soñado siempre? Brianna era una mujer inteligente y sabía que los sueños eran eso, sueños. Que no estaba garantizado conseguir lo que querías en la vida.

Aunque eso no significaba que todo estuviera perdido. Él lo sabía mejor que nadie.

—Yo viví dieciséis años en un calabozo, tú viviste quince con un padre que no te quería en absoluto. Ambos hemos experimentado grandes injusticias. ¿El deseo que sentimos no es suficiente, Brianna?

—No lo sé —respondió ella, con voz entrecortada—. Ya no sé lo que debo querer, a lo que debo aspirar.

—¿A quién le importa lo que se supone que debemos hacer o querer?

Él quería volver a algo elemental, a lo que le gustaba y tenía sentido. Quería volver a ese espacio donde había total honestidad, donde eso era lo que único que importaba.

Y allí estaba, en el jardín del palacio, al sol, libre por primera vez en tantos años.

—Esto que hay entre nosotros es real, Brianna. ¿Lo cambiarías por algo que tal vez nunca puedas tener? ¿Por un hombre que vuelve cansado del trabajo y te deja lavando los platos y cuidando de los niños en esa casa normal con la que sueñas? ¿Es eso lo que quieres? ¿Es lo que anhelas?

—No, por supuesto que no.

—Lo que hay entre nosotros tal vez no sea normal, pero al menos es honesto. Honesto e intenso. Es real, es la verdad. Lo que debo ser cuando estoy en el balcón dando un discurso a mi gente no es la verdad. Es lo que ellos necesitan ver, nada más. El matrimonio con Ariel habría sido lo que ellos necesitaban, pero yo deseo casarme contigo por lo que somos cuando estamos solos.

Y él la mantendría a salvo. De sí mismo, de cualquier peligro. Estaba decidido y él no fracasaba cuando estaba decidido.

—¿De verdad?

—De verdad —respondió Riyaz—. Esto es nuestro, no le pertenece a nadie más. Durante años mi vida fue solo mía, aunque no pudiese salir de la mazmorra. Dentro de ese calabozo, mi vida era mía, pero desde que salí mi vida se ha centrado en lo que los demás esperan de mí. Ese es el problema de haber nacido jeque. Pero si voy a sobrevivir a todo esto, no se

trata simplemente de que me enseñes a comportarme. Se trata de que me des un espacio donde no tenga que hacerlo. ¿Y tú, Brianna? ¿Quién eres aparte de todas esas exigencias que te impones a ti misma? Enseñas a la gente a ser civilizada, pero tal vez yo debería enseñarte a ser salvaje.

Podía ver el conflicto en sus ojos y se acercó a ella de una zancada para tomarla entre sus brazos.

—Estoy al aire libre, bajo el cielo y el sol, porque puedo hacerlo por fin. Y te tendría desnuda aquí mismo. Porque podemos. Y al demonio con todos los demás. Estamos aquí, solos. ¿Te permitirás a ti misma ser salvaje? ¿Permitirás que te queme el fuego de la pasión?

—¿Con qué fin? —le preguntó ella, con tono triste, desesperado.

—Para sentir todo lo que no se nos ha permitido sentir —respondió él.

Eso pareció encender algo en ella. Deseo, locura. Algo. Porque enlazó los brazos alrededor de su cuello y lo besó. Un beso profundo y duro, con el sol del desierto exacerbando el calor entre ellos.

—Serás mi esposa —afirmó Riyaz.

—Sí —susurró ella.

—No necesitamos un decorado, Brianna. Somos salvajes y ya hemos estado cautivos. ¿Por qué vamos a seguir siendo prisioneros?

De repente, ella empezó a rasgar su ropa como si estuviera desesperada por eliminar cualquier barrera entre ellos. O eliminar los últimos vestigios de decoro.

Porque eso era la libertad. Allí, bajo el sol abrasador. Aquello era quizá lo que podrían haber sido si no se hubieran visto obligados a ser otra cosa.

—Habibti —musitó él con voz ronca cuando deslizó los dedos alrededor de su furiosa excitación.

Él quería eso. La deseaba más que nada.

Sabía que las cosas no estaban resueltas entre ellos. Que si bien podría casarse con él, aún quedaba mucho camino por delante. Millas por recorrer para encontrar algo en común.

Siempre habría un muro en su interior. Tendría que haberlo.

Por su propio bien.

Pero ambos querían aquello y lo querían ahora. Brianna estaba dejándose llevar como él deseaba que lo hiciese, de modo que no podía estar del todo equivocado. Y con ella, eso era lo único que importaba.

—Muéstrame qué harías si no hubiese ataduras ni restricciones. Eres esa cosa salvaje que sobrevivió a una infancia con un canalla como padre. Sé esa cosa salvaje. Muéstrame lo que eres.

Ella tomó su cara entre las manos y lo besó, deslizando las uñas por su torso; el dolor abrasador y excitante al mismo tiempo.

—Dámelo todo.

Brianna empujó las caderas hacia delante, su deseo tan imparable como el suyo. Y cuando bajó la mano para tocarla la encontró húmeda para él.

Jadeó su nombre, pero no era suficiente. Quería más. Lo quería todo.

Porque habían estado encadenados. No solo durante el tiempo que estuvieron cautivos sino cuando intentaron regresar al mundo de los vivos. Se habían amordazado a sí mismos y tenían que averiguar qué era real, qué era fingido y quiénes eran en realidad.

Se les debía esa libertad.

Riyaz introdujo dos dedos en su interior.

—Córrete para mí —murmuró.

Brianna empujó las caderas contra su mano y se hizo añicos.

Y no tenía sentido contenerse, fingir que el rugido que se estaba formando en su interior no estaba allí. Él no era un hombre civilizado y nunca lo sería.

Con ella, nunca. Porque Brianna era suya, suya.

Y tal vez era tan canalla como los hombres que lo habían mantenido cautivo, pero valía la pena si podía tenerla.

¿Por qué iba a negarse nada?

No, pensó. Debería tener todo lo que quería y más.

Quería tenerla y ella también lo deseaba, tanto si podía admitirlo como si no. Decía querer algo normal, pero no sabía qué era lo normal.

Y él tampoco.

No tenían un manual de instrucciones. Solo tenían lo que eran. Y lo que eran, estaba roto.

La recostó sobre el pretil de la fuente y metió la mano en el agua fresca. La sacó luego para dejarla gotear sobre sus pechos, observando cómo sus pezones se convertían en deliciosas flechas rosadas.

—Frambuesa —susurró, inclinándose para capturar un pezón entre sus labios.

Sí, ella era todo lo que había imaginado desde el primer día. Ácida y dulce al mismo tiempo. Todo lo que necesitaba. Todo.

Su cuerpo ardía con el deseo de poseerla, pero no quería ir demasiado rápido. Quería saborear el momento, saborearla a ella. Quería...

Brianna jadeaba y suplicaba mientras levantaba las caderas, como buscando algo que solo él podía darle.

—Es posible que desees una vida normal ¿pero dónde encontrarás esto? Tal vez sea una suerte que no seamos normales. Tal vez estamos destinados a tener más, a tenerlo todo. El sol, la lluvia, el desierto. ¿Por qué conformarte con una casita cuando puedes tener todo el desierto?

—¿Vas a seguir hablando? Porque estoy desesperada por ti.

—Lo sé.

Su deseo era tan feroz que lo tenía al borde de la cordura. O tal vez ya estaba loco. Y tal vez no había forma de arreglar eso, pero ella lo deseaba. Y si ella lo deseaba, no podía ser tan malo.

Tal vez él destrozaría la biblioteca y ella le llevaría magdalenas. Tal vez él experimentaría un momento de terror en medio de la noche y ella lo calmaría con una película.

¿Y qué le daría él?

Aquello, pensó. Y tendría que ser suficiente.

Volvió a meter la mano en el agua de la fuente y dejó que las gotas rodasen por sus pechos, su vientre. Brianna jadeó cuando el agua fría rodó entre sus piernas.

Deseaba que la hiciera suya, pero tenía que demostrar que él era capaz de darle algo que no lograría sola, algo que no podría darle ningún otro hombre.

Eso era lo único que tenía.

Y se lo daría a manos llenas, pero lo haría despacio, a su ritmo, porque así sería más dulce.

—Monstruo —musitó ella.

—¿Cuándo he dado la impresión de ser algo más que un monstruo? Es lo que soy.

—Riyaz...

—Me llaman el Jeque Loco. ¿No crees que será por algo? Tal vez solo sea una bestia.

Y entonces bajó la cabeza para devorarla y ella lo sostuvo allí mientras se daba un festín, clavando los talones en su espalda, jadeando de gozo.

—Sí —gruñó él contra su tierna carne.

Había tenido un orgasmo, pero él le exigiría que tuviese otro y otro antes de quedar satisfecho.

Empujó dos dedos dentro de ella, sin dejar de acariciarla con la lengua, y sintió que se rompía, sus gritos resonando entre los árboles del jardín.

Después levantó la cabeza y se pasó la lengua por los labios.

—Mejor que el chocolate —murmuró.

—Riyaz, por favor.

Por fin, se enterró en ella y Brianna dejó escapar un grito ronco. Se movió lentamente al principio, haciendo lo posible para alargar el momento.

La haría gritar de nuevo antes de buscar su propio placer.

Ella se estremecía con cada embestida, animándolo, empujándolo... y entonces perdió el control. Justo cuando ella gritaba de placer. La embistió una y otra vez, sin contenerse. Solo quería aquello, ahora. La necesitaba. La anhelaba como no había anhelado nada en toda su vida.

Apretó sus caderas y empujó con fuerza, derramándose en su interior con un gruñido desesperado.

—Mía —dijo, inclinándose para besarla—. Me necesitas. Necesitas esto porque sin mí... ¿quién te hará sentir así? Nadie, Brianna. No puedes cambiar esto por esa casita normal en un barrio normal.

—Ya te he dicho que me quedaré —dijo ella, poniendo una mano sobre su pecho.

Pero había una nota extraña en su voz y Riyaz sintió como si algo empezara a desmoronarse.

No podía decir qué era ni por qué.

Solo sabía que aquello había sido una solución temporal, no el momento decisivo que él había querido que fuese, y la inquietud se apoderó de su alma, allí, bajo el sol abrasador.

—¿Qué sientes estando fuera del palacio? —le preguntó ella, tirando de su falda antes de sentarse en el pretil.

No sabía por qué le preguntaba eso. O por qué lo miraba como si estuviese preocupada.

—Bien. Cuando estoy contigo.

—Me alegro.

—¿Te ha gustado? —le preguntó, levantando su barbilla con un dedo.

Ella hacía esas cosas, le preguntaba cómo estaba, se preocupaba por él.

«¿Qué eres para ella?».

Tal vez ese era el problema. Que, por mucho que quisiera, aquello podría no ser suficiente y lo sabía. Pero encontraría una solución, se dijo. Encontraría la forma de hacer que fuera suficiente para ella.

—¿Dormiremos en la misma cama esta noche? —le preguntó Brianna.

Riyaz lo pensó un momento.

—Probablemente no.

Ella asintió con gesto triste.

Pero solo quería mantenerla a salvo, tenía que hacerlo. Solo así podrían estar juntos.

Él era lo que era.

Podría tenerla, hacerla su esposa. Pero solo podría darle una parte de sí mismo, la que no había muerto en esa mazmorra.



## *Capítulo 10*

**L**OS preparativos para la boda real fueron intensos. Estaban tratando de hacer una declaración a todo el país y, de hecho, al mundo entero y todo era extravagancia a gran escala.

Los vestidos que llevaron para ella eran fabulosos, confeccionados con telas ricas y lujosas. Vestidos para una reina.

El menú en el que estaban trabajando era un sueño para cualquier chef y los adornos y las flores prometían ser un espectáculo.

Ojalá su relación con Riyaz fuera tan sencilla como la planificación de la boda, pensó Brianna.

No dormían juntos. Riyaz todavía era habitante de la mazmorra a tiempo parcial, y después de lo que había sucedido la última vez que durmieron juntos no sabía si podría convencerlo para que volviesen a hacerlo.

Ni siquiera sabía si debían hacerlo.

Para empeorar la situación, Ariel, que se había convertido en una buena amiga, estaba pasando por un momento difícil con Cairo.

—Está muy retraído —le contó—. No se acuesta conmigo.

—Riyaz tampoco —dijo Brianna.

—En el palacio parece un hombre diferente. Creo que estar aquí es negativo para él. Hay demasiados fantasmas.

Brianna lo sabía, pero también sabía que no podían hacer nada al respecto. Eran los gobernantes de esos fantasmas, de la gente de aquel país, de todo lo que era bueno y todo lo que era peligroso, todo lo que era triste y todo lo que era feliz. Aquel palacio, en el que habían vivido el peor de los traumas, era el sitio en el que debían quedarse.

Y, aunque entendía que debía ser complicado para Cairo, le resultaba difícil ser comprensiva con él. Aquella podía ser la primera vez que Cairo se enfrentaba a sus demonios, pero Riyaz había quedado atrapado allí, con ellos, durante dieciséis años.

Y ahora, a veces, también ella se sentía atrapada.

Riyaz no se mostraba distante con ella. De hecho, se mostraba más atento que nunca, a pesar de la falta de tiempo. Durante el día se encargaba de las tareas administrativas y, teniendo en cuenta que había sido un prisionero durante tantos años, lo hacía de modo admirable.

Debía estar orgulloso de no haberse dejado vencer por el cautiverio, de haber seguido estudiando, leyendo todo lo que caía en sus manos para que su cerebro no se embotase.

Por suerte, aún no había habido ninguna reunión diplomática, pero tarde o temprano habría reuniones con dignatarios de todo el mundo, embajadores y otros líderes.

Y ella estaría a su lado.

Brianna sacudió la cabeza. Ella nunca había querido una vida como esa. Había querido algo más pequeño, algo normal.

Pero ahora era difícil imaginar una vida que no girase en torno a Riyaz, de modo que tal vez no era tan malo. Tal vez solo era diferente y eso estaba bien.

Entró en el salón de baile, que estaban adornando para la boda. La ceremonia tendría lugar al aire libre, en uno de los patios del palacio, pero la cena tendría lugar en el impresionante salón.

Sería un momento de celebración para todos y no pudo evitar preguntarse cómo se sentiría Riyaz.

Parecía decidido a seguir adelante sin sentir nada...

Ese pensamiento la detuvo en seco.

Riyaz manejaba la situación mucho mejor de lo que ella pudiese haber imaginado, pero también parecía frío, indiferente. Como si estuviese aislado de todo. Tal vez solo así podía superarlo, pensó.

Al fin y al cabo, ella había visto lo que pasaba cuando se dejaba llevar por las emociones.

Los episodios de estrés postraumático aparecían cuando lo presionaban demasiado y tal vez para protegerse de eso tenía que permanecer distante durante las primeras semanas de su gobierno oficial.

Tal vez solo era eso y no debería preocuparse.

Ese pensamiento la llevó hacia su estudio, donde sabía que él estaría trabajando.

El salón del trono era un sitio ceremonial y usaba la biblioteca para ciertas cosas, pero para el papeleo le gustaba el escritorio en el que su padre una vez había hecho su trabajo.

Sí, allí había fantasmas, pero también había historia. Había algo muy hermoso en aquel palacio a pesar de la tragedia.

Todo estaba contenido allí. Lo bueno y lo malo, la traición y la muerte, pero también el amor.

Desearía haber conocido a su madre. Riyaz apenas podía hablar de ella y eso significaba que la había querido mucho. No hablaba de su madre porque le dolía.

Y ella entendía eso.

«Tu hijo me importa mucho, quiero que lo sepas».

Después de lanzar esa callada oración al universo, Brianna entró en el estudio.

—¿Cómo va todo?

—Bien —respondió él.

—No estás trabajando demasiado, ¿verdad?

—Espero que no.

—¿Tú sabrías lo que es trabajar demasiado?

—¿Estás interpretando el papel de esposa regañona en una comedia de situación?

Brianna soltó una carcajada.

—Tal vez. ¿Es malo que me preocupe por tu bienestar?

Riyaz se encogió de hombros.

—Tal vez no.

Brianna miró alrededor y, en un estante, vio una de las novelas de espías que tanto le gustaban. La tomó y se sentó en la silla junto al escritorio.

—Voy a leer un rato mientras tú trabajas. No tengo nada que hacer. Y, por cierto, voy a necesitar algo que hacer.

—Tendremos hijos —dijo Riyaz.

Por supuesto, él esperaría eso. Ni siquiera habían pensado en usar protección cuando estaban juntos, pero esa idea aceleró su corazón.

Ella quería hijos, por supuesto. Era parte de su fantasía de casitas rodeadas de vallas blancas y niños montando en bicicleta hasta que se encendían las luces del porche.

Pero ellos no vivían en un barrio de clase media y no tenían una casita con una valla blanca. Estaban en el desierto, en un palacio rodeado por altos muros de piedra.

Ella era una mujer cuyo padre había sido un canalla y él un jeque que, básicamente, se había criado en un calabozo.

Lo deseaba, pero se sentía triste porque aquello no era lo que ella había soñado. Y se preguntó si algún día podría serlo.

Quería tener hijos con él y se preguntó qué significaría eso para ambos, pero no quería pensar en ello por el momento.

—Por supuesto, pero supongo que tendré otras responsabilidades aparte de los niños.

—Imagino que sí.

—Es importante para mí tener algo que hacer, algo que sea mío, que lo haya elegido yo. Imagino que lo entenderás.

Riyaz asintió con la cabeza.

—¿Cómo era vivir en casa de tu padre?

—Era una casa preciosa, pero los compinches de mi padre siempre estaban merodeando por allí. Se dedicaban al crimen organizado, pero no estoy segura de qué hacían... no quiero saberlo, nunca lo supe.

—Entiendo lo que es querer ordenar tu mundo, tus pensamientos. Yo tuve que hacer eso en el calabozo.

—Yo no estaba en un calabozo sino en una casa grande y bonita llena de monstruos. Mi habitación era preciosa, pero tenía que cerrar la puerta con llave. En muchos sentidos, yo también era prisionera.

—Esa no es forma de vivir —dijo Riyaz—. Antes... antes del asalto al palacio, yo tenía una familia.

—Yo nunca la tuve.

—Puedes tener una ahora —dijo él, después de aclararse la garganta.

—¿Y qué es para ti la familia?

—Un recuerdo lejano, pero te mantendré a salvo.

—Pero tus sentimientos...

—Debo mantener el control, espero que lo entiendas —la interrumpió Riyaz. Y aunque ninguno de los dos había mencionado la palabra «amor», era eso de lo que estaban hablando. Ella había preguntado, él había dicho que no—. Pensé que ibas a leer un rato.

—Me ha parecido una buena oportunidad para hablar de expectativas. Porque, al fin y al cabo, he decidido casarme contigo.

Riyaz esbozó una sonrisa.

—Me alegro porque el día de la boda se acerca y sería un poco incómodo que salieras huyendo.

—Desde luego.

—Siendo mi esposa podrás estar a cargo de muchas actividades. Solo dime qué te haría feliz. Puedes encabezar cualquier causa que desees. Eso es algo habitual para cónyuges de gobernantes, ¿no?

—Sí —asintió ella—. Encontraré una causa que me importe y crearé una fundación.

—Muy bien.

Brianna tenía el corazón encogido, pero optó por no pensar en ello. Tenía que confiar en que su inquietud desapareciera con el tiempo.

Iba a casarse con él, iban a tener hijos, ella iba a ocuparse de una fundación.

—Cuando estabas en el calabozo, ¿sabías que saldrías? ¿Creías en eso?

—Nunca me hice ilusiones. Ni siquiera quise preocuparme por ello. Me limitaba a sobrevivir cada día —Riyaz hizo una pausa—. ¿Quieres tener hijos?

—¿Qué harías si dijese que no?

—Ambos sabemos que podría ser demasiado tarde para eso porque no hemos tenido cuidado.

Brianna se quedó en silencio durante unos segundos.

—Yo quiero tener hijos.

—Yo también. Eso es algo que puedo darte.

«Algo que puedo darte».

Brianna no sabía qué había querido decir con eso.

—Una fundación y unos hijos.

Y se sentía feliz allí, sentada a su lado. Aunque, por alguna razón, no quería decírselo.

No sabía por qué era tan difícil.

Tal vez porque aquello no era lo que ella había soñado. Ciertamente no era como esas series de televisión que le parecían tan envidiables.

Claro que...

Tal vez nunca había querido la clásica casita con valla blanca. Tal vez nunca había querido ruidosas cenas familiares y mascotas haciendo travesuras.

Tal vez lo que realmente había querido era vivir en una casa llena de amor.

Tal vez eso era lo que de verdad anhelaba.

Pensar eso la hizo sentir como si una garra apretase su corazón, como si llevara un peso insoportable sobre los hombros.

Porque estaba empezando a creer que amaba a Riyaz. Pero en cuanto a si él la amaba o no, en cuanto a si podría o no amar a alguien... sencillamente, no lo sabía y temía preguntar.

Un hombre entró en el estudio entonces. Un empleado del palacio que miró a Riyaz con cara de susto.

—Ariel Hart se ha ido, mi jeque. Cairo le ha pedido que se fuera.

Riyaz bajó a la mazmorra. Y allí estaba su hermano, sentado en una esquina.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le preguntó, dejándose caer sobre el banco de piedra.

—Estoy intentando imaginar cómo fue esto para ti.

—Todavía duermo aquí abajo, así que podrías pedir permiso antes de entrar.

—¿Por qué duermes aquí?

—Porque hay cosas que no se pueden cambiar de la noche a la mañana —respondió Riyaz—. Odio este sitio y, sin embargo, durante muchos años esto es lo único que veía. Había cierta seguridad en este sitio, aunque fuese prisionero.

Cairo se levantó para sentarse a su lado.

—Todo es una especie de jaula. Ninguno de nosotros es verdaderamente libre.

—No, es verdad.

—Sé que Ariel se ha ido. ¿Por qué?

—Porque yo se lo pedí.

—¿Y por qué has hecho eso? Sé que estás enamorado de ella.

—Mira dónde estamos, Riyaz, en una mazmorra. ¿De verdad crees que puedo mantener a Ariel en el palacio contra su voluntad? ¿Aunque sea en mi cama y no en un calabozo?

—¿Ella no quería estar contigo?

—No, pero no fue decisión suya venir aquí. Ni ahora ni hace tantos años. Yo creo que no sabe lo que quiere.

Riyaz esbozó una sonrisa.

—¿Ella no sabe lo que quiere o eres tú quien no lo sabe?

—¿Y tú qué? También tienes prisionera a una mujer.

—Y no me arrepiento de ello.

—Tú deberías ser la última persona que hiciera eso.

—¿Por qué?

Cairo dejó escapar un suspiro.

—Si no lo entiendes, no sé cómo puedo explicártelo.

—¿La quieres? —le preguntó Riyaz.

—¿A Ariel? Por supuesto que sí. Te traicioné para tenerla. Otra vez.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hay algo que no te he contado nunca, Riyaz —Cairo tomó aire—. Yo estaba enamorado de Ariel cuando éramos unos críos y solía escabullirme con ella. Un día nos fuimos al desierto, pero su padre nos pilló. Estaba furioso y exigió que respondiese a unas preguntas. Y yo le respondí.

—¿Qué preguntas?

—Quería saber cómo entrar en el palacio sin ser detenido por los guardias —respondió Cairo—. Yo pensé que no tenía más remedio que decírselo para evitar problemas. Temía que le contase a nuestro padre lo que había entre Ariel y yo...

—Así que tú eres la razón por la que asaltaron el palacio.

—Sí —respondió Cairo.

—Eso fue muy estúpido por tu parte —dijo Riyaz, con tono helado.

Su corazón estaba helado. Todo en él estaba helado. Cairo había sido el responsable del asalto al trono, de la muerte de sus padres, de su encarcelamiento.

Había traicionado a sus padres, a él, a Nazul.

Pero si Cairo se había equivocado, también lo había hecho su padre por confiar en Dominic Hart, por forjar una alianza con él.

Estaba furioso y, sin embargo, no tenía intención de hacer nada. ¿De qué serviría? Perdería los estribos y acabaría lastimando a su hermano.

—Fue más que una estupidez. Fue un error mayúsculo —dijo Cairo—. Uno del que me arrepentiré durante toda mi vida.

—Los chicos de catorce años son estúpidos —murmuró Riyaz.

—Tú solo tenías dieciséis y tuviste que sufrir mucho por mi estupidez.

Años de muros de piedra pasaron ante sus ojos. Y, sin embargo, sabía que daba igual lo que Cairo hubiese hecho o dejado de hacer porque ese habría sido el resultado en cualquier caso. Él había sido un conveniente chivo expiatorio y, aunque le dolía en el alma, no podía culpar a su hermano.

O no del todo. Porque él sabía la verdad.

—Tenían intención de asesinar a la familia real y lo hubieran hecho de cualquier forma. Aunque fuese poniendo una bomba en el palacio. Tarde o temprano habrían encontrado la forma de matarnos a todos.



—¿Estás tratando de absolverme de culpa?

Él no tenía ese poder. No podía limpiar la sangre de las piedras del palacio. No podía ofrecer una absolución.

—No, tus actos condujeron a ese resultado, pero no puedes controlar la intención de los demás. Tu error jugó un papel en el asesinato de nuestros padres y en mis años de cautiverio, pero habría sucedido de cualquier manera. Y tal vez en otras circunstancias todos hubiésemos volado por los aires.

—No puedes saber eso.

—No, pero tampoco puedo saber lo contrario.

—No te entiendo —dijo Cairo—. ¿Me estás culpando o absolviendo de culpa?

—Puedo hacer ambas cosas. Eso es algo que aprendes cuando solo te tienes a ti mismo por compañía durante muchos años. El mundo sigue girando, quieras tú o no. En la oscuridad de la noche, solo te tienes a ti mismo, a menos que le importes a alguien lo suficiente como para que acuda a rescatarte.

—No te entiendo, Riyaz.

—Yo no puedo absolverte, Cairo, tienes que absolverte a ti mismo. Pero seas culpable o no, tú me rescataste y eso es algo.

No era un conmovedor discurso de perdón sino algo más profundo que eso. Algo que Cairo podía aceptar.

Ninguno de los dos era perfecto, pero estaban allí, juntos en la oscuridad. Él había ido a buscarlo cuando Riyaz lo necesitaba y ahora Riyaz había ido a buscarlo a él. Tal vez nunca podrían reparar lo que estaba roto, tal vez él nunca podría ser redimido, pero quizá...

Quizá podría ser amado. Por él mismo, por quien era. ¿Porque no era eso lo que Riyaz le estaba dando? Ni absolución, ni culpa. Solo aceptación.

—Tengo que ir con Ariel —dijo Cairo entonces.

—Por supuesto que sí —asintió Riyaz.

—No la haré prisionera.

—No me importaría que lo hicieras.

—Debería importarte, hermano.

Riyaz se encogió de hombros.

¿Cómo iba a importarle si eso era lo que él estaba haciéndole a Brianna? Debía ser honesto sobre eso. No le había dado opción y, aunque por fin ella había aceptado de buen grado...

Sabía que le estaba negando su sueño.

El sueño de una vida normal.

La había reclamado en el desierto, tanto si ella quería que la reclamase como si no. No había preguntado. Aunque, al final, ella hubiera dicho que sí.

Cairo había facilitado la entrada de esos hombres en el palacio, él era la razón por la que había sido encerrado, por la que sus padres estaban muertos.

Pero no iba a demonizar a su hermano. No tenía el menor deseo de hacerlo, pero sentía algo que no podía identificar, una mezcla de rabia e impotencia. Sentimientos infructuosos.

Cairo era el último miembro vivo de su familia, su único pariente. Su hermano.

—Ve a buscar a tu mujer —le ordenó.

Y Cairo lo hizo. Como debía ser.

Dejando a Riyaz solo con los recuerdos.

Había querido tanto a su madre. A su padre.

Cairo había cometido un terrible error, pero entonces solo era un crío. ¿Cómo iba a condenarlo?

Se sentía entumecido. O tal vez no era entumecimiento sino una comprensión incipiente. Un desprendimiento de todo el dolor y la pena que resonaban en su alma.

Aceptar su destino lo había mantenido con vida. La convicción de que no debía sentir nada si quería sobrevivir.

Como la convicción de estar protegiendo a Brianna al reprimir sus emociones. No podía amar porque si le abría su corazón la pondría en peligro.

Pero allí, con el alma en carne viva, con la ira y el dolor por Cairo, por su padre, por los hombres que habían asesinado a su familia y les habían arrebatado el trono.

Allí, con el recuerdo de su madre...

No era la ira lo que lo empujaba ahora sino el dolor por la destrucción de su familia y por la carga que Cairo y él llevaban sobre los hombros como resultado.

Era una carga demasiado pesada y no podía aguantar más.

Él no podía cuidar a nadie. No podía proteger a nadie.

No estaba protegiendo a Brianna sino protegiéndose a sí mismo. Otra vez.

Él no era un héroe sino un prisionero.

Riyaz no salió de la mazmorra.

## *Capítulo 11*

**B**RIANNA buscó a Riyaz por todas partes. Excepto en la mazmorra porque no solía bajar allí a esa hora. Y, sin embargo, algo hizo que quisiera asegurarse.

Y allí estaba, sentado en la oscuridad.

—¿Qué haces aquí, Riyaz?

—Encontré a Cairo aquí. Le he dicho que vaya a buscar a Ariel.

—Es muy generoso por tu parte.

—¿Por qué dices eso?

Brianna apartó la mirada.

—Sé que debe ser complicado porque ella era tu...

Él levantó su barbilla con un dedo, obligándola a mirarlo a los ojos.

—No la quiero —le dijo—. No ha sido complicado en absoluto.

—¿Entonces qué ha pasado?

—Cairo me ha contado que él fue la razón por la que esos hombres pudieron entrar en el palacio.

—¿Qué?

—Él le dio la información al padre de Ariel porque confiaba en él y porque lo había pillado con ella en el desierto. Se habían escapado —Riyaz sacudió la cabeza—. Eran dos críos.

—Qué horror. Imagino que eso debe ser desolador para ti.

—¿Por qué? Mi hermano era poco más que un niño entonces. No se equivocó más que mi padre al confiar en Dominic Hart.

Se mostraba aparentemente tranquilo, pero también tenso, inquieto. Había algo que no le estaba contando.

—Riyaz... dime qué pasa.

—No hay nada más que contar.

—Bueno, entonces, ¿podrías subir a cenar al menos? No creo que debas estar solo. Aunque podemos quedarnos aquí, si quieres. No me importa.

—No —dijo Riyaz—. Subiremos al comedor.

Había una energía extraña en él, no sabía lo que era y, al parecer, él no estaba dispuesto a contárselo.

Había pavo asado para cenar y otras delicias culinarias, pero Riyaz no observó ninguno de los modales que había aprendido. Al contrario, tiró ruidosamente de la silla y se dejó caer sobre ella con gesto de cansancio.

—Es normal que estés enfadado —dijo Brianna.

—No estoy enfadado. Todos confiaban en el padre de Ariel, todos los hombres de mi familia.

—¿De verdad no estás enfadado?

—No importa lo que yo sienta.

—O tal vez sí importe, Riyaz.

—Se trata de mi hermano. Cairo es mi hermano y no voy a condenarlo por ese error de juventud.

—No digo que debas condenarlo sino que no debes ocultar tus sentimientos...

—Basta —la interrumpió él—. Cairo es mi hermano y yo soy el jeque. Todo lo demás da igual.

—No da igual, Riyaz. ¿Qué más da que seas el jeque? ¿Qué más da que yo deba civilizarte? Deberías ser honesto contigo mismo.

Brianna quería amor, se había dado cuenta de eso. Lo que quería era su amor y su confianza.

—Sé honesto con tus sentimientos porque es la única forma de escapar de todo esto, de dejarlo atrás.

—Esto no es psicología popular, Brianna. Se trata de mi vida, de mi reino.

—Pero ahora aquí, conmigo, se trata solo de sentimientos. Por favor, Riyaz, dime qué te hizo sentir esa confesión.

Él lo pensó un momento.

—Me hizo sentir como si... como si sus manos estuvieran manchadas con la sangre de mi madre. Mis padres murieron y él... escapó. Cairo escapó, ¿no? —Riyaz la miró con los ojos brillantes—. Escapó de la muerte, del cautiverio. Ha sido libre durante todos estos años, ganando dinero y haciendo la vida que quería. Ha tenido todo lo que ha querido. Todas las mujeres que ha querido.

—¿Es eso lo que necesitas? ¿Más mujeres? —preguntó Brianna, con el corazón encogido.

—No —respondió él—. Puedo tener un harén si quiero. Yo... déjalo, no importa.

—Dímelo. ¿Qué estás pensando?

—Yo estuve en un calabozo, sumido en la oscuridad durante años. Pero no había sido culpa mía. ¿Por qué fui yo el castigado?

—No lo sé —respondió ella.

—Deberías decir que Cairo también ha sufrido porque es un buen hombre, porque es tu amigo.

—Él es mi amigo, pero tú eres mi prometido. Y no necesito defenderlo. Él es tu hermano y le quieres, pero eso no significa que no puedas enfadarte con él. No significa que no puedas sentir furia porque su error os condujo a una tragedia. Imagino que él siente algo al respecto y tú también puedes sentirlo porque, al fin y al cabo, tú fuiste la víctima. ¿Por qué no vas a tener sentimientos sobre algo que te ha hecho sufrir tanto?

—Los sentimientos no significan nada. Lo único que puedes hacer cuando te han hecho prisionero es sobrevivir.

—¿Te sientes como un prisionero? ¿Sigues siendo un prisionero aquí?

Riyaz apartó la mirada.

—Nada de eso importa.

Brianna torció el gesto. Cómo odiaba aquello. Que los dos estuvieran atados a aquel sitio, él por sentido del deber, ella por amor.

—No necesito a otras mujeres —dijo Riyaz entonces—. Solo te necesito a ti.

Y Brianna quería ser suficiente para él. Quería serlo todo.

Quería encontrar una forma de restaurar todo lo que había perdido.

—Entonces, puedes tenerme.

—¿No querías cenar? —le preguntó Riyaz, burlón.

Le sorprendió ese tono porque él era muchas cosas, pero rara vez se mostraba desagradable con ella. Y pensó que tal vez era reflejo de otro sentimiento.

«Está sufriendo».

—Solo te necesito a ti —respondió—. De verdad. Tú eres todo lo que necesito.

Riyaz se levantó y tiró de su mano.

—¿Para qué necesitaría a otra mujer si te tengo a ti? La más hermosa de las mujeres. Siempre que lo desee. Porque eres mía. Porque vas a ser mi esposa.

Había algo fracturado en su tono, algo desesperado.

Pero le demostraría que era lo bastante fuerte, que ya no era la niña que había sido, asustada, obligada a vivir una vida que no quería. Ni la mujer que había buscado encajar en su nuevo entorno y había tenido tanto miedo de ser diferente.

Porque le gustaba ser diferente. Le gustaba ser ella misma. Brianna Whitman. Una mujer lo bastante fuerte para aquel hombre. Una mujer que pudiese ayudarlo a navegar por aquel nuevo mundo, pero que lo dejase ser quien era cuando estaban juntos.

—No tiene por qué haber reglas entre nosotros —le dijo—. Siéntate como quieras, come como quieras. Sé como quieras. Enójate si quieres enojarte. Nunca tendrás que esconderte para mí, Riyaz.

No tenían que actuar el uno para el otro. No tenían que interpretar ningún papel. Ella no era una diplomática extranjera y él no era un profesor al que estuviese tratando de impresionar. Y sí, tal vez partes de ese nuevo mundo serían una prisión y tendrían que hacer un papel, pero no cuando estuvieran solos.

Brianna abrió su camisa de un tirón.

—¿En el comedor?

—No me digas que no es eso lo que estabas pensando —dijo ella.

Riyaz le quitó la blusa y tiró hacia arriba de su falda. Apartó a un lado las bragas y comenzó a acariciarla allí, entre los muslos. Gimió cuando ella puso una mano sobre su erección, cuando bajó la cremallera del pantalón y lo liberó para enterrarlo en su interior.

La llenaba perfectamente, como si estuvieran hechos el uno para el otro. Por lo general, no iban tan deprisa. Se tomaban su tiempo.

Sabía que él ponía un cuidado excepcional para no hacerle daño. Todo se trataba de ella, de lo que ella quería, de lo que necesitaba. Y eso la hacía sentir especial.

Pero en ese momento lo necesitaba rápido y furioso. A él. Solo a él.

Gritó de placer cuando empezó a montarlo y él agarró sus caderas, moviéndola arriba y abajo al ritmo que le gustaba. Brianna dejó caer la cabeza hacia atrás...

—Te quiero, Riyaz.

Y fue entonces cuando todo se detuvo. Todo. Al principio pensó que Riyaz iba a apartarse, pero después lanzó un gruñido y el clímax los sacudió a los dos.

—Te quiero —susurró.

—No digas eso.

—¿Por qué no?

—Porque... no es para mí. No me gustan esas palabras.

—Riyaz...

—Vamos a la cama.

La tomó en brazos y, para su sorpresa, no la llevó a la mazmorra sino a su habitación. La tumbó en la cama y la besó con ternura, sin decir una palabra.

Y algo dentro de ella empezó a romperse.

No porque Riyaz no hubiera dicho que la amaba sino por el rechazo de su amor.

¿Por qué no dejaba que ella lo amase?

Pero él estaba besándola de nuevo, dejando un rastro de fuego por su cuello, bajando hasta su pecho, y le resultaba difícil pensar. Porque él era demasiado y no lo suficiente, todo a la vez. Porque estaba atrapada en la realidad de aquella situación, aquella vida que ella había elegido.



Porque el amor era lo que creaba una familia y si él no era capaz de decirlo, si ni siquiera podía aceptar el suyo... ¿entonces qué significaba eso?

Pero la alternativa era una vida sin aquello. Una vida sin él.

«Aunque Riyaz no te ha dado esa opción».

Pero Riyaz estaba dentro de ella y solo quería existir en ese momento, en ese espacio donde nada existía más que ellos. Donde ella no le había dicho que lo amaba y él no la había rechazado.

Era mejor dejarlo como una posibilidad abierta y maravillosa en lugar de cerrarlo como algo que nunca podría ser.

Ella lo amaba. ¿Y no era eso lo más importante?

Riyaz la llevó al cielo de nuevo y eso era lo único real. Tenían aquello, se llamase como se llamase.

No había respuestas enlatadas del público para hacerle saber cómo debía sentirse. Simplemente había... aquello. Y era bueno, mejor que bueno.

Era la vida que había elegido. Tal vez no era normal o perfecta, pero era suya.

Y, para su sorpresa, Riyaz la apretó contra su torso hasta que el sueño se apoderó de ellos.

## *Capítulo 12*

**R**IYAZ despertó sintiendo una ira ciega, imparable, y el terror de lo que estaba por llegar.

Pero en medio de esa ira, algo más se abrió paso.

«Te quiero».

Miró hacia abajo y vio a su madre, rota y sangrando en el suelo.

«Te quiero».

Esa había sido la última vez que escuchó esas palabras. Y lo desgarraban. Lo hacían sentir que su pecho no era más que una herida ensangrentada. Lo hacían sentir que nada en su cuerpo era suyo.

Excepto el dolor. El dolor era suyo.

Y entonces vio a su hermano, vio a su padre.

Y se volvió contra ellos.

«¿Cómo pudisteis?».

«¿Cómo os atrevisteis a confiar en las personas equivocadas?».

«Mirad lo que habéis hecho».

Sentía un dolor insoportable en el pecho y no podía librarse de él. Porque estaba en un calabozo y no podía permitirse el lujo de mostrar debilidad ante sus captores. No podía darles nada. No podía mostrar dolor. No podía ser débil.

De modo que se guardó el dolor, la furia, el miedo.

Pero no funcionó. La rabia todavía burbujeaba.

El amor lo hacía débil, el amor hacía que no pudiese contener la marea de dolor que vivía en su alma.

Agarró algo pesado y lo arrojó contra la zona de la habitación donde veía a su padre y a su hermano.

Pero luego escuchó una voz. La misma voz que había dicho «te quiero». No era la voz de su madre.

—Riyaz, por favor.

Y se dio cuenta de que era Brianna. Y su padre no estaba allí, no era aquel maldito día en el que todo se derrumbó. Estaba con Brianna.

Ella había dicho que lo quería.

Su padre le había fallado a una mujer que lo amaba. Su hermano también le había fallado a una mujer que lo amaba.

Él no lo había hecho. Aún no. Pero estaba en su sangre, en su ADN.

«Ya le has fallado».

«La has hecho prisionera».

La retenía allí porque había llegado a la conclusión de que aún era prisionero de todo lo que había sufrido. De todo el dolor, la pena y la muerte. Y ahora ella estaba allí con él, en lugar de en esa hermosa casita que tanto anhelaba.

Había demostrado que en realidad era como su hermano.

Sentía ira contra Cairo por su debilidad, por su cobardía, pero él tenía a Brianna prisionera, de modo que no era mejor que Cairo. No era mejor que los hombres que lo mantuvieron cautivo.

Él no había derramado sangre, pero le estaba fallando a una mujer que lo amaba. Una mujer que no debería amarle porque él no le había dado ninguna razón para hacerlo.

Y, en medio de la oscuridad, la neblina se aclaró.

Brianna puso las manos sobre su torso para consolarlo. Estaba consolándolo como había hecho otras veces.

¿Y qué le había dado él?

Había querido darle placer, pero sabía que no era suficiente.

No se había esforzado mucho.

Ella quería normalidad. Le había dicho precisamente lo que quería y él no la había escuchado.

Le había dicho que quería esa vida que veía en la televisión, esas cenas familiares. ¿Y qué le había dado él? Comidas frías en una comedor solitario. Y luego la había sentado en su regazo y la había hecho suya, allí, donde cualquiera podría haberlos visto.

Eso no era lo que había prometido.

Pero la liberaría ahora. Tenía que hacerlo.

No podía ver la forma de salir de su celda porque no podía soportar todos esos... sentimientos.

Pero Brianna no tenía por qué ser una prisionera.

Estaba desnuda, de pie ante él sin vergüenza ni miedo. Le había dado su cuerpo. Le había dado un poco de paz.

¿Y qué había hecho él? Tomarla como amante, ponerla a prueba. Ella no se merecía eso.

—Quiero que te vayas —le dijo.

—Riyaz, ya hemos pasado por esto. No te tengo miedo.

—No me refiero a la habitación. Quiero que vuelvas a Nueva York. Vuelve a tu casa. Véndela y compra la casita de tus sueños.

—¿Qué?

—Te dije que tus sueños no eran suficiente, que estabas engañándote a ti misma, pero no debería haber dicho eso. Lo que tú quieres importa, es lo único que importa. No puedo robarte tus sueños.

—¿No me has oído cuando dije que te quería?

—Sí, pero yo no soy capaz de recibir ese amor. Y amarme te niega lo que más deseas.

—No —dijo ella—. Es lo que pensé que quería, pero me he dado cuenta de algo. La normalidad no significa nada. Lo que me faltaba en la casa de mi padre era amor —Brianna sacudió la cabeza—. Eso es lo que quiero, amor.

—Pero yo no puedo dártelo. ¿Es que no lo entiendes? Crecí en un hogar donde había mucho amor, pero eso no nos mantuvo a salvo. Beth todavía puede morir. ¿Recuerdas Mujercitas?

—Esto no es la guerra de Secesión y tú no vas a tener escarlatina.

—Pero yo no podré protegerte, Brianna. Eso es lo que estoy diciendo. La vida normal con la que tú sueñas, eso te protegerá.

—Dime por qué no puedes amarme, Riyaz.

—¿Aparte de los dieciséis años pasados en un calabozo? Por muchas razones.

—¿Por qué no puedes soportar que diga que te quiero?

—No puedo escuchar esas palabras porque... es el rostro de mi madre lo que veo. Muriendo, sangrando. No puedo...

El dolor era demasiado y estar cerca de Brianna hacía que el muro que había levantado para proteger su corazón se derrumbase.

—Riyaz...

—Te fallaré, ya te he fallado. Pero no volveré a hacerlo. Te irás de aquí y no volverás.

—¿Pero por qué? —exclamó ella, atónita.

—Soy el jeque y esa es mi decisión.

## *Capítulo 13*

**B**RIANNA estaba congelada, paralizada. Y esa parálisis duró hasta que el jet privado aterrizó en Nueva York. Hasta que estuvo de regreso en suelo estadounidense, sintiéndose como una extranjera en su propio país. En su propia piel.

Cada vez que respiraba era como si fragmentos de vidrio se clavaran en su pecho y tuvo que preguntarse... ¿Por qué? ¿Por qué se había ido sin pelear? ¿Por qué se había alejado de la vida que había elegido?

Ella no necesitaba ser rescatada de Riyaz y, sin embargo...

Sabía por qué se había ido de Nazul. En ese momento, supo por qué. Se había ido porque él necesitaba que se fuera. Porque necesitaba liberarla. O tal vez porque necesitaba liberarse a sí mismo.

Y ella estaba dispuesta a alejarse para darle un respiro. No se convertiría en su mazmorra. No sería eso para él.

Riyaz había tenido muy pocas opciones en la vida y si le pedía que se fuese... si no quería que dijese que lo amaba...

Riyaz temía ser demasiado fuerte, temía abrumarla con su poder. Y, sobre todo, temía ser débil. Temía la debilidad que había visto en su hermano. La debilidad que vio en su padre, a pesar de quererlos a los dos.

Y todo eso estaba mezclado con lo último que le dijo su madre antes de morir. Esa última frase.

Sencillamente, no confiaba en nadie. Ni en sí mismo. ¿Y cómo podía pedirle que lo hiciese?

No tenía respuesta para esa pregunta, de modo que se dirigió a su casa adosada y miró alrededor. Era una buena casa porque, por supuesto, Cairo nunca habría comprado algo barato. Pero también había algo

increíblemente normal en ella. Eso era lo que le había gustado. El papel de flores, la cocinita en una esquina.

Por lo general, la hacía feliz.

Pero lo que hacía envidiables a esas familias de la televisión y de los libros era el amor. Lo que convertía esas casas tan normales en un objeto de deseo era el amor que había entre sus paredes, no las paredes mismas.

Ella había vivido aislada de su familia porque, en realidad, no tenía una familia.

Había tenido que inventar una personalidad de cara a los demás y solo con Riyaz se había sentido realmente libre.

Tal vez esa era otra lección. Que podías ser normal o podías ser libre, pero no podías ser ambas cosas.

Le dolía el corazón y desearía poder hablar con alguien, con un amigo que no fuese Cairo. Decidió llamar a Ariel, cuyo número había guardado en el móvil una semana antes.

—Gracias a Dios, Brianna. Estaba preocupada.

—Acabo de regresar a Nueva York.

—Estamos tratando de evitar que se corra la voz sobre la cancelación de la boda. Por si acaso.

Brianna miró el reloj de la pared. Un reloj de aspecto muy normal. ¿Pero quién tenía ya relojes en la pared? Había pensado que sería un bonito accesorio.

La casa era un decorado, pensó entonces. No se había dado cuenta hasta ese momento. El sitio normal que había creído necesitar para sentirse feliz.

—No creo que Riyaz quiera que vuelva. Él me liberó. Me dijo que no debía volver a Nazul.

—Cairo intentó eso conmigo —dijo Ariel—. Me dijo que yo no había elegido casarme con él, que debía ser libre para tomar mis propias decisiones.

—Así que son el mismo hombre, solo que el trauma es ligeramente diferente.

—Y ambos nos llevaron a Nazul sin pedir permiso.

—Creo que es evidente que ambas queremos quedarnos.

—Riyaz vivió en un calabozo, Brianna. Creo que no podía soportar la idea de que tú también te sintieras encerrada.

—Yo creo que tiene miedo de que sus sentimientos hacia mí lo hagan sentir encerrado en otro tipo de calabozo.

—Tal vez tengas razón.

—¿Cairo te ha contado que se siente responsable por lo que pasó en el palacio, que ha hablado con Riyaz?

—Sí —respondió Ariel—. Y me dijo que Riyaz se mostró muy tranquilo.

—Casi no reaccionó en absoluto, pero yo sé que está destrozado y temo... en realidad, temo que el problema es que no quiere salir de la mazmorra. No quiere estar demasiado enfadado. No quiere sentir demasiado. No quiere volver a amar a nadie para que no puedan volver a arrebatárselo.

De repente, Brianna se sentía abrumada por todo lo que Riyaz necesitaba. Por todo lo que quería hacer por él.

Y por todo lo que no sería capaz de darle.

Ella solo era una chica que había estado interpretando el papel de alguien «normal».

«Tú lo entiendes, tú le quieres. Tal vez eso es lo único que importa».

—¿Qué debo hacer? Le quiero, pero tiene un trabajo que hacer y eso es lo más importante para él. Debe ser el gobernante de su país. ¿Y dónde le deja eso si no puede elegir?

—Va a tener que salir de la mazmorra de su mente. Debe tomar una decisión.

—¿Y si no puede? —preguntó Brianna.

—Lo hará —respondió Ariel.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque conozco muy bien a su hermano y sé cómo aman esos hombres. Es posible que no pueda decir que te quiere, pero te quiere. Estoy absolutamente convencida.

—¿Crees que debería volver a Nazul?

—Dale unos días —sugirió Ariel—. Creo que mi esposo va a devolver el favor que le debe a tu prometido.



—¿Qué favor es ese?

—Incluso después de que Cairo le confesase que era culpa suya que el palacio hubiera sido asaltado, Riyaz lo animó a que volviese conmigo. Es capaz de ver cuando algo es bueno para otra persona, pero creo que es incapaz de aceptarlo para sí mismo. Deja que Cairo te ayude y confía en que Riyaz sea lo bastante fuerte como para romper sus cadenas.

## Capítulo 14

**R**IYAZ no había sentido un dolor como aquel desde la muerte de sus padres.

Así era despertar sin Brianna en el palacio. Dolor. Como otra muerte.

Estaba al final de la escalera, mirando hacia la mazmorra, cuando escuchó pasos a su espalda.

—Así que aquí estamos, en una posición muy similar a la que estábamos hace solo un par de semanas —dijo su hermano.

—Eso parece.

—Tú le pediste que se fuera.

—Tuve que hacerlo. Iba a obligarla a quedarse conmigo cuando sabía que ella quería algo más —dijo Riyaz—. Tú la salvaste cuando el criminal de su padre iba a venderla. ¿Cómo iba yo a mantenerla cautiva?

—No lo has hecho porque eres una persona decente.

—Al menos, intento serlo.

—¿Brianna está enamorada de ti?

—Ella dice que sí, pero yo...

—No la crees porque estás furioso conmigo. Porque no puedes olvidar. ¿Es eso?

—Por supuesto que no. Lo que me contaste no tiene nada que ver con esto.

—Creo que mientes, hermano. Creo que estás enfadado conmigo y por eso no piensas con claridad. Haz algo, dame un puñetazo. Por el amor de Dios... ¿has estado encerrado en un calabozo durante dieciséis años y no puedes reunir un poco de furia para darme mi merecido?

—No quiero pegarte. ¿Para qué? Nunca me enfurecí. Nunca... nunca lloré. ¿Para qué iba a llorar? Todos estaban muertos y yo estaba en una mazmorra.

—Sí, pero ya no lo estás y puedes tener los sentimientos que quieras. Puedes gritar a los cuatro vientos, Riyaz.

De repente, una rabia sin nombre se apoderó de él y agarró a su hermano por el cuello, empujándolo contra la pared.

—¿Por qué se lo dijiste? ¿Por qué le dijiste cómo entrar en el palacio?

—Porque fui un tonto. Cometí un error.

—Sí, un error. Un error trágico.

—Puedes enfadarte, lo entiendo. Entendería que me odiases.

Riyaz golpeó la pared con el puño.

—Estoy furioso contigo, pero nuestro padre... él debería haberse dado cuenta. No debería haber confiado en ese hombre. No debería haberte puesto en esa posición. O a mí. Y mamá... él debería haberla protegido.

—Sí, es verdad —murmuró Cairo—. Ella pagó las consecuencias de tantos errores. Y tú también.

—Así es, pero esta rabia no resuelve nada y no trae a nadie de vuelta. Porque los únicos culpables son los canallas que destruyeron a nuestra familia, a nuestro país. A mí.

—Tú no estás destruido, Riyaz —dijo Cairo—. Si yo no estoy destruido por lo que hice, tú tampoco lo estás. Lo intenté, de verdad. Sabía que debía volver para salvarte, pero era imposible. Mientras tanto, traté de autodestruirme con excesos. Pensé que incluso si regresaba cojeando aquí y te liberaba siendo poco más que una sombra de mí mismo, todo estaría bien. Pero, por suerte, encontré algo mejor que la autodestrucción. Encontré el amor.

Riyaz cerró los ojos.

—Pero...

Todo era tan doloroso, tan insoportable. Pero, de repente, se dio cuenta de que no odiaba la expresión «te quiero». Al contrario, la ansiaba. Era solo que su corazón, congelado por la necesidad de sobrevivir, no había sido capaz de ver la diferencia entre un deseo desesperado y un

miedo implacable. Porque eran lo mismo. Porque querer cualquier cosa había sido su enemigo.

De repente, la verdad brotaba de su pecho como un chorro de sangre. Apenas podía entender lo que estaba pasando.

—Tengo que irme.

—Si necesitas pegarme...

—No, ya no —dijo Riyaz.

Porque era como si sus emociones de repente se hubiesen desbloqueado. La ira que lo cegaba cuando recordaba aquel terrible día se había convertido en algo más profundo, en pena, en dolor. La pena y el dolor que nunca se había permitido sentir del todo.

Y sabía que no podría tener nada bueno si no admitía ese dolor.

Echó a correr por el pasillo y abrió la puerta del palacio. Corrió hasta donde sus piernas se lo permitieron porque era libre. Y luego cayó de rodillas y gritó al cielo insensible. Un sollozo desgarró su pecho, lágrimas rodando por su rostro. Las lágrimas que nunca se había permitido derramar.

Dieciséis años de lágrimas por la muerte de su madre, de su padre. Por haber perdido tantos años de su vida, por todo lo que le habían quitado, hasta que hubo derramado todo ese dolor implacable sobre la arena.

Hasta que se libró de él. Hasta que se libró de tantos años de dolor.

Pero todavía había una inquietud, un recuerdo.

El amor que había sentido por su familia. Ahora que se había librado del dolor, ese amor todavía estaba allí. ¿Pero qué podía hacer con él?

Su corazón se encogió de pena.

Por Brianna. Por ellos.

Quería que le dijese que lo amaba. Quería oírlo de nuevo.

Riyaz levantó la mirada y un halcón atravesó el pálido azul, como una señal. Tal vez el cielo no era tan insensible después de todo.

Brianna estaba haciendo lo que sugirió Ariel: esperar. Era difícil, pero tenía que confiar...

Sabía lo que había habido entre ellos. Lo que había habido entre sus cuerpos, aunque él no estuviera dispuesto a admitir que lo había también entre sus almas.

Ella creía que era amor.

Aun así, había puesto en venta la casa. Dónde iría después, no lo sabía. Esperaba que no fuese un callejón sin salida. Intentaría volver al palacio, pero no sabía si sería bien recibida.

Brianna cerró la puerta por última vez y echó la llave. Y luego metió las manos en los bolsillos del abrigo y comenzó a caminar.

—Brianna.

Era su voz. Era la voz de Riyaz, pronunciando su nombre como solo él podía hacerlo, como si estuviera saboreándolo.

—Estás aquí —dijo ella.

Estaba de espaldas a los rascacielos, todo hormigón y cristal. Estaba en Nueva York. Estaba fuera de la mazmorra.

—Cairo se ha quedado en Nazul, ocupando mi sitio durante unos días. Y yo... estoy aquí.

—Ya veo.

—Tal vez debería hacer de turista.

—¿Tú, de turista?

—¿Por qué no?

—Bueno, yo no puedo invitarte a entrar en casa porque la he puesto en venta. Pensaba alojarme en un hotel hasta que decida dónde voy a ir. Me he deshecho de todas mis cosas.

—¿Por qué?

—Porque esperaba que vinieras a buscarme —respondió Brianna.

—Yo también he reservado habitación en un hotel. Podría ser más bonito que el tuyo.

—Probablemente. Aunque los hoteles tienen camas, no celdas.

—Seguro que en Nueva York puedes encontrar uno que tenga celdas.

Ella rio.

—Espero que sea una broma.

Riyaz asintió con la cabeza.

—He leído mucho sobre Nueva York y estoy deseando verlo todo. Contigo. Porque tú eres la razón por la que estoy aquí. Te quiero, habibti. Y no es porque seas la primera mujer en mi vida sino porque eres la única

mujer. La única para mí —le dijo, mirándola con los ojos brillantes—. Tenía que sentirlo todo... la ira, el dolor, la tristeza, para poder empezar a sentir felicidad. Tenía que confiar en que no iban a arrebatármelo otra vez. Solo entonces lo he entendido. Yo no odiaba el amor, Brianna, lo ansiaba. Pero cuando estás en una mazmorra, querer es el enemigo. Así que me entrené para no querer. Me convencí a mí mismo de que querer era algo malo.

—Riyaz...

—Pero quiero magdalenas, y el sol y a ti. Te dije que mi destino era gobernar Nazul, que era parte de mí, mi sangre. Pero ahora me doy cuenta de que tú estás enredada en ese destino. Si ha sido necesario un golpe de Estado, el encarcelamiento, tu horrible padre y el error de Cairo para que nos conociésemos, entonces lo doy todo por bueno. Mi vida ha sido una tragedia, pero me ha convertido en el hombre que te tiene a ti. Y, por eso, estaré siempre agradecido. Por eso, puedo dejar atrás el pasado.

—Te entiendo —dijo ella—. Yo pensé que quería una vida normal, pero lo que quiero es amor. Quería amar a alguien y te amo.

—Y yo a ti.

—Así que he hecho realidad mi sueño. Esto es lo que quería.

Riyaz frunció el ceño.

—Yo no puedo ofrecerte una casita blanca.

Brianna tuvo que reír al ver su expresión.

—Ya no sueño con casitas blancas. Solo sueño contigo.

Ver la sonrisa que iluminó su rostro taciturno fue como ver el sol por primera vez.

—Entonces vamos a hacer turismo.

Tomó su mano entre las suyas, como si fueran novios y aquella fuese una cita normal. No como si él fuera un jeque y ella su futura esposa. No como si ella hubiera sido prisionera en su propia casa y él cautivo en una mazmorra.

Sino tal como eran. Enteros y juntos.

—¿Qué quieres ver? —preguntó ella. Riyaz lo pensó un momento.

—Todo lo que queramos.

Y eso fue lo que hicieron. Porque eran libres y estaban enamorados.

## *Epílogo*

**S**U boda fue un acontecimiento mundial. Se publicó en la prensa como un cuento de hadas. Y, durante la noche de bodas, Brianna decidió darle a su esposo una sorpresa.

—¿Adónde más te gustaría ir? —le preguntó Riyaz—. Lo maravilloso de la tecnología es que se puede gobernar un país desde cualquier sitio.

Había creado un monstruo, pensó Brianna. A Riyaz no solo le gustaba viajar sino caminar, explorar. Le gustaba ver el mundo. Ver en persona todo aquello sobre lo que había leído.

Se habían quedado en Nueva York más tiempo del que le hubiera gustado porque él estaba fascinado por el ambiente de la ciudad. Según él, era exactamente como se describía en una novela de espías que había leído.

Era un monstruo y ella lo amaba locamente porque vivía muchas vidas con él. Porque ambos estaban haciendo realidad sus sueños.

—Sería buena idea viajar ahora. Tenemos que hacerlo antes de...

—¿Antes de qué?

—No se debe viajar en avión durante los últimos meses del embarazo.

Riyaz se levantó de un salto.

—¿En serio?

—Sí.

En silencio, puso una mano sobre su vientre, mirándola con los ojos cargados de emoción.

—Hubo un tiempo en mi vida en el que no tenía nada más que oscuridad. Nada más que desesperación. Pero tú me has dado el mundo.

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Me hiciste un jeque, un hombre, un marido. Y ahora vas a hacerme padre.  
¿Qué te he dado yo?

Brianna se inclinó para besarlo.

—Todo lo que había anhelado siempre, cariño.